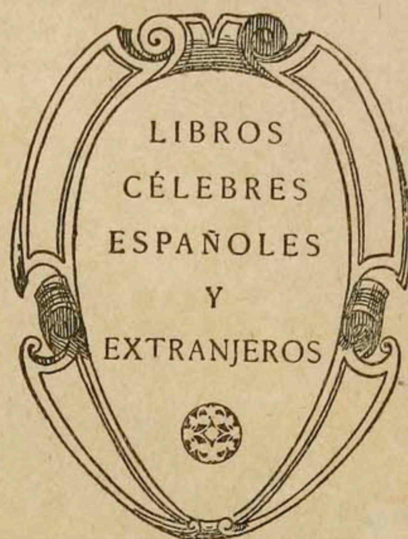
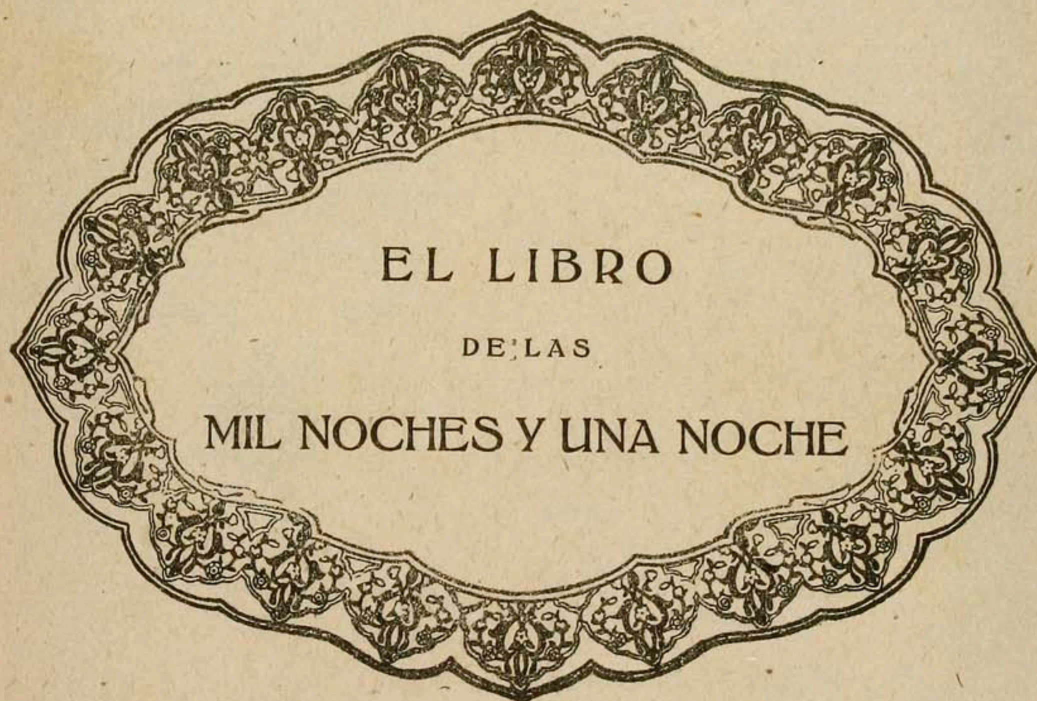
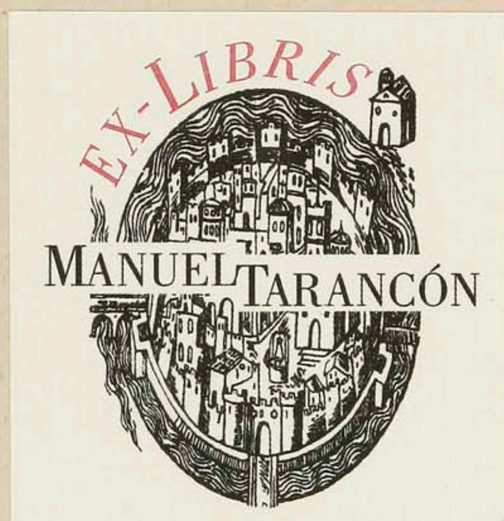
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE





Director literario: V. Blasco Ibáñez


EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE


EX-LIBRIS
MANUEL TARANCÓN



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

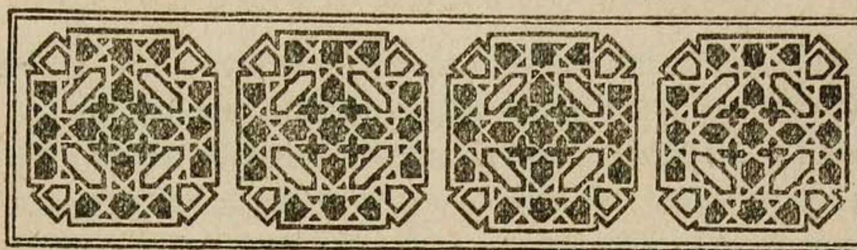
TOMO DÉCIMOSEXTO

Historia de Aladino y la lámpara mágica *(continuación)*.—**La parábola de la verdadera ciencia de la vida.—Farizada la de sonrisa de rosa.—Historia de Kamar y de la experta Halima.—Historia de la pierna de carnero.—Las llaves del Destino.**

PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)



HISTORIA DE ALADINO Y DE LA LÁMPARA MÁGICA

(CONTINUACIÓN)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 752.ª NOCHE



Ella dijo:

...De todos modos, la suerte de ambos esposos fué bastante aflictiva y calamitosa para una primera noche de bodas.

Al siguiente día por la mañana, sin que Aladino tuviese necesidad de frotar la lámpara de nuevo, el efrit, cumpliendo la orden que se le dió, fué sólo á esperar que se despertase el dueño de la lámpara. Y como tardara en despertarse, lanzó varias exclamaciones que asustaron á la princesa, á la cual no era posible verla. Y Aladino abrió los ojos, y en cuanto hubo reconocido al efrit, se le-

vantó del lado de la princesa y se separó del lecho un poco, para no ser oído mas que por el efrit, y le dijo: «Date prisa á sacar del retrete al hijo del visir, y vuelve á dejarle en la cama en el sitio que ocupaba. Luego llévalos á ambos al palacio del sultán, dejándolos en el mismo lugar de donde los trajiste. ¡Y sobre todo, vigílales bien, para impedirles que se acaricien, ni siquiera que se toquen!» Y el efrit de la lámpara contestó con el oído y la obediencia, y se apresuró primero á quitar el frío al joven del retrete y á ponerle en el lecho, al lado de la princesa, para transportarles en seguida á ambos á la cámara nupcial del palacio del sultán en menos tiempo del que se necesita para parpadear, sin que pudiesen ellos ver ni comprender lo que les sucedía, ni á qué obedecía tan rápido cambio de domicilio. Y á fe que era lo mejor que podía ocurrirles, porque la sola vista del espantable genni servidor de la lámpara, sin duda alguna les habría asustado hasta morir.

Y he aquí que, apenas el efrit transportó á los dos recién casados á la habitación del palacio, el sultán y su esposa hicieron su entrada matinal, impacientes por saber cómo había pasado su hija aquella primera noche de bodas y deseosos de felicitarla y de ser los primeros en verla para desearle dicha y delicias prolongadas. Y muy emocionados se acercaron al lecho de su hija, y la besaron con ternura entre ambos ojos, diciéndole: «¡Bendita sea tu unión, oh hija de nuestro corazón! ¡Y ojalá veas

germinar de tu fecundidad una larga sucesión de descendientes hermosos é ilustres que perpetúen la gloria y la nobleza de tu raza! ¡Ah! Dinos cómo has pasado esta primera noche, y de qué manera se ha portadocontigo tu esposo.» Y tras de hablar así, se callaron, aguardando su respuesta. Y he aquí que de pronto vieron que, en lugar de mostrar un rostro fresco y sonriente, estallaba ella en sollozos y les miraba con ojos muy abiertos, tristes y preñados de lágrimas.

Entonces quisieron interrogar al esposo, y miraron hacia el lado del lecho en que creían que aún estaría acostado; pero, precisamente en el mismo momento en que entraron ellos, había salido él de la habitación para lavarse todas las inmundicias con que tenía embadurnada la cara. Y creyeron que había ido al hammam del palacio para tomar el baño, como es costumbre después de la consumación del acto. Y de nuevo se volvieron hacia su hija y le interrogaron ansiosamente, con el gesto, con la mirada y con la voz, acerca del motivo de sus lágrimas y su tristeza. Y como continuara ella callada, creyeron que sólo era el pudor propio de la primera noche de bodas lo que la impedía hablar, y que sus lágrimas eran lágrimas propias de las circunstancias, y esperaron un momento. Pero como la situación amenazaba con durar mucho tiempo y el llanto de la princesa aumentaba, á la reina le faltó paciencia, y acabó por decir á la princesa, con tono malhumorado: «Vaya, hija mía, ¿quieres

contestarme y contestar á tu padre ya? ¿Y vas á seguir así por mucho rato todavía? También yo, hija mía, estuve recién casada como tú y antes que tú; pero supe tener tacto para no prolongar con exceso esas actitudes de gallina asustada. ¡Y además, te olvidas de que al presente nos estás faltando al respeto que nos debes con no contestar á nuestras preguntas!»

Al oir estas palabras de su madre, que se había puesto seria, la pobre princesa, abrumada en todos sentidos á la vez, se vió obligada á salir del silencio que guardaba, y lanzando un suspiro prolongado y muy triste, contestó: «¡Alah me perdone si falté al respeto que debo á mi padre y á mi madre; pero me disculpa el hecho de estar en extremo turbada y muy emocionada y muy triste y muy estupefacta de todo lo que me ha ocurrido esta noche!» Y contó todo lo que le había sucedido la noche anterior, no como las cosas habían pasado realmente, sino sólo como pudo juzgar acerca de ellas con sus ojos. Dijo que apenas se acostó en el lecho al lado de su esposo, el hijo del visir, había sentido conmoverse el lecho debajo de ella; que se había visto transportada en un abrir y cerrar de ojos desde la cámara nupcial á una casa que jamás había visitado antes; que la habían separado de su esposo, sin que pudiese ella saber de qué manera le habían sacado y reintegrado luego; que le había reemplazado, durante toda la noche, un joven hermoso, muy respetuoso desde luego y en extremo atento,

el cual, para no verse expuesto á abusar de ella, había dejado su sable desenvainado entre ambos y se había dormido con la cara vuelta á la pared; y por último, que á la mañana, vuelto ya al lecho su esposo, de nuevo se la había transportado con él á su cámara nupcial del palacio, apresurándose él á levantarse para correr al hammam con objeto de limpiarse un cúmulo de cosas horribles que le cubrían la cara. Y añadió: «¡Y en ese momento os vi entrar á ambos para darme los buenos días y pedirme noticias! ¡Ay de mí! ¡Ya sólo me resta morir!» Y tras de hablar así, ocultó la cabeza en las almohadas, sacudida por sollozos dolorosos.

Cuando el sultán y su esposa oyeron estas palabras de su hija Badrú'l-Budur, se quedaron estupefactos, y mirándose con los ojos en blanco y las caras alargadas, sin dudar ya de que hubiese ella perdido la razón aquella noche en que su virginidad fué herida por primera vez. Y no quisieron dar fe á ninguna de sus palabras; y su madre le dijo con voz confidencial...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 753.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y no quisieron dar fe á ninguna de sus palabras; y su madre le dijo con voz confidencial: «¡Así ocurren siempre estas cosas, hija mía! ¡Pero guárdate bien de decírselo á nadie, porque estas cosas no se cuentan nunca! ¡Y las personas que te oyeran te tomarían por loca! Levántate, pues, y no te preocupes por eso, y procura no turbar con tu mala cara los festejos que se dan hoy en palacio en honor tuyo, y que van á durar cuarenta días y cuarenta noches, no solamente en nuestra ciudad, sino en todo el reino. ¡Vamos, hija mía, alégrate y olvida ya los diversos incidentes de esta noche!»

Luego la reina llamó á sus mujeres y las encargó que se cuidaran del tocado de la princesa; y con el sultán, que estaba muy perplejo, salió en busca de su yerno, el hijo del visir. Y acabaron por encontrarle cuando volvía del hammam. Y para saber á qué atenerse con respecto á lo que decía su hija, la reina empezó á interrogar al asustado joven acerca de lo que había pasado. Pero no quiso él declarar nada de lo que hubo de sufrir, y ocultando toda la aventura por miedo de que le tomaran á broma y le rechazaran otra vez los padres

de su esposa, se limitó á contestar: «¡Por Alah! ¿y qué ha pasado para que me interroguéis con ese aspecto tan singular?» Y entonces, cada vez más persuadida la sultana de que todo lo que le había contado su hija era efecto de alguna pesadilla, creyó lo más oportuno no insistir con su yerno, y le dijo: «¡Glorificado sea Alah por todo lo que pasó sin daño ni dolor! ¡Te recomiendo, hijo mío, mucha suavidad con tu esposa, porque está delicada!»

Y después de estas palabras le dejó y fué á sus aposentos para ocuparse de los rogocijos y diversiones del día. ¡Y he aquí lo referente á ella y á los recién casados!

En cuanto á Aladino, que sospechaba lo que ocurría en palacio, pasó el día deleitándose al pensar en la broma excelente de que acababa de hacer víctima al hijo del visir. Pero no se dió por satisfecho, y quiso saborear hasta el fin la humillación de su rival. Asi es que le pareció lo más acertado no dejarle un momento tranquilo; y en cuanto llegó la noche cogió su lámpara y la frotó. Y se le apareció el genni, pronunciando la misma fórmula que las otras veces. Y le dijo Aladino: «¡Oh servidor de la lámpara, ve al palacio del sultán! Y en cuanto veas acostados juntos á los recién casados, cógelos con lecho y todo y tráemelos aquí, como hiciste la noche anterior. Y el genni se apresuró á ejecutar la orden, y no tardó en volver con su carga, depositándola en el cuarto de Aladino para coger en seguida al hijo del visir y meterle de cabeza en el re-

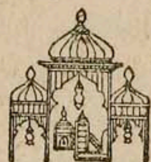
trete. Y no dejó Aladino de ocupar el sitio vacío y acostarse al lado de la princesa, pero con tanta decencia como la vez primera. Y tras de colocar el sable entre ambos, se volvió de cara á la pared y se durmió tranquilamente. Y al siguiente día todo ocurrió exactamente igual que la víspera, pues el efrit, siguiendo las órdenes de Aladino, volvió á dejar al joven junto á Badrú'l-Budur, y les transportó á ambos con el lecho á la cámara nupcial del palacio del sultán.

Pero el sultán, más impaciente que nunca por saber de su hija después de la segunda noche, llegó á la cámara nupcial en aquel mismo momento, completamente solo, porque temía el mal humor de su esposa la sultana y prefería interrogar por sí mismo á la princesa. Y no bien el hijo del visir, en el límite de la mortificación, oyó los pasos del sultán, saltó del lecho y huyó fuera de la habitación para correr á limpiarse en el hammam. Y entró el sultán y se acercó al lecho de su hija; y levantó las cortinas; y después de besar á la princesa, le dijo: «¡Supongo, hija mía, que esta noche no habrás tenido una pesadilla tan horrible como la que ayer nos contaste con sus extravagantes peripecias! ¡Vaya! ¿quieres decirme cómo has pasado esta noche?» Pero en vez de contestar, la princesa rompió en sollozos, y se tapó la cara con las manos para no ver los ojos irritados de su padre, que no comprendía nada de todo aquello. Y estuvo esperando él un buen rato para darle tiempo á que se calmase; pero como ella con-

tinuara llorando y suspirando, acabó por enfurecerse y sacó su sable, y exclamó: «¡Por mi vida, que si no quieres decirme en seguida la verdad, te separo de los hombros la cabeza!»

Entonces, doblemente espantada, la pobre princesa se vió en la precisión de interrumpir sus lágrimas; y dijo con voz entrecortada: «¡Oh padre mío bienamado! ¡por favor, no te enfades conmigo! ¡Porque, si quieres escucharme ahora que no está mi madre para excitarte contra mí, sin duda alguna me disculparás y me compadecerás y tomarás las precauciones necesarias para impedir que me muera de confusión y espanto! ¡Pues si vuelvo á soportar las cosas terribles que he soportado esta noche, al día siguiente me encontrarás muerta en mi lecho! ¡Ten piedad de mí, pues, ¡oh padre mío! y deja que tu oído y tu corazón se compadezcan de mis penas y de mi emoción!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 754.a NOCHE

Ella dijo:

»...Ten piedad de mí, pues, ¡oh padre mío! y deja que tu oído y tu corazón se compadezcan de

mis penas y de mi emoción!» Y como entonces no sentía la presencia de su esposa, el sultán, que tenía un corazón compasivo, se inclinó hacia su hija, y la besó y la acarició y apaciguó su inquieta alma. Luego le dijo: «¡Y ahora, hija mía, calma tu espíritu y refresca tus ojos! ¡Y con toda confianza cuéntale á tu padre detalladamente los incidentes que esta noche te han puesto en tal estado de emoción y de terror!» Y apoyando la cabeza en el pecho de su padre, la princesa le contó, sin olvidar nada, todas las molestias que había sufrido las dos noches que acababa de pasar, y terminó su relato, añadiendo: «¡Mejor será ¡oh padre mío bienamado! que interrogues también al hijo del visir, á fin de que te confirme mis palabras!»

Y el sultán, al oir el relato de aquella extraña aventura, llegó al límite de la perplejidad, y compartió la pena de su hija, y como la amaba tanto, sintió humedecerse de lágrimas sus ojos. Y le dijo él: «La verdad, hija mía, es que yo solo soy el causante de todo eso tan terrible que te sucede, pues te casé con un pasmado que no sabe defenderte y resguardarte de esas aventuras singulares. ¡Porque lo cierto es que quise labrar tu dicha con ese matrimonio, y no tu desdicha y tu muerte! ¡Por Alah, que en seguida voy á hacer que vengan el visir y el cretino de su hijo, y les voy á pedir explicaciones de todo esto! Pero de todos modos, puedes estar tranquila en absoluto, hija mía, porque no se repetirán esos sucesos! ¡Te lo juro por vida de mi ca-

beza!» Luego se separó de ella, dejándola al cuidado de sus mujeres, y regresó á sus aposentos, hirviendo en cólera.

Y al punto hizo ir á su gran visir, y en cuanto se presentó entre sus manos, le gritó: «¿Dónde está el entrometido de tu hijo? ¿Y qué te ha dicho de los sucesos ocurridos estas dos últimas noches?» El gran visir contestó, estupefacto: «No sé á qué te refieres, ¡oh rey del tiempo! ¡Nada me ha dicho mi hijo que pueda explicarme la cólera de nuestro rey! ¡Pero, si me lo permites, ahora mismo iré á buscarle y á interrogarle!» Y dijo el sultán: «¡Ve! ¡Y vuelve pronto á traerme la respuesta!» Y el gran visir, con la nariz muy alargada, salió doblando la espalda, y fué en busca de su hijo, á quien encontró en el hammam dedicado á lavarse de las inmundicias que le cubrían. Y le gritó: «¡Oh hijo de perro! ¿por qué me has ocultado la verdad? ¡Si no me pones en seguida al corriente de los sucesos de estas dos últimas noches, será éste tu último día!» Y el hijo bajó la cabeza y contestó: «¡Ay! ¡oh padre mío! ¡sólo la vergüenza me impidió hasta el presente revelarte las enfadosas aventuras de estas dos últimas noches y los incalificables tratos que sufrí, sin tener posibilidad de defenderme ni siquiera de saber cómo y en virtud de qué poderes enemigos nos ha sucedido todo eso á ambos en nuestro lecho!» Y contó á su padre la historia con todos sus detalles, sin olvidar nada. Pero no hay utilidad en repetirla. Y añadió: «¡En cuanto á mí, ¡oh

padre mío! prefiero la muerte á semejante vida! ¡Y hago ante ti el triple juramento del divorcio definitivo con la hija del sultán! ¡Te suplico, pues, que vayas en busca del sultán y le hagas admitir la declaración de nulidad de mi matrimonio con su hija Badrú'l-Budur! ¡Porque es el único medio de que cesen esos malos tratos y de tener tranquilidad! ¡Y entonces podré dormir en mi lecho en lugar de pasarme las noches en los retretes!»

Al oir estas palabras de su hijo, el gran visir quedó muy apenado. Porque la aspiración de su vida había sido ver casado á su hijo con la hija del sultán, y le costaba mucho trabajo renunciar á tan gran honor. Así es que, aunque convencido de la necesidad del divorcio en tales circunstancias, dijo á su hijo: «Claro ¡oh hijo mío! que no es posible soportar por más tiempo semejantes tratos. ¡Pero piensa en lo que pierdes con ese divorcio! ¿No será mejor tener paciencia todavía una noche, durante la cual vigilaremos todos junto á la cámara nupcial, con los eunucos armados de sables y de palos? ¿Qué te parece?» El hijo contestó: «Haz lo que gustes, ¡oh gran visir, padre mío! ¡En cuanto á mí, estoy resuelto á no entrar ya en esa habitación de brea!»

Entonces el visir separóse de su hijo, y fué en busca del rey. Y se mantuvo de pie entre sus manos, bajando la cabeza. Y el rey le preguntó: «¿Qué tienes que decirme?» El visir contestó: «¡Por vida de nuestro amo, que es muy cierto lo que ha contado la princesa Badrú'l-Budur! Pero la culpa no la tiene

mi hijo. De todos modos, no conviene que la princesa siga expuesta á nuevas molestias por causa de mi hijo. ¡Y si lo permites, mejor será que ambos esposos vivan en adelante separados por el divorcio!» Y dijo el rey: «¡Por Alah, que tienes razón! ¡Pero á no ser hijo tuyo el esposo de mi hija, la hubiese dejado libre á ella con la muerte de él! ¡Qué se divorcien, pues!» Y al punto dió el sultán las órdenes oportunas para que cesaran los regocijos públicos, tanto en el palacio como en la ciudad y en todo el reino de la China, é hizo proclamar el divorcio de su hija Badrú'l-Budur con el hijo del gran visir, dando á entender que no se había consumado nada y que la perla continuaba virgen y sin perforar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 755.ª NOCHE

Ella dijo:

...é hizo proclamar el divorcio de su hija Badrú'l-Budur con el hijo del gran visir, dando á entender que no se había consumado nada y que la perla continuaba virgen y sin perforar. En cuanto al hijo del gran visir, el sultán, por consideración

á su padre, le nombró gobernador de una provincia lejana de China, y le dió orden de partir sin demora. Lo cual fué ejecutado.

Cuando Aladino, al mismo tiempo que los habitantes de la ciudad, se enteró, por la proclama de los pregoneros públicos, del divorcio de Badrú'l-Budur sin haberse consumado el matrimonio y de la partida del burlado, se dilató hasta el límite de la dilatación, y se dijo: «¡Bendita sea esta lámpara maravillosa, causa inicial de todas mis prosperidades! ¡Preferible es que haya tenido lugar el divorcio sin una intervención más directa del genni de la lámpara, el cual, sin duda, habría acabado con ese cretino!» Y también se alegró de que hubiese tenido éxito su venganza sin que nadie, ni el rey, ni el gran visir, ni su misma madre, sospechara la parte que había tenido él en todo aquel asunto. Y sin preocuparse ya, como si no hubiese ocurrido nada anómalo desde su petición de matrimonio, esperó con toda tranquilidad á que transcurriesen los tres meses del plazo exigido, enviando á palacio, en la mañana que siguió al último día del plazo consabido, á su madre, vestida con sus trajes mejores, para que recordase al sultán su promesa.

Y he aquí que, en cuanto entró en el diván la madre de Aladino, el sultán, que estaba dedicado á despachar los asuntos del reino, como de costumbre, dirigió la vista hacia ella y la reconoció en seguida. Y no tuvo ella necesidad de hablar, porque el sultán recordó por sí mismo la promesa que

le había dado y el plazo que había fijado. Y se encaró con su gran visir, y le dijo: «¡Aquí está ¡oh visir! la madre de Aladino! Ella fué quien nos trajo, hace tres meses, la maravillosa porcelana llena de pedrerías. Y me parece que, con motivo de expirar el plazo, viene á pedirme el cumplimiento de la promesa que le hice concerniente á mi hija. ¡Bendito sea Alah, que no ha permitido el matrimonio de tu hijo, para que así haga honor á la palabra dada cuando olvidé mis compromisos por ti!» Y el visir, que en su fuero interno seguía estando muy despechado por todo lo ocurrido, contestó: «¡Claro ¡oh mi señor! que jamás los reyes deben olvidar sus promesas! ¡Pero el caso es que, cuando se casa á la hija, debe uno informarse acerca del esposo, y nuestro amo el rey no ha tomado informes de este Aladino y de su familia! ¡Mas yo sé que es hijo de un pobre sastre muerto en la miseria, y de baja condición! ¿De dónde puede venirle la riqueza al hijo de un sastre?» El rey dijo: «La riqueza viene de Alah, ¡oh visir!» El visir dijo: «Así es, ¡oh rey! ¡Pero no sabemos si ese Aladino es tan rico realmente como su presente dió á entender! Para estar seguros no tendrá el rey mas que pedir por la princesa una dote tan considerable que sólo pueda pagarla un hijo de rey ó de sultán. ¡Y de tal suerte el rey casará á su hija sobre seguro, sin correr el riesgo de darle otra vez un esposo indigno de sus méritos!» Y dijo el rey: «De tu lengua brota elocuencia, ¡oh visir! ¡Di que

se acerque esa mujer, para que yo le hable!» Y el visir hizo una seña al jefe de los guardias, que mandó avanzar hasta el pie del trono á la madre de Aladino.

Entonces la madre de Aladino se prosternó y besó la tierra por tres veces entre las manos del rey, quien le dijo: «¡Has de saber ¡oh tía! que no he olvidado mi promesa! ¡Pero hasta el presente no hablé aún de la dote exigida por mi hija, cuyos méritos son muy grandes! Dirás, pues, á tu hijo que se efectuará su matrimonio con mi hija El Sett Badrú'l-Budur cuando me haya enviado lo que exijo como dote para mi hija, á saber: cuarenta fuentes de oro macizo llenas hasta los bordes de las mismas especies de pedrerías en forma de frutas de todos colores y todos tamaños, como las que me envió en la fuente de porcelana; y estas fuentes las traerán á palacio cuarenta esclavas jóvenes, bellas como lunas, que serán conducidas por cuarenta esclavos negros, jóvenes y robustos; é irán todos formados en cortejo, vestidos con mucha magnificencia, y vendrán á depositar en mis manos las cuarenta fuentes de pedrerías. ¡Y eso es todo lo que pido, mi buena tía! ¡Pues no quiero exigir más á tu hijo, en consideración al presente que me ha enviado ya!»

Y la madre de Aladino, muy aterrada por aquella petición exorbitante, se limitó á prosternarse por segunda vez ante el trono, y se retiró para ir á dar cuenta de su misión á su hijo. Y le dijo:

«¡Oh hijo mío! ¡ya te aconsejé desde un principio que no pensaras en el matrimonio con la princesa Badrú'l-Budur!» Y suspirando mucho, contó á su hijo la manera, muy afable desde luego, que tuvo de recibirla el sultán, y las condiciones que ponía antes de consentir definitivamente en el matrimonio. Y añadió: «¡Qué locura la tuya, oh hijo mío! ¡Admito lo de las fuentes de oro y las pedrerías exigidas, porque imagino que serás lo bastante insensato para ir al subterráneo á despojar á los árboles de sus frutas encantadas! Pero ¿quieres decirme cómo vas á arreglarte para disponer de las cuarenta esclavas jóvenes y de los cuarenta jóvenes negros? ¡Ah hijo mío! ¡la culpa de esta pretensión tan exorbitante la tiene también ese maldito visir, porque le vi inclinarse al oído del rey, cuando yo entraba, y hablarle en secreto! ¡Créeme, Aladino, renuncia á ese proyecto que te llevará á la perdición sin remedio!» Pero Aladino se limitó á sonreir, y contestó á su madre: «¡Por Alah, ¡oh madre! que al verte entrar con esa cara tan triste creí que ibas á darme una mala noticia! ¡Pero ya veo que te preocupas siempre de cosas que verdaderamente no valen la pena! ¡Porque has de saber que todo lo que acaba de pedirme el rey como precio de su hija no es nada en comparación con lo que realmente podría darle! Refresca, pues, tus ojos y tranquiliza tu espíritu. Y por tu parte, no pienses mas que en preparar la comida, pues tengo hambre. ¡Y deja para mí el cuidado de complacer al rey!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 756.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Y por tu parte, no pienses mas que en preparar la comida, pues tengo hambre. ¡Y deja para mí el cuidado de complacer al rey!»

Y he aquí que, en cuanto la madre salió para ir al zoco á comprar las provisiones necesarias, Aladino se apresuró á encerrarse en su cuarto. Y cogió la lámpara y la frotó en el sitio que sabía. Y al punto apareció el genni, quien después de inclinarse ante él, dijo: «*¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!*» Y Aladino le dijo: «Sabe ¡oh efrit! que el sultán consiente en darme á su hija, la maravillosa Badrú'l-Budur, á quien ya conoces; pero lo hace á condición de que le envíe lo más pronto posible cuarenta bandejas de oro macizo, de pura calidad, llenas hasta los bordes de frutas de pedrerías semejantes á las de la fuente de porcelana, que las cogí en los árboles del jardín que hay en el sitio donde encontré la lámpara de que eres servidor. ¡Pero no es eso todo! Para llevar esas bandejas de oro llenas de

pedrerías, me pide, además, cuarenta esclavas jóvenes, bellas como lunas, que han de ser conducidas por cuarenta negros jóvenes, hermosos, fuertes y vestidos con mucha magnificencia. ¡Eso es lo que, á mi vez, exijo de ti! ¡Date prisa á complacerme, en virtud del poder que tengo sobre ti como dueño de la lámpara!» Y el genni contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y desapareció, pero para volver al cabo de un momento.

Y le acompañaban los ochenta esclavos consabidos, hombres y mujeres, á los que puso en fila en el patio, á lo largo del muro de la casa. Y cada una de las esclavas llevaba á la cabeza una bandeja de oro macizo llena hasta el borde de perlas, diamantes, rubíes, esmeraldas, turquesas y otras mil especies de pedrerías en forma de frutas de todos colores y de todos tamaños. Y cada bandeja estaba cubierta con una gasa de seda con florones de oro en el tejido. Y verdaderamente eran las pedrerías mucho más maravillosas que las presentadas al sultán en la porcelana. Y una vez alineados contra el muro los cuarenta esclavos, el genni fué á inclinarse ante Aladino, y le preguntó: «¿Tienes todavía ¡oh mi señor! que exigir alguna cosa al servidor de la lámpara?» Y Aladino le dijo: «¡No, por el momento nada más!» Y al punto desapareció el efrit.

En aquel instante entró la madre de Aladino cargada con las provisiones que había comprado en el zoco. Y se sorprendió mucho al ver su casa invadida por tanta gente; y al pronto creyó que el sul-

tán mandaba detener á Aladino para castigarle por la insolencia de su petición. Pero no tardó Aladino en disuadirla de ello, pues sin darla lugar á quitarse el velo del rostro, le dijo: «¡No pierdas el tiempo en levantarte el velo, ¡oh madre! porque vas á verte obligada á salir sin tardanza para acompañar al palacio á estos esclavos que ves formados en el patio! ¡Como puedes observar, las cuarenta esclavas llevan la dote reclamada por el sultán como precio de su hija! ¡Te ruego, pues, que, antes de preparar la comida, me prestes el servicio de acompañar al cortejo para presentárselo al sultán!»

Inmediatamente la madre de Aladino hizo salir de la casa por orden á los ochenta esclavos, formándolos en hilera por parejas: una esclava joven precedida de un negro, y así sucesivamente hasta la última pareja. Y cada pareja estaba separada de la anterior por un espacio de diez pies. Y cuando traspuso la puerta la última pareja, la madre de Aladino echó á andar detrás del cortejo. Y Aladino cerró la puerta, seguro del resultado, y fué á su cuarto á esperar tranquilamente el regreso de su madre.

En cuanto salió á la calle la primera pareja, comenzaron á aglomerarse los transeuntes; y cuando estuvo completo el cortejo, la calle habíase llenado de una muchedumbre inmensa, que prorrumpía en murmullos y exclamaciones. Y acudió todó el zoco para ver el cortejo y admirar un espectáculo tan magnífico y tan extraordinario. ¡Porque cada pa-

reja era por sí sola una cumplida maravilla; pues su atavío, admirable de gusto y esplendor, su hermosura, compuesta de una belleza blanca de mujer y una belleza negra de negro, su buen aspecto, su continente aventajado, su marcha reposada y cadenciosa, á igual distancia, el resplandor de la bandeja de pedrerías que llevaba á la cabeza cada joven, los destellos lanzados por las joyas engastadas en los cinturones de oro de los negros, las chispas que brotaban de sus gorros de brocado en que balanceábanse airones, todo aquello constituía un espectáculo arrebatador, á ningún otro parecido, que hacía que ni por un instante dudase el pueblo de que se trataba de la llegada á palacio de algún asombroso hijo de rey ó de sultán.

Y en medio de la estupefacción de todo un pueblo, acabó el cortejo por llegar á palacio. Y no bien los guardias y porteros divisaron á la primer pareja, llegaron á tal estado de maravilla que, poseídos de respeto y admiración, se formaron espontáneamente en dos filas para que pasaran. Y su jefe, al ver al primer negro, convencido de que iba á visitar al rey el sultán de los negros en persona, avanzó hacia él y se prosternó y quiso besarle la mano; pero entonces vió la hilera maravillosa que le seguía. Y al mismo tiempo le dijo el primer negro, sonriendo, porque había recibido del efrit las instrucciones necesarias: «¡Yo y todos nosotros no somos mas que esclavos del que vendrá cuando llegue el momento oportuno!» Y tras de hablar así,

franqueó la puerta seguido de la joven que llevaba la bandeja de oro y de toda la hilera de parejas armoniosas. Y los ochenta esclavos franquearon el primer patio y fueron á ponerse en fila por orden en el segundo patio, al cual daba el diván de recepción.

En cuanto el sultán, que en aquel momento despachaba los asuntos del reino, vió en el patio aquel cortejo magnífico, que borraba con su esplendor el brillo de todo lo que él poseía en el palacio, hizo desalojar el diván inmediatamente y dió orden de recibir á los recién llegados. Y entraron éstos gravemente, de dos en dos, y se alinearon con lentitud, formando una gran media luna ante el trono del sultán. Y cada una de las esclavas jóvenes, ayudada por su compañero negro, depositó en la alfombra la bandeja que llevaba. Luego se prosternaron á la vez los ochenta y besaron la tierra entre las manos del sultán, levantándose en seguida, y todos á una descubrieron con igual diestro ademán las bandejas rebosantes de frutas maravillosas. Y con los brazos cruzados sobre el pecho permanecieron de pie, en actitud del más profundo respeto.

Sólo entonces fué cuando la madre de Aladino, que iba la última, se destacó de la media luna que formaban las parejas alternadas, y después de las prosternaciones y las zalemas de rigor, dijo al rey, que había enmudecido por completo ante aquel espectáculo sin par: «¡Oh rey del tiempo! ¡mi hijo Aladino, esclavo tuyo, me envía con la dote que has pedido como precio de Sett Badrú'l-Budur, tu

hija honorable! ¡Y me encarga te diga que te equivocaste al apreciar la valía de la princesa, y que todo esto está muy por debajo de sus méritos! ¡Pero cree que le disculparás por ofrecerte tan poco, y que admitirás este insignificante tributo en espera de lo que piensa hacer en lo sucesivo!»

Así habló la madre de Aladino. Pero el rey, que no estaba en estado de escuchar lo que ella le decía, seguía absorto y con los ojos muy abiertos ante el espectáculo que se ofrecía á su vista. Y miraba alternativamente las cuarenta bandejas, el contenido de las cuarenta bandejas, las esclavas jóvenes que habían llevado las cuarenta bandejas y los jóvenes negros que habían acompañado á las portadoras de las bandejas. ¡Y no sabía qué debía admirar más, si aquellas joyas, que eran las más extraordinarias que vió nunca en el mundo, ó aquellas esclavas jóvenes, que eran como lunas, ó aquellos esclavos negros, que se dirían otros tantos reyes! Y así se estuvo una hora de tiempo, sin poder pronunciar una palabra ni separar sus miradas de las maravillas que tenía ante sí. Y en lugar de dirigirse á la madre de Aladino para manifestarle su opinión acerca de lo que le llevaba, acabó por encararse con su gran visir y decirle: «¡Por mi vida! ¿qué suponen las riquezas que poseemos y qué supone mi palacio ante tal magnificencia? ¿Y qué debemos pensar del hombre que, en menos tiempo del preciso para desearlos, realiza tales esplendores y nos los envía? ¿Y qué son los méritos de mi hija

comparados con semejante profusión de hermosura?» Y no obstante el despecho y el rencor que experimentaba por cuanto le había sucedido á su hijo, el visir no pudo menos de decir: «¡Sí, por Alah, hermoso es todo esto; pero, aun así, no vale lo que un tesoro único como la princesa Badrú'l-Budur» Y dijo el rey: «¡Por Alah, ya lo creo que vale tanto como ella y la supera con mucho en valor! ¡Por eso no me parece mal negocio concedérsela en matrimonio á un hombre tan rico, tan generoso y tan magnífico como el gran Aladino, nuestro hijo!» Y se encaró con los demás visires y emires y notables que le rodeaban, y les interrogó con la mirada. Y todos contestaron inclinándose profundamente hasta el suelo por tres veces para indicar bien su aprobación á las palabras de su rey.

Entonces no vaciló más el rey...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 758.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y todos contestaron inclinándose profundamente hasta el suelo por tres veces para indicar bien su aprobación á las palabras de su rey.

Entonces no vaciló más el rey. Y sin preocuparse ya de saber si Aladino reunía todas las cualidades requeridas para ser esposo de una hija de rey, se encaró con la madre de Aladino y le dijo: «¡Oh venerable madre de Aladino! ¡te ruego que vayas á decir á tu hijo que desde este instante ha entrado en mi raza y en mi descendencia, y que ya no aguardo mas que á verle para besarle como un padre besaría á su hijo, y para unirle á mi hija Badrú'l-Budur por el Libro y la Sunnah!»

Y después de las zalemas por una y otra parte, la madre de Aladino se apresuró á retirarse para volar en seguida á su casa, desafiando á la rapidez del viento, y poner á su hijo Aladino al corriente de lo que acababa de pasar. Y le apremió para que se diera prisa á presentarse al rey, que tenía la más viva impaciencia por verle. Y Aladino, que con aquella noticia veía satisfechos sus anhelos después de tan larga espera, no quiso dejar ver cuán embriagado de alegría estaba. Y contestó, con aire muy tranquilo y acento mesurado: «Toda esta dicha me viene de Alah y de tu bendición ¡oh madre! y de tu celo infatigable.» Y le besó las manos y la dió muchas gracias y le pidió permiso para retirarse á su cuarto, á fin de prepararse para ir á ver al sultán.

No bien estuvo solo, Aladino cogió la lámpara mágica, que hasta entonces había sido de tanta utilidad para él, y la frotó como de ordinario. Y al instante apareció el efrit, quien, después de inclinarse ante él, le preguntó con la fórmula habitual qué

servicio podía prestarle. Y Aladino contestó: «¡Oh efrit de la lámpara! ¡deseo tomar un baño! ¡Y para después del baño quiero que me traigas un traje que no tenga igual en magnificencia entre los sultanes más grandes de la tierra, y tan bueno, que los inteligentes puedan estimarlo en más de mil millares de dinares de oro, por lo menos! ¡Y basta por el momento!»

Entonces, tras de inclinarse en prueba de obediencia, el efrit de la lámpara dobló completamente el espinazo y dijo á Aladino: «Móntate en mis hombros, ¡oh dueño de la lámpara!» Y Aladino se montó en los hombros del efrit, dejando colgar sus piernas sobre el pecho del genni; y el efrit le elevó por los aires, haciéndole invisible, como él lo era, y le transportó á un hammam tan hermoso, que no podría encontrársele igual en casa de los reyes y kaissares. Y el hammam era todo de jade y alabastro transparente, con piscinas de cornalina rosa y coral blanco y con ornamentos de piedra de esmeralda de una delicadeza encantadora. ¡Y verdaderamente podían deleitarse allí los ojos y los sentidos, porque en aquel recinto nada molestaba á la vista en el conjunto ni en los detalles! Y era deliciosa la frescura que se sentía allí y el calor estaba graduado y proporcionado. Y no había ni un bañista que turbara con su presencia ó con su voz la paz de las bóvedas blancas. Pero en cuanto el genni dejó á Aladino en el estrado de la sala de entrada, apareció ante él un joven efrit de lo más hermoso, se-

mejante á una muchacha, aunque más seductor, y le ayudó á desnudarse, y le echó por los hombros una toalla grande perfumada, y le cogió con mucha precaución y dulzura y le condujo á la más hermosa de las salas, que estaba toda pavimentada de pedrerías de colores diversos. Y al punto fueron á cogerle de manos de su compañero otros jóvenes efrits, no menos bellos y no menos seductores, y le sentaron cómodamente en un banco de mármol, y se dedicaron á frotarle y á lavarle con varias clases de aguas de olor; le dieron masaje con un arte admirable, y volvieron á lavarle con agua de rosas almizclada. Y sus sabios cuidados le pusieron la tez tan fresca como un pétalo de rosa y blanca y encarnada, á medida de los deseos. Y se sintió ligero hasta el punto de poder volar como los pájaros. Y el joven y hermoso efrit que habíale conducido se presentó para volver á cogerle y llevarle al estrado, donde le ofreció, como refresco, un delicioso sorbete de ámbar gris. Y se encontró con el genni de la lámpara, que tenía entre sus manos un traje de suntuosidad incomparable. Y ayudado por el joven efrit de manos suaves, se puso aquella magnificencia, y estaba semejante á cualquier rey entre los grandes reyes, aunque tenía mejor aspecto aún. Y de nuevo le tomó el efrit sobre sus hombros y se lo llevó, sin sacudidas, á la habitación de su casa.

Entonces Aladino se encaró con el efrit de la lámpara, y le dijo: «Y ahora ¿sabes lo que tienes que hacer?» El genni contestó: «No, ¡oh dueño de

la lámpara! ¡Pero ordena y obedeceré en los aires por donde vuelo ó en la tierra por donde me arrastro!» Y dijo Aladino: «Deseo que me traigas un caballo de pura raza, que no tenga hermano en hermosura ni en las caballerizas del sultán ni en las de los monarcas más poderosos del mundo. Y es preciso que sus arreos valgan por sí solos mil millares de dinares de oro, por lo menos. Al mismo tiempo me traerás cuarenta y ocho esclavos jóvenes, bien formados, de talla aventajada y llenos de gracia, vestidos con mucha limpieza, elegancia y riqueza, para que abran la marcha delante de mi caballo veinticuatro de ellos puestos en dos hileras de á doce, mientras los otros veinticuatro irán detrás de mí en dos hileras de á doce también. Tampoco has de olvidarte, sobre todo, de buscar para el servicio de mi madre doce jóvenes como lunas, únicas en su especie, vestidas con mucho gusto y magnificencia y llevando en los brazos cada una un traje de tela y color diferentes y con el cual pueda vestirse con toda confianza una hija de rey. Por último, á cada uno de mis cuarenta y ocho esclavos le darás, para que se lo cuelgue al cuello, un saco con cinco mil dinares de oro, á fin de que haga yo de ello el uso que me parezca. ¡Y eso es todo lo que deseo de ti por hoy!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 759.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Y eso es todo lo que deseo de ti por hoy!»

Apenas acabó de hablar Aladino, cuando el genni, después de la respuesta con el oído y la obediencia, apresuróse á desaparecer, pero para volver al cabo de un momento con el caballo, los cuarenta y ocho esclavos jóvenes, las doce jóvenes, los cuarenta y ocho sacos con cinco mil dinares cada uno y los doce trajes de tela y color diferentes. Y todo era absolutamente de la calidad pedida, aunque más hermoso aún. Y Aladino se posesionó de todo y despidió al genni, diciéndole: «¡Te llamaré cuando tenga necesidad de ti!» Y sin pérdida de tiempo se despidió de su madre, besándola una vez más las manos, y puso á su servicio á las doce esclavas jóvenes, recomendándoles que no dejaran de hacer todo lo posible por tener contenta á su ama y que le enseñaran la manera de ponerse los hermosos trajes que habían llevado.

Tras de lo cual Aladino se apresuró á montar á caballo y á salir al patio de la casa. Y aunque subía entonces por primera vez á lomos de un caballo, supo sostenerse con una elegancia y una firmeza que le hubieran envidiado los más consumados

jinetes. Y se puso en marcha, con arreglo al plan que había imaginado para el cortejo, precedido por veinticuatro esclavos formados en dos hileras de á doce, acompañado por cuatro esclavos que iban á ambos lados llevando los cordones de la gualdrapa del caballo, y seguido por los demás, que cerraban la marcha.

Cuando el cortejo echó á andar por las calles se aglomeró en todas partes, lo mismo en zocos que en ventanas y terrazas, una inmensa muchedumbre, mucho más considerable que la que había acudido á ver el primer cortejo. Y siguiendo las órdenes que les había dado Aladino, los cuarenta y ocho esclavos empezaron entonces á coger oro de sus sacos y á arrojárselo á puñados á derecha y á izquierda al pueblo que se aglomeraba á su paso. Y resonaban por toda la ciudad las aclamaciones, no sólo á causa de la generosidad del magnífico donador, sino también á causa de la belleza del jinete y de sus esclavos espléndidos. Porque en su caballo, Aladino estaba verdaderamente muy arrogante, con su rostro al que la virtud de la lámpara mágica hacía aún más encantador, con su aspecto real y el airón de diamantes que se balanceaba sobre su turbante. Y así fué como, en medio de las aclamaciones y la admiración de todo un pueblo, Aladino llegó á palacio precedido por el rumor de su llegada; y todo estaba preparado allí para recibirle con todos los honores debidos al esposo de la princesa Badrú'l-Budur.

Y he aquí que el sultán le esperaba precisamente

en la parte alta de la escalera de honor, que empezaba en el segundo patio. Y no bien Aladino echó pie á tierra, ayudado por el propio gran visir, que le tenía el estribo, el sultán descendió en honor suyo dos ó tres escalones. Y Aladino subió en dirección á él y quiso prosternarse entre sus manos; pero se lo impidió el sultán, que recibióle en sus brazos y le besó como si de su propio hijo se tratara, maravillado de su arrogancia, de su buen aspecto y de la riqueza de sus atavíos. Y en el mismo momento retembló el aire con las aclamaciones lanzadas por todos los emires, visires y guardias, y con el sonido de trompetas, clarinetes, oboes y tambores. Y pasando el brazo por el hombro de Aladino, el sultán le condujo al salón de recepciones, y le hizo sentarse á su lado en el lecho del trono, y le besó por segunda vez, y le dijo: «¡Por Alah, ¡oh hijo mío Aladino! que siento mucho que mi destino no me haya hecho encontrarte antes de este día, y haber diferido así tres meses tu matrimonio con mi hija Badrú'l-Budur, esclava tuya!» Y le contestó Aladino de una manera tan encantadora, que el sultán sintió aumentar el cariño que le tenía, y le dijo: «En verdad, ¡oh Aladino! ¿qué rey no anhelaría que fueras el esposo de su hija?» Y se puso á hablar con él y á interrogarle con mucho afecto, admirándose de la prudencia de sus respuestas y de la elocuencia y sutileza de sus discursos. Y mandó preparar, en la misma sala del trono, un festín magnífico, y comió solo con Aladino, haciéndose servir por el gran vi-

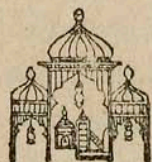
sir, á quien se le había alargado con el despecho la nariz hasta el límite del alargamiento, y por los emires y los demás altos dignatarios.

Cuando terminó la comida, el sultán, que no quería prolongar por más tiempo la realización de su promesa, mandó llamar al kadí y á los testigos, y les ordenó que redactaran inmediatamente el contrato de matrimonio de Aladino y su hija la princesa Badrú'l-Budur. Y en presencia de los testigos el kadí se apresuró á ejecutar la orden y á extender el contrato con todas las fórmulas requeridas por el Libro y la Sunnah. Y cuando el kadí hubo acabado, el sultán besó á Aladino, y le dijo: «¡Oh hijo mío! ¿penetrarás en la cámara nupcial para que tenga efecto la consumación esta misma noche?» Y contestó Aladino: «¡Oh rey del tiempo! sin duda que penetraría esta misma noche para que tuviese efecto la consumación, si no escuchase otra voz que la del gran amor que experimento por mi esposa. Pero deseo que la cosa se haga en un palacio digno de la princesa y que le pertenezca en propiedad. Permíteme, pues, que aplace la plena realización de mi dicha hasta que haga construir el palacio que le destino. ¡Y á este efecto, te ruego que me otorgues la concesión de un vasto terreno situado frente por frente de tu palacio, á fin de que mi esposa no esté muy alejada de su padre y yo mismo esté siempre cerca de ti para servirte! ¡Y por mi parte, me comprometo á hacer construir este palacio en el plazo más breve posible!» Y el sultán

contestó: «¡Ah, hijo mío, no tienes necesidad de pedirme permiso para eso! Aprópiate de todo el terreno que te haga falta enfrente de mi palacio. ¡Pero te ruego que procures se acabe ese palacio lo más pronto posible, pues quisiera gozar de la posteridad de mi descendencia antes de morir!» Y Aladino sonrió, y dijo: «Tranquilice su espíritu el rey respecto á esto. ¡Se construirá el palacio con más diligencia de la que pudiera esperarse!» Y se despidió del sultán, que le besó con ternura, y regresó á su casa con el mismo cortejo que le había acompañado, y seguido por las aclamaciones del pueblo y por votos de dicha y prosperidad.

En cuanto entró en su casa, puso á su madre al corriente de lo que había pasado, y se apresuró á retirarse á su cuarto completamente solo. Y cogió la lámpara mágica y la frotó como de ordinario...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 760.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y cogió la lámpara mágica y la frotó como de ordinario. Y no dejó el efrit de aparecer y de ponerse á sus órdenes. Y le dijo Aladino: «¡Oh efrit

de la lámpara! ante todo, te felicito por el celo que desplegaste en servicio mío. Y después tengo que pedirte otra cosa, según creo, más difícil de realizar que cuanto hiciste por mí hasta hoy, á causa del poder que ejercen sobre ti las virtudes de tu señora, que es esta lámpara de mi pertenencia. ¡Escucha! ¡quiero que en el plazo más corto posible me construyas, frente por frente del palacio del sultán, un palacio que sea digno de mi esposa El Sett Badrú'l-Budur! Y á tal fin, dejo á tu buen gusto y á tus conocimientos ya acreditados el cuidado de todos los detalles de ornamentación y la elección de materiales preciosos, tales como piedras de jade, pórfido, alabastro, ágata, lazulita, jaspe, mármol y granito. Solamente te recomiendo que en medio de ese palacio eleves una gran cúpula de cristal, construída sobre columnas de oro macizo y de plata, alternadas, y agujereada con noventa y nueve ventanas enriquecidas con diamantes, rubíes, esmeraldas y otras pedrerías, pero procurando que la ventana número noventa y nueve quede imperfecta, no de arquitectura, sino de ornamentación. Porque tengo un proyecto sobre el particular. Y no te olvides de trazar un jardín hermoso, con estanques y saltos de agua y plazoletas espaciosas. Y sobre todo, ¡oh efrit! pon un tesoro enorme lleno de dinares de oro en cierto subterráneo, cuyo emplazamiento has de indicarme. ¡Y en cuanto á lo demás, así como en lo referente á cocinas, caballerizas y servidores, te dejo en completa libertad, confiando en tu

sagacidad y en tu buena voluntad!» Y añadió: «¡En seguida que esté dispuesto todo, vendrás á avisarme!» Y contestó el genni: «¡Escucho y obedezco!» Y desapareció.

Y he aquí que al despuntar del día siguiente estaba todavía en su lecho Aladino, cuando vió aparecerse ante él al efrit de la lámpara, quien, después de las zalemas de rigor, le dijo: «¡Oh dueño de la lámpara, se han ejecutado tus órdenes! ¡Y te ruego que vengas á revisar tu realización!» Y Aladino se prestó á ello, y el efrit le transportó inmediatamente al sitio designado, y le mostró, frente por frente al palacio del sultán, en medio de un magnífico jardín, y precedido de dos inmensos patios de mármol, un palacio mucho más hermoso de lo que el joven esperaba. Y tras de haberle hecho admirar la arquitectura y el aspecto general, el genni le hizo visitar una por una todas las habitaciones y dependencias. Y parecióle á Aladino que se habían hecho las cosas con un faústo, un esplendor y una magnificencia inconcebibles; y en un inmenso subterráneo encontró un tesoro formado por sacos superpuestos y llenos de dinares de oro, que se apilaban hasta la bóveda. Y también visitó las cocinas, las reposterías, las despensas y las caballerizas, encontrándolas muy de su gusto y perfectamente limpias; y se admiró de los caballos y yeguas, que comían en pesebres de plata, mientras los palafreneros los cuidaban y les echaban el pienso. Y pasó revista á los esclavos de ambos sexos y

á los eunucos, formados por orden, según la importancia de sus funciones. Y cuando lo hubo visto todo y examinado todo, se encaró con el efrit de la lámpara, el cual sólo para él era visible y le acompañaba por todas partes, y hubo de felicitarle por la presteza, el buen gusto y la inteligencia de que había dado prueba en aquella obra perfecta. Luego añadió: «¡Pero te has olvidado ¡oh efrit! de extender desde la puerta de mi palacio á la del sultán una gran alfombra que permita que mi esposa no se canse los pies al atravesar esa distancia!» Y contestó el genni: «¡Oh dueño de la lámpara, tienes razón! ¡Pero eso se hace en un instante!» Y efectivamente, en un abrir y cerrar de ojos se extendió en el espacio que separaba ambos palacios una magnífica alfombra de terciopelo, con colores que armonizaban á maravilla con los tonos del césped y de los macizos.

Entonces, Aladino, en el límite de la satisfacción, dijo al efrit: «¡Todo está perfectamente ahora! ¡Llévame á casa!» Y el efrit le cogió y le transportó á su cuarto cuando en el palacio del sultán los individuos de la servidumbre comenzaban á abrir las puertas para dedicarse á sus ocupaciones.

Y he aquí que, en cuanto abrieron las puertas, los esclavos y los porteros llegaron al límite de la estupefacción al notar que algo se oponía á su vista en el sitio donde la víspera se veía un inmenso meidán para torneos y cabalgatas. Y lo primero que vieron fué la magnífica alfombra de terciopelo que

se extendía entre el césped lozano y casaba sus colores con los matices naturales de flores y arbustos. Y siguiendo con la mirada aquella alfombra, entre las hierbas del jardín milagroso divisaron entonces el soberbio palacio construído con piedras preciosas, y cuya cúpula de cristal brillaba como el sol. Y sin saber ya qué pensar, prefirieron ir á contar la cosa al gran visir, quien, después de mirar el nuevo palacio, á su vez fué á prevenir de la cosa al sultán, diciéndole: «No cabe duda, ¡oh rey del tiempo! ¡El esposo de Sett Badrú'l-Budur es un insigne mago!» Pero el sultán le contestó: «¡Mucho me asombra ¡oh visir! que quieras insinuarme que el palacio de que me hablas es obra de magia! ¡Bien sabes, sin embargo, que el hombre que me hizo don de tan maravillosos presentes es muy capaz de hacer construir todo un palacio en una sola noche, teniendo en cuenta las riquezas que debe poseer y el número considerables de obreros de que se habrá servido, merced á su fortuna. ¿Por qué, pues, vacilas en creer que ha obtenido ese resultado por medio de fuerzas naturales? ¿No te cegarán los celos, haciéndote juzgar mal de los hechos é impulsándote á murmurar de mi yerno Aladino?» Y comprendiendo, por aquellas palabras, que el sultán quería á Aladino, el visir no se atrevió á insistir por miedo á perjudicarse á sí mismo, y enmudeció por prudencia. ¡Y he aquí lo refente á él!

En cuanto á Aladino...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 761.ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto á Aladino, una vez que el efrit de la lámpara le transportó á su antigua casa, dijo á una de las doce esclavas jóvenes que fuera á despertar á su madre, y les dió á todas orden de ponerle uno de los hermosos trajes que habían llevado y de ataviarla lo mejor que pudieran. Y cuando estuvo vestida su madre conforme el joven deseaba, le dijo él que había llegado el momento de ir al palacio del sultán para llevarse á la recién casada y conducirla al palacio que había hecho construir para ella. Y tras de recibir acerca del particular todas las instrucciones necesarias, la madre de Aladino salió de su casa acompañada por sus doce esclavas, y no tardó Aladino en seguirla á caballo en medio de su cortejo. Pero llegados que fueron á cierta distancia de palacio, se separaron, Aladino para ir á su nuevo palacio, y su madre para ver al sultán.

No bien los guardias del sultán divisaron á la madre de Aladino en medio de las doce jóvenes que le servían de cortejo, corrieron á prevenir al sul-

tán, que se apresuró á ir á su encuentro. Y la recibió con las señales del respeto y los miramientos debidos á su nuevo rango. Y dió orden al jefe de los eunucos para que la introdujera en el harén, á presencia de Sett Badrú'l-Budur. Y en cuanto la princesa la vió y supo que era la madre de su esposo Aladino, se levantó en honor suyo y fué á besarla. Luego la hizo sentarse á su lado, y la regaló con diversas confituras y golosinas, y acabó de hacerse vestir por sus mujeres y de adornarse con las más preciosas joyas con que le obsequió su esposo Aladino. Y poco después entró el sultán, y pudo ver al descubierto entonces por primera vez, gracias al nuevo parentesco, el rostro de la madre de Aladino. Y en la delicadeza de sus facciones notó que debía haber sido muy agraciada en su juventud, y que aun entonces, vestida como estaba con un buen traje y arreglada con lo que más la favorecía, tenía mejor aspecto que muchas princesas y esposas de visires y de emires. Y la cumplimentó mucho por ello, lo cual conmovió y enterneció profundamente el corazón de la pobre mujer del difunto sastre Mustafá, que fué tan desdichada, y hubo de llenársele de lágrimas los ojos.

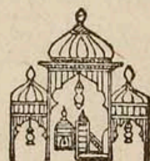
Tras de lo cual se pusieron á departir los tres con toda cordialidad, haciendo así más amplio conocimiento, hasta la llegada de la sultana, madre de Badrú'l-Budur. Pero la vieja sultana estaba lejos de ver con buenos ojos aquel matrimonio de su hija con el hijo de gentes desconocidas; y era del bando

del gran visir, que seguía estando muy mortificado en secreto por el buen cariz que el asunto tomaba en detrimento suyo. Sin embargo, no se atrevió á poner demasiado mala cara á la madre de Aladino, á pesar de las ganas que tenía de hacerlo; y tras de las zalemas por una y otra parte, se sentó con los demás, aunque sin interesarse en la conversación.

Y he aquí que cuando llegó el momento de las despedidas para marcharse al nuevo palacio, la princesa Badrú'l-Budur se levantó y besó con mucha ternura á su padre y á su madre, mezclando á los besos muchas lágrimas, apropiadas á las circunstancias. Luego, apoyándose en la madre de Aladino, que iba á su izquierda, y precedida por diez eunucos vestidos con traje de ceremonia y seguida de cien jóvenes esclavas ataviadas con una magnificencia de libélulas, se puso en marcha hacia el nuevo palacio, entre dos filas de cuatrocientos jóvenes esclavos blancos y negros, alternados, que formaban entre los dos palacios y tenían cada cual una antorcha de oro en que ardía una bujía grande de ámbar y de alcanfor blanco. Y la princesa avanzó lentamente en medio de aquel cortejo, pasando por la alfombra de terciopelo, mientras que á su paso se dejaba oir un concierto admirable de instrumentos en las avenidas del jardín y en lo alto de las terrazas del palacio de Aladino. Y á lo lejos resonaban las aclamaciones lanzadas por todo el pueblo, que había acudido á las inmediaciones de ambos

palacios, y unía el rumor de su alegría á toda aquella gloria. Y acabó la princesa por llegar á la puerta del nuevo palacio, en donde la esperaba Aladino. Y salió él á su encuentro sonriendo; y ella quedó encantada de verle tan hermoso y tan brillante. Y entró con él en la sala del festín, bajo la cúpula grande con ventanas de pedrerías. Y sentáronse los tres ante las bandejas de oro debidas á los cuidados del efrit de la lámpara; y Aladino estaba sentado en medio, con su esposa á la derecha y su madre á la izquierda. Y empezaron á comer al son de una música que no se veía y que era ejecutada por un coro de efrits de ambos sexos. Y Badrú'l-Budur, encantada de cuanto veía y oía, decía para sí: «¡En mi vida me imaginé cosas tan maravillosas!» Y hasta dejó de comer para escuchar mejor los cánticos y el concierto de los efrits. Y Aladino y su madre no cesaban de servirla y de echarle de beber bebidas que no necesitaba, pues ya estaba ebria de admiración. Y fué para ellos una jornada espléndida, que no tuvo igual en los tiempos de Iskandar y de Soleimán...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 762.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y fué para ellos una jornada espléndida, que no tuvo igual en los tiempos de Iskandar y de Soleimán.

Y cuando llegó la noche levantaron los manteles é hizo al punto su entrada en la sala de la cúpula un grupo de danzarinas. Y estaba compuesto de cuatrocientas jóvenes, hijas de mareds y de efrits, vestidas como flores y ligeras como pájaros. Y al son de una música aérea se pusieron á bailar varias clases de motivos y con pasos de danza como no pueden verse mas que en las regiones del Paraíso. Y entonces fué cuando Aladino se levantó, y cogiendo de la mano á su esposa, se encaminó con ella á la cámara nupcial con paso cadencioso. Y les siguieron ordenadamente las esclavas jóvenes, precedidas por la madre de Aladino. Y desnudaron á Badrú'l-Budur; y no le pusieron sobre el cuerpo mas que lo estrictamente necesario para la noche. Y así era ella comparable á un narciso que saliera de su cáliz. Y tras de desearles delicias y alegría, les dejaron solos en la cámara nupcial. Y por fin pudo Aladino, en el límite de la dicha, unirse á la princesa Badrú'l-Budur, hija del rey. Y su noche, como

su día, no tuvo par en los tiempos de Iskandar y de Soleimán.

Al día siguiente, después de toda una noche de delicias, Aladino salió de los brazos de su esposa Badrú'l-Budur, para hacer que al punto le pusieran un traje más magnífico todavía que el de la víspera y disponerse á ir á ver al sultán. Y mandó que le llevaran un soberbio caballo de las caballerizas pobladas por el efrit de la lámpara, y lo montó y se encaminó al palacio del padre de su esposa en medio de una escolta de honor. Y el sultán le recibió con muestras del más vivo regocijo, y le besó y le pidió con mucho interés noticias suyas y noticias de Badrú'l-Budur. Y Aladino le dió la respuesta conveniente acerca del particular y le dijo: «¡Vengo sin tardanza ¡oh rey del tiempo! para invitarte á que vayas hoy á iluminar mi morada con tu presencia y á compartir con nosotros la primera comida que celebremos después de las bodas! ¡Y te ruego que, para visitar el palacio de tu hija, te hagas acompañar del gran visir y de los emires!» Y el sultán, para demostrarle su estimación y su afecto, no puso ninguna dificultad al aceptar la invitación, y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y seguido de su gran visir y de sus emires salió con Aladino.

Y he aquí que, á medida que el sultán se aproximaba al palacio de su hija, su admiración crecía considerablemente y sus exclamaciones se hacían más vivas, más acentuadas y más altisonantes. ¡Y

eso que aún estaba fuera del palacio! ¡Pero cómo se maravilló cuando estuvo dentro! No veía por doquiera mas que esplendores, suntuosidades, riquezas, buen gusto, armonía y magnificencia. Y lo que acabó de deslumbrarle fué la sala de la cúpula de cristal, cuya arquitectura aérea y cuya ornamentación no podía dejar de admirar. Y quiso contar el número de ventanas enriquecidas con pedrerías, y vió que, en efecto, ascendían al número de noventa y nueve, ni una más ni una menos. Y se asombró enormemente. Pero asimismo notó que la ventana que hacía el número noventa y nueve no estaba concluída y carecía de todo adorno; y se encaró con Aladino y le dijo, muy sorprendido: «¡Oh hijo mío Aladino! ¡he aquí, ciertamente, el palacio más maravilloso que existió jamás sobre la faz de la tierra! ¡Y estoy lleno de admiración por cuanto veo! Pero ¿puedes decirme qué motivo te ha impedido acabar la labor de esa ventana, que con su imperfección afea la hermosura de sus hermanas?» Y Aladino sonrió y contestó: «¡Oh rey del tiempo! te ruego que no creas fué por olvido ó por economía ó por simple negligencia por lo que dejé esa ventana en el estado imperfecto en que la ves; porque la he querido así á sabiendas. Y el motivo consiste en dejar á tu alteza el cuidado de hacer acabar esa labor, para sellar de tal suerte en la piedra de este palacio tu nombre glorioso y el recuerdo de tu reinado. ¡Por eso te suplico que consagres con tu consentimiento la construcción de esta morada, que por

muy confortable que sea, resulta indigna de los méritos de mi esposa, tu hija!» Y extremadamente halagado por aquella delicada atención de Aladino, el rey le dió las gracias y quiso que al instante se comenzara aquel trabajo. Y á este efecto, dió orden á sus guardias para que hicieran ir al palacio, sin demora, á los joyeros más hábiles y mejor surtidos de pedrerías, para acabar las incrustaciones de la ventana. Y mientras llegaban fué á ver á su hija y á pedirle noticias de su primera noche de bodas. Y sólo por la sonrisa con que le recibió ella y por su aire satisfecho comprendió que sería superfluo insistir. Y besó á Aladino, felicitándole mucho, y fué con él á la sala en que ya estaba preparada la comida con todo el esplendor conveniente. Y comió de todo, y le parecieron los manjares los más excelentes que había probado nunca, y el servicio muy superior al de su palacio, y la plata y los accesorios admirables en absoluto.

Entretanto, llegaron los joyeros y orfebres...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 763.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entretanto, llegaron los joyeros y orfebres, á quienes habían ido á buscar los guardias por toda la capital; y se pasó recado al rey, que en seguida subió á la cúpula de las noventa y nueve ventanas. Y enseñó á los orfebres la ventana sin terminar, diciéndoles: «¡Es preciso que en el plazo más breve posible acabéis la labor que necesita esta ventana en cuanto á incrustaciones de perlas y pedrerías de todos colores!» Y los orfebres y joyeros contestestaron con el oído y la obediencia, y se pusieron á examinar con mucha minuciosidad la labor y las incrustaciones de las demás ventanas, mirándose unos á otros con ojos muy dilatados de asombro. Y después de ponerse de acuerdo entre ellos, volvieron junto al sultán, y tras de las prosternaciones, le dijeron: «¡Oh rey del tiempo! ¡no obstante todo nuestro repuesto de piedras preciosas, no tenemos en nuestras tiendas con qué adornar la centésima parte de esta ventana!» Y dijo el rey: «¡Yo os proporcionaré lo que os haga falta!» Y mandó llevar las frutas de piedras preciosas que Aladino le había dado como presente, y les dijo: «¡Emplead lo necesario y devolvedme lo que sobre!» Y los joyeros

tomaron sus medidas é hicieron sus cálculos, repitiéndolos varias veces, y contestaron: «¡Oh rey del tiempo! ¡con todo lo que nos das y con todo lo que poseemos no habrá bastante para adornar la décima parte de la ventana!» Y el rey se encaró con sus guardias y les dijo: «¡Invadid las casas de mis visires, grandes y pequeños, de mis emires y de todas las personas ricas de mi reino, y haced que os entreguen de grado ó por fuerza todas las piedras preciosas que posean!» Y los guardias se apresuraron á ejecutar la orden.

En espera de que regresasen, Aladino, que veía que el rey empezaba á estar inquieto por el resultado de la empresa, y que interiormente se regocijaba en extremo de la cosa, quiso distraerle con un concierto. É hizo una seña á uno de los jóvenes efrits esclavos suyos, el cual hizo entrar al punto un grupo de cantarinas, tan hermosas, que cada una de ellas podía decir á la luna: «¡Levántate para que me siente en tu sitio!», y dotadas de una voz encantadora que podía decir al ruiseñor: «¡Cállate para escuchar cómo canto!» Y en efecto, consiguieron con la armonía que el rey tuviese un poco de paciencia.

Pero en cuanto llegaron los guardias, el sultán entregó en seguida á joyeros y orfebres las pedrerías procedentes del despojo de las consabidas personas ricas, y les dijo: «Y bien, ¿qué tenéis que decir ahora?» Ellos contestaron: «¡Por Alah, ¡oh señor nuestro! que aún nos falta mucho! ¡Y necesi-

taremos ocho veces más materiales que los que poseemos al presente! ¡Además, para hacer bien este trabajo, precisamos por lo menos un plazo de tres meses, poniendo manos á la obra de día y de noche!»

Al oir estas palabras, el rey llegó al límite del desaliento y de la perplejidad, y sintió alargársele la nariz hasta los pies de lo que le avergonzaba su impotencia en circunstancias tan penosas para su amor propio. Entonces, Aladino, sin querer ya prolongar más la prueba á la que le hubo de someter y dándose por satisfecho, se encaró con los orfebres y joyeros y les dijo: «¡Recoged lo que os pertenece y salid!» Y dijo á los guardias: «¡Devolved las pedrerías á sus dueños!» Y dijo al rey: «¡Oh rey del tiempo! ¡no sería bien que admitiera de ti lo que te di una vez! ¡Te ruego, pues, veas con agrado que te restituya yo estas frutas de pedrerías y te reemplace en lo que falta hacer para llevar á cabo la ornamentación de esa ventana! ¡Solamente te suplico que me esperes en el aposento de mi esposa Badrú'l-Budur, porque no puedo trabajar ni dar ninguna orden cuando sé que me están mirando!» Y el rey se retiró con su hija Badrú'l-Budur para no importunar á Aladino.

Entonces Aladino sacó del fondo de un armario de nácar la lámpara mágica, que había tenido mucho cuidado de no olvidar en la mudanza de la antigua casa al palacio, y la frotó como tenía por costumbre hacerlo. Y al instante apareció el efrit y se inclinó ante Aladino esperando sus órdenes. Y Ala-

dino le dijo: «¡Oh efrit de la lámpara! ¡te he hecho venir para que hagas, de todo punto semejante á sus hermanas, la ventana número noventa y nueve!» Y apenas había él formulado esta petición cuando desapareció el efrit. Y oyó Aladino como una infinidad de martillazos y chirridos de limas en la ventana consabida; y en menos tiempo del que el sediento necesita para beberse un vaso de agua fresca, vió aparecer y quedar rematada la milagrosa ornamentación de pedrerías de la ventana. Y no pudo encontrar la diferencia con las otras. Y fué en busca del sultán y le rogó que le acompañara á la sala de la cúpula.

Cuando el sultán llegó frente á la ventana que había visto tan imperfecta unos instantes atrás, creyó que se había equivocado de sitio, sin poder diferenciarla de las otras. Pero cuando, después de dar la vuelta varias veces á la cúpula, comprobó que en tan poco tiempo se había hecho aquel trabajo, para cuya terminación exigían tres meses enteros todos los joyeros y orfebres reunidos, llegó al límite de la maravilla, y besó á Aladino entre ambos ojos, y le dijo: «¡Ah, hijo mío Aladino, conforme te conozco más, me pareces más admirable!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 764.ª NOCHE

Ella dijo:

...y besó á Aladino entre ambos ojos, y le dijo: «¡Ah, hijo mío Aladino, conforme te conozco más, me pareces más admirable!» Y envió á buscar al gran visir, y le mostró con el dedo la maravilla que le entusiasmaba, y le dijo con acento irónico: «Y bien, visir, ¿qué te parece?» Y el visir, que no se olvidaba de su antiguo rencor, se convenció cada vez más, al ver la cosa, de que Aladino era un hechicero, un herético y un filósofo alquimista. Pero se guardó mucho de dejar traslucir sus pensamientos al sultán, á quien sabía muy adicto á su nuevo yerno, y sin entrar en conversación con él le dejó con su maravilla y se limitó á contestar: «¡Alah es el más grande!»

Y he aquí que, desde aquel día, el sultán no dejó de ir á pasar, después del diván, algunas horas cada tarde en compañía de su yerno Aladino y de su hija Badrú'l-Budur, para contemplar las maravillas del palacio, en donde siempre encontraba cosas nuevas más admirables que las antiguas, y que le maravillaban y le transportaban.

En cuanto á Aladino, lejos de envanecerse con lo agradable de su nueva vida, tuvo cuidado de con-

sagrarse, durante las horas que no pasaba con su esposa Badrú'l-Budur, á hacer el bien á su alrededor y á informarse de las gentes pobres para socorrerlas. Porque no olvidaba su antigua condición y la miseria en que había vivido con su madre en los años de su niñez. Y además, siempre que salía á caballo se hacía escoltar por algunos esclavos, que, siguiendo órdenes suyas, no dejaban de tirar en todo el recorrido puñados de dinares de oro á la muchedumbre que acudía á su paso. Y á diario, después de la comida de mediodía y de la noche, hacía repartir entre los pobres las sobras de su mesa, que bastarían para alimentar á más de cinco mil personas. Así es que su conducta tan generosa y su bondad y su modestia le granjearon el afecto de todo el pueblo y le atrajeron las bendiciones de todos los habitantes. Y no había ni uno que no jurase por su nombre y por su vida. Pero lo que acabó de conquistarle los corazones y cimentar su fama fué cierta gran victoria que logró sobre unas tribus rebeladas contra el sultán, y donde había dado prueba de un valor maravilloso y de cualidades guerreras que superaban á las hazañas de los héroes más famosos. Y Badrú'l-Budur le amó cada vez más, y cada vez felicitóse más de su feliz destino, que le había dado por esposo al único hombre que se la merecía verdaderamente. Y de tal suerte vivió Aladino varios años de dicha perfecta entre su esposa y su madre, rodeado del afecto y la abnegación de grandes y pequeños, y más querido y

más respetado que el mismo sultán, quien, por cierto, continuaba teniéndole en alta estima y sintiendo por él una admiración ilimitada. ¡Y he aquí lo referente á Aladino!

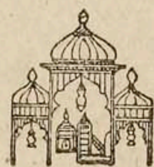
He aquí ahora lo que se refiere al mago maghrebín á quien encontramos al principio de todos estos acontecimientos y que, sin querer, fué causa de la fortuna de Aladino.

Cuando abandonó á Aladino en el subterráneo, para dejarle morir de sed y de hambre, se volvió á su país del fondo del Maghreb lejano. Y se pasaba el tiempo entristeciéndose con el mal resultado de su expedición y lamentando las penas y fatigas que había soportado tan vanamente para conquistar la lámpara mágica. Y pensaba en la fatalidad que le había quitado de los labios el bocado que tanto trabajo le costó confeccionar. Y no transcurría día sin que el recuerdo lleno de amargura de aquellas cosas asaltase su memoria y le hiciese maldecir á Aladino y el momento en que se encontró con Aladino. Y un día que estaba más lleno de rencor que de ordinario, acabó por sentir curiosidad por los detalles de la muerte de Aladino. Y á este efecto, como estaba muy versado en la geomancia, cogió su mesa de arena adivinatoria, que hubo de sacar del fondo de un armario, sentóse sobre una estera cuadrada, en medio de un círculo trazado con rojo, alisó la arena, arregló los granos machos y los granos hembras, las madres y los hijos, murmuró las fórmulas geománticas, y dijo:

«Está bien, ¡oh arena! veamos. ¿Qué ha sido de la lámpara mágica? ¿Y cómo murió ese hijo de alcahuete, ese miserable, que se llamaba Aladino?» Y pronunciando estas palabras agitó la arena con arreglo al rito. Y he aquí que nacieron las figuras y se formó el horóscopo. Y el maghrebín, en el límite de la estupefacción, después de un examen detallado de las figuras del horóscopo, descubrió sin ningún género de duda que Aladino no estaba muerto, sino muy vivo, que era dueño de la lámpara mágica y que vivía con esplendor, riquezas y honores, casado con la princesa Badrú'l-Budur, hija del rey de la China, á la cual amaba y la cual le amaba, y por último, que no se le conocía en todo el Imperio de la China é incluso en las fronteras del mundo mas que con el nombre del emir Aladino.

Cuando el mago se enteró de tal suerte, por medio de las operaciones de su geomancia y de su descreimiento, de aquellas cosas que estaba tan lejos de esperarse, espumajeó de rabia y escupió al aire y al suelo, diciendo: «Escupo en tu cara, ¡oh hijo de bastardos y de zorras! Piso tu cabeza, ¡oh Aladino alcahuete! ¡oh perro hijo de perro! ¡oh pájaro de horca! ¡oh rostro de pez y de brea!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 765.ª NOCHE

Ella dijo:

...«Escupo en tu cara, ¡oh hijo de bastardos y de zorras! Piso tu cabeza, ¡oh Aladino alcahuete! ¡oh perro hijo de perro! ¡oh pájaro de horca! ¡oh rostro de pez y de brea!» Y durante una hora de tiempo estuvo escupiendo al aire y al suelo, hollando con los pies á un Aladino imaginario y abrumándole á juramentos atroces y á insultos de todas las variedades, hasta que se calmó un poco. Pero entonces resolvió vengarse á toda costa de Aladino y hacerle expiar las felicidades que en detrimento suyo gozaba con la posesión de aquella lámpara mágica que le había costado al mago tantos esfuerzos y tantas penas inútiles. Y sin vacilar un instante se puso en camino para la China. Y como la rabia y el deseo de venganza le daban alas, viajó sin detenerse, meditando largamente sobre los medios de que se valdría para apoderarse de Aladino; y no tardó en llegar á la capital del reino de China. Y paró en un khan, donde alquiló una vivienda. Y desde el día siguiente á su llegada empezó á recorrer los sitios públicos y los lugares más frecuentados; y por todas partes sólo oyó hablar del emir Aladino, de la hermosura del emir Aladino, de la generosidad del emir

Aladino y de la magnificencia del emir Aladino. Y se dijo: «¡Por el fuego y por la luz, que no tardará en pronunciarse este nombre para sentenciarlo á muerte!» Y llegó al palacio de Aladino, y exclamó al ver su aspecto imponente: «¡Ah! ¡ah! ¡ahí habita ahora el hijo del sastre Mustafá, el que no tenía un pedazo de pan que llevarse á la boca al llegar la noche! ¡ah! ¡ah! ¡pronto verás, Aladino, si mi destino vence ó no al tuyo, y si obligo ó no á tu madre á hilar lana, como en otro tiempo, para no morirse de hambre, y si cavo ó no con mis propias manos la fosa adonde irá ella á llorar!» Luego se acercó á la puerta principal del palacio, y después de entablar conversación con el portero consiguió enterarse de que Aladino había ido de caza por varios días. Y pensó: «¡He aquí ya el principio de la caída de Aladino! ¡En ausencia suya podré obrar más libremente! Pero, ante todo, es preciso que sepa si Aladino se ha llevado la lámpara consigo ó si la ha dejado en el palacio.» Y se apresuró á volver á su habitación del khan, donde cogió su mesa geomántica y la interrogó. Y el horóscopo le reveló que Aladino había dejado la lámpara en el palacio.

Entonces, el maghrebín, ebrio de alegría, fué al zoco de los caldereros y entró en la tienda de un mercader de linternas y lámparas de cobre, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡necesito una docena de lámparas de cobre completamente nuevas y muy bruñidas!» Y contestó el mercader: «¡Tengo lo que necesitas!» Y le puso delante doce lámparas muy bri-

llantes y le pidió un precio que le pagó el mago sin regatear. Y las cogió y las puso en un cesto que había comprado en casa del cestero. Y salió del zoco.

Y entonces se dedicó á recorrer las calles con el cesto de lámparas al brazo, gritando: «¡Lámparas nuevas! ¡A las lámparas nuevas! ¡Cambio lámparas nuevas por otras viejas! ¡Quien quiera el cambio que venga por la nueva!» Y de este modo se encaminó al palacio de Aladino.

En cuanto los pilluelos de las calles oyeron aquel pregón insólito y vieron el amplio turbante del maghrebín, dejaron de jugar y acudieron en tropel. Y se pusieron á hacer piruetas detrás de él, mofándose y gritando á coro: «¡Al loco! ¡al loco!» Pero él, sin prestar la menor atención á sus burlas, seguía con su pregón, que dominaba las cuchufletas: «¡Lámparas nuevas! ¡A las lámparas nuevas! ¡Cambio lámparas nuevas por otras viejas! ¡Quien quiera el cambio que venga por la nueva!»

Y de tal suerte, seguido por la burlona muchedumbre de chiquillos, llegó á la plaza que había delante de la puerta del palacio y se dedicó á recorrerla de un extremo á otro para volver sobre sus pasos y recomenzar, repitiendo cada vez más fuerte su pregón, sin cansarse. Y tanta maña se dió, que la princesa Badrú'l-Budur, que en aquel momento se encontraba en la sala de las noventa y nueve ventanas, oyó aquel vocerío insólito, y abrió una de las ventanas y miró á la plaza. Y vió á la muchedumbre insolente y burlona de pilluelos, y

entendió el extraño pregón del maghrebín. Y se echó á reir. Y sus mujeres entendieron el pregón también y se echaron á reir con ella. Y le dijo una: «¡Oh mi señora! ¡precisamente hoy, al limpiar el cuarto de mi amo Aladino, he visto sobre una mesita una lámpara vieja de cobre! ¡Permíteme, pues, que vaya á cogerla y á enseñársela á ese viejo maghrebín, para ver si, realmente, está tan loco como nos da á entender su pregón, y si consiente en cambiárnosla por una lámpara nueva!» Y he aquí que la lámpara vieja de que hablaba aquella esclava era precisamente la lámpara mágica de Aladino. ¡Y por una desgracia escrita por el Destino, se había olvidado él, antes de partir, de guardarla en el armario de nácar en que generalmente la tenía escondida, y la había dejado encima de la mesita! ¿Pero es posible luchar contra los decretos del Destino?

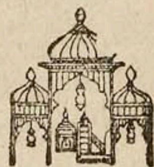
Por otra parte, la princesa Badrú'l-Budur ignoraba completamente la existencia de aquella lámpara y sus virtudes maravillosas. Así es que no vió ningún inconveniente en el cambio de que le hablaba su esclava, y contestó: «¡Desde luego! ¡Coge esa lámpara y dásela al agha de los eunucos, á fin de que vaya á cambiarla por una lámpara nueva y nos riamos á costa de ese loco!»

Entonces la joven esclava fué al aposento de Aladino, cogió la lámpara mágica que estaba encima de la mesita y se la entregó al agha de los eunucos. Y el agha bajó al punto á la plaza, llamó

al maghrebín, le enseñó la lámpara que tenía, y le dijo: «¡Mi señora desea cambiar esta lámpara por una de las nuevas que llevas en ese cesto!»

Cuando el mago vió la lámpara la reconoció al primer golpe de vista, y empezó á temblar de emoción. Y el eunuco le dijo: «¿Qué te pasa? ¿Acaso encuentras esta lámpara demasiado vieja para cambiarla?» Pero el mago, que había dominado ya su excitación, tendió la mano con la rapidez del buitre que cae sobre la tórtola, cogió la lámpara que le ofrecía el eunuco y se la guardó en el pecho. Luego presentó al eunuco el cesto, diciendo: «¡Coge la que más te guste!» Y el eunuco escogió una lámpara muy bruñida y completamente nueva, y se apresuró á llevársela á su ama Badrú'l-Budur, echándose á reir y burlándose de la locura del maghrebín...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 766.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y el eunuco escogió una lámpara muy bruñida y completamente nueva, y se apresuró á llevársela á su ama Badrú'l-Budur, echándose á reir y burlándose de la locura del maghrebín. ¡Y he aquí

lo referente al agha de los eunucos y al cambio de la lámpara mágica en ausencia de Aladino!

En cuanto al mago, echó á correr en seguida, tirando el cesto con su contenido á la cabeza de los pilluelos, que continuaban mofándose de él, para impedirles que le siguieran. Y de tal modo desembarazado, franqueó recintos de palacios y jardines y se aventuró por las calles de la ciudad, dando mil rodeos, á fin de que perdieran su pista quienes hubiesen querido perseguirle. Y cuando llegó á un barrio completamente desierto, se sacó del pecho la lámpara y la frotó. Y el efrit de la lámpara respondió á esta llamada, apareciéndose ante él al punto, y diciendo: «*¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor de la lámpara en el aire por donde vuelo y en la tierra por donde me arrastro!*» Porque el efrit obedecía indistintamente á quienquiera que fuese el poseedor de aquella lámpara, aunque, como el mago, fuera por el camino de la maldad y de la perdición.

Entonces el maghrebín le dijo: «¡Oh efrit de la lámpara, te ordeno que cojas el palacio que edificaste para Aladino y lo transportes con todos los seres y todas las cosas que contiene á mi país, que ya sabes cuál es, y que está en el fondo del Maghreb, entre jardines! ¡Y también me transportarás á mí allá con el palacio!» Y contestó el mared esclavo de la lámpara: «¡Escucho y obedezco! ¡Cierra un ojo y abre un ojo, y te encontrarás en tu país, en medio del palacio de Aladino!» Y efectivamente,

en un abrir y cerrar de ojos se hizo todo. Y el maghrebín se encontró transportado, con el palacio de Aladino, en medio de su país, en el Maghreb africano. ¡Y esto es lo referente á él!

Pero en cuanto al sultán, padre de Badrú'l-Budur, al despertarse al siguiente día, salió de su palacio, como tenía por costumbre, para ir á visitar á su hija, á la que quería tanto. Y en el sitio en que se alzaba el maravilloso palacio no vió mas que un amplio meidán agujereado por las zanjas vacías de los cimientos. Y en el límite de la perplejidad, ya no supo si habría perdido la razón; y empezó á restregarse los ojos para darse cuenta mejor de lo que veía. ¡Y comprobó que con la claridad del sol saliente y la limpidez de la mañana no había manera de engañarse, y que el palacio ya no estaba allí! Pero quiso convencerse más aún de aquella realidad enloquecedora, y subió al piso más alto, y abrió la ventana que daba enfrente de los aposentos de su hija. Y no vió palacio ni huella de palacio, ni jardines ni huella de jardines, sino sólo un inmenso meidán, donde, de no estar las zanjas, habrían podido los caballeros justar á su antojo.

Entonces, desgarrado de ansiedad, el desdichado padre empezó á golpearse las manos una contra otra y á mesarse la barba llorando, por más que no pudiese darse cuenta exacta de la naturaleza y de la magnitud de su desgracia. Y mientras de tal suerte desplomábase sobre el diván, su gran visir entró para anunciarle, como de costumbre, la apertura de

la sesión de justicia. Y vió el estado en que se hallaba, y no supo qué pensar. Y el sultán le dijo: «¡Acércate aquí!» Y el visir se acercó, y el sultán le dijo: «¿Dónde está el palacio de mi hija?» El otro dijo: «¡Alah guarde al sultán! ¡pero no comprendo lo que quiere decir!» El sultán dijo: «¡Cualquiera creería ¡oh visir! que no estás al corriente de la triste nueva!» El visir dijo: «¡Claro que no lo estoy, oh mi señor! ¡por Alah, que no sé nada, absolutamente nada!» El sultán dijo: «¡Entonces no has mirado hacia el palacio de Aladino!» El visir dijo: «¡Ayer tarde estuve á pasearme por los jardines que lo rodean, y no he notado ninguna cosa de particular, sino que la puerta principal estaba cerrada á causa de la ausencia del emir Aladino!» El sultán dijo: «En ese caso, ¡oh visir! mira por esta ventana y dime si no notas alguna cosa de particular en ese palacio que ayer viste con la puerta cerrada.» Y el visir sacó la cabeza por la ventana y miró, pero fué para levantar los brazos al cielo, exclamando: «¡Alejado sea el Maligno! ¡el palacio ha desaparecido!» Luego se encaró con el sultán y le dijo: «Y ahora ¡oh mi señor! ¿vacilas en creer que ese palacio, cuya arquitectura y ornamentación admirabas tanto, sea otra cosa que la obra de la más admirable hechicería?» Y el sultán bajó la cabeza y reflexionó durante una hora de tiempo. Tras de lo cual levantó la cabeza, y tenía el rostro revestido de furor. Y exclamó: «¿Dónde está ese malvado, ese aventurero, ese mago, ese impostor, ese hijo de mil

perros, que se llama Aladino?» Y el visir contestó, con el corazón dilatado de triunfo: «¡Está ausente de casa; pero me ha anunciado su regreso para hoy antes de la plegaria de mediodía! ¡Y si quieres, me encargo de ir yo mismo á informarme cerca de él sobre lo que ha sido del palacio con su contenido!» Y el rey se puso á gritar: «¡No, por Alah! ¡Hay que tratarle como á los ladrones y los embusteros! ¡Que me le traigan los guardias cargado de cadenas!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 767.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Hay que tratarle como á los ladrones y los embusteros! ¡Que me le traigan los guardias cargado de cadenas!»

Al punto el gran visir salió á comunicar la orden del sultán al jefe de los guardias, instruyéndole acerca de cómo debía arreglarse para que no se le escapara Aladino. Y acompañado por cien jinetes, el jefe de los guardias salió de la ciudad al camino por donde tenía que volver Aladino, y se encontró con él á cien parasangas de las puertas. Y en seguida hizo que le cercaran los jinetes, y le dijo:

«¡Emir Aladino, ¡oh amo nuestro! dispénsanos, por favor; pero el sultán, de quien somos esclavos, nos ha ordenado que te detengamos y te pongamos entre sus manos cargado de cadenas como los criminales! ¡Y no podemos desobedecer una orden real! ¡Pero repetimos que nos dispenses por tratarte así, aunque á todos nosotros nos ha inundado tu generosidad!»

Al oir estas palabras del jefe de los guardias, á Aladino se le trabó la lengua de sorpresa y de emoción. Pero acabó por poder hablar, y dijo: «¡Oh buenas gentes! ¿Sabéis, al menos, por qué motivo os ha dado el sultán semejante orden, siendo yo inocente de todo crimen con respecto á él ó al Estado?» Y contestó el jefe de los guardias: «¡Por Alah, que no lo sabemos!» Entonces Aladino se apeó de su caballo, y dijo: «¡Haced de mí lo que os haya ordenado el sultán, pues las órdenes del sultán están por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Y los guardias, muy á disgusto suyo, se apoderaron de Aladino, le ataron los brazos, le echaron al cuello una cadena muy gorda y muy pesada, con la que también le sujetaron por la cintura, y cogiendo el extremo de aquella cadena le arrastraron á la ciudad, haciéndole caminar á pie mientras ellos seguían á caballo su camino.

Llegados que fueron los guardias á los primeros arrabales de la ciudad, los transeuntes que vieron de este modo á Aladino no dudaron de que el sultán, por motivos que ignoraban, se disponía á hacer

que le cortaran la cabeza. Y como Aladino se había captado, por su generosidad y su afabilidad, el afecto de todos los súbditos del reino, los que le vieron apresuráronse á echar á andar detrás de él, armándose de sables unos, de estacas otros y de piedras y palos los demás. Y aumentaban en número á medida que el convoy se aproximaba á palacio; de modo que ya eran millares y millares al llegar á la plaza del meidán. Y todos gritaban y protestaban, blandiendo sus armas y amenazando á los guardias, que á duras penas pudieron contenerles y penetrar en palacio sin ser maltratados. Y en tanto que los otros continuaban vociferando y chillando en el meidán para que se les devolviese sano y salvo á su señor Aladino, los guardias introdujeron á Aladino, que seguía cargado de cadenas, en la sala donde le esperaba el sultán lleno de cólera y de ansiedad.

No bien tuvo en su presencia á Aladino, el sultán, poseído de un furor inconcebible, no quiso perder el tiempo en preguntarle qué había sido del palacio que guardaba á su hija Badrú'l-Budur, y gritó al portaalfanje: «¡Corta en seguida la cabeza á este impostor maldito!» Y no quiso oirle ni verle un instante más. Y el portaalfanje se llevó á Aladino á la terraza, desde la cual se dominaba el meidán en donde estaba apiñada la muchedumbre tumultuosa, hizo arrodillarse á Aladino sobre el cuero rojo de las ejecuciones, y después de vendarle los ojos le quitó la cadena que llevaba al cuello y alre-

dedor del cuerpo, y le dijo: «¡Pronuncia tu acto de fe antes de morir!» Y se dispuso á darle el golpe de muerte, volteando por tres veces y haciendo flamear el sable en el aire en torno á él. Pero en aquel momento, al ver que el portaalfanje iba á ejecutar á Aladino, la muchedumbre empezó á escalar los muros del palacio y á forzar las puertas. Y el sultán vió aquello, y temiéndose algún acontecimiento funesto se sintió poseído de gran espanto. Y se encaró con el portaalfanje y le dijo: «¡Aplaza por el instante el acto de cortar la cabeza á ese criminal!» Y dijo al jefe de los guardias: «¡Haz que pregonen al pueblo que le otorgo la gracia de la sangre de ese maldito!» Y aquella orden, pregonada en seguida desde lo alto de las terrazas, calmó el tumulto y el furor de la muchedumbre é hizo abandonar su propósito á los que forzaban las puertas y á los que escalaban los muros del palacio.

Entonces, Aladino, á quien se había tenido cuidado de quitar la venda de los ojos y á quien habían soltado las ligaduras que le ataban las manos á la espalda, se levantó del cuero de las ejecuciones en donde estaba arrodillado y alzó la cabeza hacia el sultán, y con los ojos llenos de lágrimas le preguntó: «¡Oh rey del tiempo! ¡suplico á tu alteza que me diga solamente el crimen que he podido cometer para ocasionar tu cólera y esta desgracia!» Y con el color muy amarillo y la voz llena de cólera reconcentrada, el sultán le dijo: «¿Que te diga tu crimen, miserable? ¿Es que finges ignorarlo?

¡Pero no fingirás más cuando te lo haya hecho ver con tus propios ojos!» Y le gritó: «¡Sígueme!» Y echó á andar delante de él y le condujo al otro extremo del palacio, hacia la parte que daba al segundo meidán, donde se erguía antes el palacio de Badrú'l-Budur rodeado de sus jardines, y le dijo: «¡Mira por esta ventana y dime, ya que debes saberlo, qué ha sido del palacio que guardaba á mi hija!» Y Aladino sacó la cabeza por la ventana y miró. Y no vió ni palacio, ni jardín, ni huella de palacio ó de jardín, sino el inmenso meidán desierto, tal como estaba el día en que dió él al efrit de la lámpara orden de construir allí la morada maravillosa. Y sintió tal estupefacción y tal dolor y tal conmoción, que estuvo á punto de caer desmayado. Y no pudo pronunciar una sola palabra. Y el sultán le gritó: «Dime, maldito impostor, ¿dónde está el palacio y dónde está mi hija, el núcleo de mi corazón, mi única hija?» Y Aladino lanzó un gran suspiro y vertió abundantes lágrimas; luego dijo: «¡Oh rey del tiempo, no lo sé!» Y le dijo el sultán: «¡Escúchame bien! No quiero pedirte que restituyas tu maldito palacio; pero sí te ordeno que me devuelvas á mi hija. Y si no lo haces al instante ó si no quieres decirme qué ha sido de ella, ¡por mi cabeza, que haré que te corten la cabeza!» Y en el límite de la emoción, Aladino bajó los ojos y reflexionó durante una hora de tiempo. Luego levantó la cabeza, y dijo: «¡Oh rey del tiempo, ninguno escapa á su destino! ¡Y si mi destino es que se me corte la ca-

beza por un crimen que no he cometido, ningún poder logrará salvarme! Sólo te pido, pues, antes de morir, un plazo de cuarenta días para hacer las pesquisas necesarias con respecto á mi esposa bienamada, que ha desaparecido con el palacio mientras yo estaba de caza y sin que pudiera sospechar cómo ha sobrevenido esta calamidad: te lo juro por la verdad de nuestra fe y los méritos de nuestro señor Mahomed (¡con él la plegaria y la paz!)» Y el sultán contestó: «Está bien; te concederé lo que me pides. ¡Pero has de saber que, pasado ese plazo, nada podrá salvarte de entre mis manos si no me traes á mi hija! ¡Porque sabré apoderarme de ti y castigarte, sea donde sea el paraje de la tierra en que te ocultes!» Y al oir estas palabras, Aladino salió de la presencia del sultán, y muy cabizbajo atravesó el palacio en medio de los dignatarios, que se apenaban mucho al reconocerle y verle tan demudado por la emoción y el dolor. Y llegó ante la muchedumbre y empezó á preguntar, con torvos ojos: «¿Dónde está mi palacio? ¿Dónde está mi esposa?» Y cuantos le veían y oían se dijeron: «¡El pobre ha perdido la razón! ¡El haber caído en desgracia con el sultán y la proximidad de la muerte le han vuelto loco!» Y al ver que ya sólo era para todo el mundo un motivo de compasión, Aladino se alejó apresuradamente, sin que nadie tuviese corazón para seguirle. Y salió de la ciudad, y comenzó á errar por el campo, sin saber lo que hacía...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 768.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y salió de la ciudad, y comenzó á errar por el campo, sin saber lo que hacía. Y de tal suerte llegó á orillas de un gran río, presa de la desesperación, y diciéndose: «¿Dónde hallarás tu palacio, Aladino, y á tu esposa Badrú'l-Budur, ¡oh pobre!? ¿A qué país desconocido irás á buscarla, si es que está viva todavía? ¿Y acaso sabes siquiera cómo ha desaparecido?» Y con el alma sombría por estos pensamientos, y sin ver ya mas que tinieblas y tristeza delante de sus ojos, quiso arrojarse al agua y ahogar allí su vida y su dolor. ¡Pero en aquel momento se acordó de que era un musulmán, un creyente, un puro! Y dió fe de la unidad de Alah y de la misión de su Enviado. Y reconfortado con su acto de fe y su abandono á la voluntad del Altísimo, en lugar de arrojarse al agua se dedicó á hacer sus abluciones para la plegaria de la tarde. Y se puso en cuclillas á la orilla del río y cogió agua en el hueco de las manos y se puso á frotarse los dedos y las extremidades. Y he aquí que, al hacer estos movimientos, frotó el anillo que le había dado en

la cueva el maghrebín. Y en el mismo momento apareció el efrit del anillo, que se prosternó ante él, diciendo: «*¡Aquí tienes entre tus manos á tu esclavo! ¿Qué quieres? Habla. ¡Soy el servidor del anillo en la tierra, en el aire y en el agua!*» Y Aladino reconoció perfectamente, por su aspecto repulsivo y por su voz aterradora, al efrit que en otra ocasión hubo de sacarle del subterráneo. Y agradablemente sorprendido por aquella aparición, que estaba tan lejos de esperarse en el estado miserable en que se encontraba, interrumpió sus abluciones y se irguió sobre ambos pies, y dijo al efrit: «¡Oh efrit del anillo, oh compasivo, oh excelente! ¡Alah te bendiga y te tenga en su gracia! Pero apresúrate á traerme mi palacio y mi esposa, la princesa Badrú'l-Budur!» Pero el efrit del anillo le contestó: «¡Oh dueño del anillo! ¡lo que me pides no está en mi facultad, porque en la tierra, en el aire y en el agua yo sólo soy servidor del anillo! ¡Y siento mucho no poder complacerte en esto, que es de la competencia del servidor de la lámpara! ¡A tal fin, no tienes mas que dirigirte á ese efrit, y él te complacerá!» Entonces, Aladino, muy perplejo, le dijo: «¡En ese caso, ¡oh efrit del anillo! y puesto que no puedes mezclarte en lo que no te incumbe, transportando aquí el palacio de mi esposa, por las virtudes del anillo á quien sirves te ordeno que me transportes á mi mismo al paraje de la tierra en que se halla mi palacio, y me dejes, sin hacerme sufrir sacudidas, debajo de las ventanas de mi esposa, la princesa Badrú'l-Budur!»

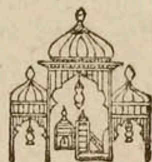
Apenas había formulado Aladino esta petición, el efrit del anillo contestó con el oído y la obediencia, y en el tiempo que se tarda solamente en cerrar un ojo y abrir un ojo, le transportó al fondo del Maghreb, en medio de un jardín magnífico, donde se alzaba, con su hermosura arquitectural, el palacio de Badrú'l-Budur. Y le dejó con mucho cuidado debajo de las ventanas de la princesa, y desapareció.

Entonces, á la vista de su palacio, sintió Aladino dilatársele el corazón y tranquilizársele el alma y refrescársele los ojos. Y de nuevo entraron en él la alegría y la esperanza. Y de la misma manera que está preocupado y no duerme quien confía una cabeza al vendedor de cabezas cocidas al horno, así Aladino, á pesar de sus fatigas y sus penas, no quiso descansar lo más mínimo. Y se limitó á elevar su alma hacia el Creador para darle gracias por sus bondades y reconocer que sus designios son impenetrables para las criaturas limitadas. Tras de lo cual se puso muy en evidencia debajo de las ventanas de su esposa Badrú'l-Budur.

Y he aquí que, desde que fué arrebatada con el palacio por el mago maghrebín, la princesa tenía la costumbre de levantarse todos los días á la hora del alba, y se pasaba el tiempo llorando y las noches en vela, poseída de tristes pensamientos en su dolor por verse separada de su padre y de su esposo bienamado, además de todas las violencias de que la hacía víctima el maldito maghrebín, aunque sin

ceder ella. Y no dormía, ni comía, ni bebía. Y aquella tarde, por decreto del Destino, su servidora había entrado á verla para distraerla. Y abrió una de las ventanas de la sala de cristal, y miró hacia afuera, diciendo: «¡Oh mi señora! ¡ven á ver cuán hermosos están los árboles y cuán delicioso es el aire esta tarde!» Luego lanzó de pronto un grito, exclamando: «¡Ya setti, ya setti! ¡He ahí á mi amo Aladino, he ahí á mi amo Aladino! ¡Está bajo las ventanas del palacio!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 769.ª NOCHE

Ella dijo:

...«¡Ya setti, ya setti! ¡He ahí á mi amo Aladino, he ahí á mi amo Aladino! ¡Está bajo las ventanas del palacio!»

Al oir estas palabras de su servidora, Badrú'l-Budur se precipitó á la ventana, y vió á Aladino, el cual la vió también. Y casi enloquecieron ambos de alegría. Y fué Badrú'l-Budur la primera que pudo abrir la boca, y gritó á Aladino: «¡Oh querido mío! ¡ven pronto, ven pronto! ¡Mi servidora va á bajar para abrirte la puerta secreta! ¡Puedes subir aquí

sin temor! ¡El mago maldito está ausente por el momento!» Y cuando la servidora le hubo abierto la puerta secreta, Aladino subió al aposento de su esposa y la recibió en sus brazos. Y se besaron, ebrios de alegría, llorando y riendo. Y cuando estuvieron un poco calmados se sentaron uno junto á otro, y Aladino dijo á su esposa: «¡Oh Badrú'l-Budur! ¡antes que nada he de preguntarte qué ha sido de la lámpara de cobre que dejé en mi cuarto sobre una mesita antes de salir de caza!» Y exclamó la princesa: «¡Ah, querido mío, esa lámpara precisamente es la causa de nuestra desdicha! ¡Pero todo ha sido por mi culpa, sólo por mi culpa!» Y contó á Aladino cuanto había ocurrido en el palacio desde su ausencia, y cómo, por reirse de la locura del vendedor de lámparas, había cambiado la lámpara de la mesita por una lámpara nueva, y todo lo que ocurrió después, sin olvidar un detalle. Pero no hay utilidad en repetirlo. Y concluyó diciendo: «Y sólo después de transportarnos aquí con el palacio es cuando el maldito maghrebín ha venido á revelarme que, por el poder de su hechicería y las virtudes de la lámpara cambiada, consiguió arrebatarme á tu afecto, con el fin de poseerme. ¡Y me dijo que era maghrebín y que estábamos en Maghreb, su país!» Entonces, Aladino, sin hacerle el menor reproche, le preguntó: «¿Y qué desea hacer contigo ése maldito?» Ella dijo: «Viene una vez al día, nada más, á hacerme una visita, y trata por todos los medios de seducirme. ¡Y como está lleno de perfidia, para

vencer mi resistencia no ha cesado de afirmarme que el sultán te había hecho cortar la cabeza por impostor, y que, al fin y al cabo, no eras mas que el hijo de una pobre gente, de un miserable sastre llamado Mustafá, y que sólo á él debías la fortuna y los honores de que disfrutabas! Pero hasta ahora no ha recibido de mí, por toda respuesta, mas que el silencio del desprecio y que le vuelva la espalda. ¡Y se ha visto obligado á retirarse siempre con las orejas caídas y la nariz alargada! ¡Y cada vez temía yo que recurriese á la violencia! Pero hete aquí ya. ¡Loado sea Alah!» Y Aladino le dijo: «Dime ahora ¡oh Badrú'l-Budur! en qué sitio del palacio está escondida, si lo sabes, la lámpara que consiguió arrebatarme ese maldito maghrebín.» Ella dijo: «Nunca la deja en el palacio, sino que la lleva en el pecho continuamente. ¡Cuántas veces se la he visto sacar en mi presencia para enseñármela como un trofeo!» Entonces Aladino le dijo: «Está bien; pero ¡por tu vida, que no ha de seguir enseñándotela mucho tiempo! ¡Para eso únicamente te pido que me dejes un instante solo en esta habitación!» Y Badrú'l-Budur salió de la sala y fué á reunirse con sus servidoras.

Entonces Aladino frotó el anillo mágico que llevaba al dedo, y dijo al efrit que se presentó: «¡Oh efrit del anillo! ¿conoces las diversas especies de polvos soporíferos?» El efrit contestó: «¡Es lo que mejor conozco!» Aladino dijo: «¡En ese caso, te ordeno que me traigas una onza de bang cretense,

una sola toma del cual sea capaz de derribar á un elefante!» Y desapareció el efrit, pero para volver al cabo de un momento, llevando en los dedos una cajita, que entregó á Aladino, diciéndole: «¡Aquí tienes ¡oh amo del anillo! bang cretense de la calidad más fina!» Y se fué. Y Aladino llamó á su esposa Badrú'l-Budur, y le dijo: «¡Oh mi señora Badrú'l-Budur, si quieres que triunfemos de ese maldito maghrebín, no tienes mas que seguir el consejo que voy á darte! ¡Y te advierto que el tiempo apremia, pues me has dicho que el maghrebín estaba á punto de llegar para intentar seducirte! ¡He aquí, pues, lo que tendrás que hacer!» Y le dijo: «Harás estas cosas, y le dirás estas otras cosas.» Y le dió amplias instrucciones respecto á la conducta que debía seguir con el mago. Y añadió: «En cuanto á mí, voy á ocultarme en esta arca. ¡Y saldré en el momento oportuno!» Y le entregó la cajita de bang, diciendo: «¡No te olvides de lo que acabo de indicarte!» Y la dejó para ir á encerrarse en el arca.

Entonces, la princesa Badrú'l-Budur, á pesar de la repugnancia que tenía á desempeñar el papel consabido, no quiso perder la oportunidad de vengarse del mago, y se propuso seguir las instrucciones de su esposo Aladino. Se levantó, pues, y mandó á sus mujeres que la peinaran y la pusieran el tocado que sentaba mejor á su cara de luna, y se hizo vestir con el traje más hermoso de sus arcas. Luego se ciñó el talle con un cinturón de oro in-

crustado de diamantes, y se adornó el cuello con un collar de perlas nobles de igual tamaño, excepto la de en medio, que tenía el volumen de una nuez; y en las muñecas y en los tobillos se puso pulseras de oro con pedrerías que casaban maravillosamente con los colores de los demás adornos. Y perfumada y semejante á una huri escogida, y más brillante que las reinas y sultanas más brillantes, se miró enternecida en su espejo, mientras sus mujeres maravillábanse de su belleza y prorrumpían en exclamaciones de admiración. Y se tendió perezosamente en los almohadones, esperando la llegada del mago...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 770.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y se tendió perezosamente en los almohadones, esperando la llegada del mago.

No dejó éste de ir á la hora anunciada. Y la princesa, contra lo que acostumbraba, se levantó en honor suyo, y con una sonrisa le invitó á sentarse junto á ella en el diván. Y el maghrebín, muy emocionado por aquel recibimiento, y deslumbrado por

el brillo de los hermosos ojos que le miraban y por la belleza arrebatadora de aquella princesa tan deseada, sólo se permitió sentarse al borde del diván, por cortesía y deferencia. Y la princesa, siempre sonriente, le dijo: «¡Oh mi señor! no te asombres de verme hoy tan cambiada, porque mi temperamento, que por naturaleza es muy refractario á la tristeza, ha acabado por sobreponerse á mi pena y á mi inquietud. Y además, he reflexionado sobre tus palabras con respecto á mi esposo Aladino, y ahora estoy convencida de que ha muerto á causa de la terrible cólera de mi padre el rey. ¡Lo que está escrito ha de ocurrir! Y mis lágrimas y mis pesares no darán vida á un muerto. Por eso he renunciado á la tristeza y al duelo y he resuelto no rechazar ya tus proposiciones y tus bondades. ¡Y ese es el motivo de mi cambio de humor!» Luego añadió: «¡Pero aún no te he ofrecido los refrescos de amistad!» Y se levantó, ostentando su deslumbradora belleza, y se dirigió á la mesa grande en que estaba la bandeja de los vinos y sorbetes, y mientras llamaba á una de sus servidoras para que sirviera la bandeja, echó un poco de bang cretense en la copa de oro que había en la bandeja. Y el maghrebín no sabía cómo darle gracias por sus bondades. Y cuando se acercó la doncella con la bandeja de los sorbetes, cogió él la copa y dijo á Badrú'l-Budur: «¡Oh princesa! ¡por muy deliciosa que sea esta bebida, no podrá refrescarme tanto como la sonrisa de tus ojos!» Y tras de hablar así se llevó la copa á los

labios y la vació de un solo trago, sin respirar. ¡Pero al instante fué á caer sobre el tapiz con la cabeza antes que con los pies, á las plantas de Badrú'l-Budur!

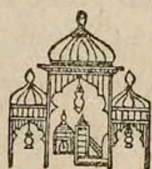
Al ruido de la caída, Aladino lanzó un inmenso grito de triunfo y salió del armario para correr en seguida hacia el cuerpo inerte de su enemigo. Y se precipitó sobre él, le abrió la parte superior del traje y le sacó del pecho la lámpara que estaba allí escondida. Y se encaró con Badrú'l-Budur, que acudía á besarle en el límite de la alegría, y le dijo: «¡Te ruego que me dejes solo otra vez! ¡Porque ha de terminarse hoy todo!» Y cuando se alejó Badrú'l-Budur, frotó la lámpara en el sitio que sabía, y al punto vió aparecer al efrit de la lámpara, quien, después de la fórmula acostumbrada, esperó la orden. Y Aladino le dijo: «¡Oh efrit de la lámpara! ¡por las virtudes de esta lámpara que sirves, te ordeno que transportes este palacio, con todo lo que contiene, á la capital del reino de la China, situándolo exactamente en el mismo lugar de donde lo quitaste para traerlo aquí! ¡Y hazlo de manera que el transporte se efectúe sin conmoción, sin contratiempos y sin sacudidas!» Y el genni contestó: «¡Oir es obedecer!» Y desapareció. Y en el mismo momento, sin tardar más tiempo del que se necesita para cerrar un ojo y abrir un ojo, se hizo el transporte, sin que nadie lo advirtiera; porque apenas si se hicieron sentir dos ligeras agitaciones, una al salir y otra á la llegada.

Entonces, Aladino, después de comprobar que el palacio estaba en realidad frente por frente al palacio del sultán, en el sitio que ocupaba antes, fué en busca de su esposa Badrú'l-Budur y la besó mucho, y le dijo: «¡Ya estamos en la ciudad de tu padre! ¡Pero como es de noche, más vale que esperemos á mañana por la mañana para ir á anunciar al sultán nuestro regreso! Por el momento, no pensemos mas que en regocijarnos con nuestro triunfo y con nuestra reunión, ¡oh Badrú'l-Budur!» Y como desde la víspera Aladino aún no había comido nada, se sentaron ambos y se hicieron servir por los esclavos una comida suculenta en la sala de las noventa y nueve ventanas cruzadas. Luego pasaron juntos aquella noche en medio de delicias y dicha.

Al día siguiente salió de su palacio el sultán, para ir, según costumbre, á llorar por su hija en el paraje donde no creía encontrar mas que las zanjas de los cimientos. Y muy entristecido y dolorido, echó una ojeada por aquel lado, y se quedó estupefacto al ver ocupado de nuevo el sitio del meidán por el palacio magnífico, y no vacío, como él se imaginaba. Y en un principio creyó que sería efecto de la niebla ó de algún ensueño de su espíritu inquieto, y se frotó los ojos varias veces. Pero como la visión subsistía siempre, ya no pudo dudar de su realidad, y sin preocuparse de su dignidad de sultán echó á correr agitando los brazos y lanzando gritos de alegría, y atropellando á guardias y porteros subió la escalera de alabastro

sin tomar aliento, no obstante su edad, y entró en la sala de la bóveda de cristal con noventa y nueve ventanas, en la cual precisamente esperaban su llegada, sonriendo, Aladino y Badrú'l-Budur. Y al verle se levantaron ambos y corrieron á su encuentro. Y besó él á su hija, derramando lágrimas de alegría y en el límite de la ternura, y ella también...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 771.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y besó á su hija, derramando lágrimas de alegría y en el límite de la ternura, y ella también. Y cuando pudo abrir la boca y articular una palabra, dijo: «¡Oh hija mía! ¡veo con asombro que no se te ha demudado el rostro ni se te ha puesto la tez más amarilla, á pesar de todo lo sucedido desde el día en que te vi por última vez! ¡Sin embargo, ¡oh hija de mi corazón! debes haber sufrido mucho, y no habrás visto sin alarmas y terribles angustias cómo te transportaban de un sitio á otro con todo el palacio! ¡Porque nada más que con pensarlo, yo mismo me siento invadido por el temblor y el espanto! ¡Date prisa, pues, ¡oh hija mía! á explicar-

me el motivo de tan escaso cambio en tu fisonomía, y á contarme, sin ocultarme nada, cuanto te ha ocurrido desde el comienzo hasta el fin!» Y Badrú'l-Budur contestó: «¡Oh padre mío! has de saber que si apenas se me ha demudado el rostro es porque ya he ganado lo que había perdido con mi alejamiento de ti y de mi esposo Aladino. Pues la alegría de volver á encontraros á ambos me devuelve mi frescura y mi color de antes. Pero he sufrido y he llorado mucho, tanto por verme arrebatada á tu afecto y al de mi esposo bienamado, como por haber caído en poder de un maldito mago maghrebín, que es el causante de todo lo que ha sucedido, y que me decía cosas desagradables y quería seducirme después de raptarme. ¡Pero todo fué por culpa de mi atolondramiento, que me impulsó á ceder á otro lo que no me pertenecía!» Y en seguida contó á su padre toda la historia con los menores detalles, sin olvidar nada. Pero no hay ninguna utilidad en repetirla. Y cuando acabó de hablar, Aladino, que no había abierto la boca hasta entonces, se encaró con el sultán, estupefacto hasta el límite de la estupefacción, y le mostró detrás de una cortina el cuerpo inerte del mago, que tenía la cara toda negra por efecto de la violencia del bang, y le dijo: «¡He aquí el impostor, causante de nuestra pasada desdicha y de mi caída en desgracia! ¡Pero Alah le ha castigado!»

Al ver aquello, el sultán, enteramente convencido de la inocencia de Aladino, le besó muy tier-

namente, oprimiéndole contra su pecho, y le dijo: «¡Oh hijo mío Aladino! ¡no me censures con exceso por mi conducta para contigo, y perdóname los malos tratos que te infligí! ¡Porque merece alguna excusa el afecto que experimento por mi hija única Badrú'l-Budur, y bien sabes que el corazón de un padre está lleno de ternura, y que hubiese yo preferido perder todo mi reino antes que un cabello de la cabeza de mi hija bienamada!» Y contestó Aladino: «Verdaderamente, tienes excusa, ¡oh padre de Badrú'l-Budur! porque sólo el afecto que sientes por tu hija, á la cual creías perdida por mi culpa, te hizo usar conmigo procedimientos enérgicos. Y no tengo derecho á reprocharte de ninguna manera. Porque á mí me correspondía prevenir las asechanzas pérfidas de ese infame mago y tomar precauciones contra él. ¡Y no te darás cuenta bien de toda su malicia hasta que, cuando tenga tiempo, te relate yo la historia de cuanto me ocurrió con él!» Y el sultán besó á Aladino una vez más, y le dijo: «En verdad ¡oh Aladino! que es absolutamente preciso que busques ocasión de contarme todo eso. ¡Pero aún es más urgente desembarazarnos ya del espectáculo de ese cuerpo maldito que yace inanimado á nuestros pies, y regocijarnos juntos con tu triunfo!» Y Aladino dió orden á sus efrits jóvenes de que se llevaran el cuerpo del maghrebín y lo quemaran en medio de la plaza del meidán sobre un montón de estiércol y echaran las cenizas en el hoyo de la basura. Lo cual se ejecutó puntualmente en

presencia de toda la ciudad reunida, que se alegraba de aquel castigo merecido y de la vuelta del emir Aladino á la gracia del sultán.

Tras de lo cual, por medio de los pregoneros, que iban seguidos por tañedores de clarinetes, de timbales y de tambores, el sultán hizo anunciar que daba libertad á los presos en señal de regocijo público; y mandó repartir muchas limosnas á los pobres y á los menesterosos. Y por la noche hizo iluminar toda la ciudad, así como su palacio y el de Aladino y Badrú'l-Budur. Y así fué como Aladino, merced á la bendición que llevaba consigo, escapó por segunda vez á un peligro de muerte. Y aquella misma bendición debía aún salvarle por tercera vez, como vais á saber, ¡oh oyentes míos!

En efecto, hacía ya algunos meses que Aladino estaba de regreso y llevaba con su esposa una vida feliz, bajo la mirada enternecida y vigilante de su madre, que entonces era una dama venerable de aspecto imponente, aunque desprovista de orgullo y de arrogancia, cuando la esposa del joven entró un día, con rostro un poco triste y dolorido, en la sala de la bóveda de cristal, donde él estaba casi siempre para disfrutar la vista de los jardines, y se le acercó y le dijo: «¡Oh mi señor Aladino! Alah, que nos ha colmado con sus favores á ambos, hasta el presente me ha negado el consuelo de tener un hijo. Porque ya hace bastante tiempo que estamos casados y no siento fecundadas por la vida mis entrañas. ¡Vengo, pues, á suplicarte que me permitas

mandar venir al palacio á una santa vieja llamada Fatmah, que ha llegado á nuestra ciudad hace unos días, y á quien todo el mundo venera por las curaciones y alivios que proporciona y por la fecundidad que otorga á las mujeres sólo con la imposición de sus manos!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 772.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Vengo, pues, á suplicarte que me permitas mandar venir al palacio á una santa vieja llamada Fatmah, que ha llegado á nuestra ciudad hace unos días, y á quien todo el mundo venera por las curaciones y alivios que proporciona y por la fecundidad que otorga á las mujeres sólo con la imposición de sus manos!» Y Aladino, que no quería contrariar á su esposa Badrú'l-Budur, no puso ninguna dificultad para acceder á su deseo, y dió orden á cuatro eunucos de que fueran en busca de la santa vieja y la llevaran al palacio. Y los eunucos ejecutaron la orden y no tardaron en regresar con la santa vieja, que iba con el rostro cubierto por un velo muy espeso y con el cuello rodeado por un inmenso

rosario de tres vueltas que le bajaba hasta la cintura. Y llevaba en la mano un gran báculo, sobre el cual apoyaba su marcha vacilante por la edad y las prácticas piadosas. Y en cuanto la vió la princesa, salió vivamente á su encuentro, y le besó la mano con fervor y le pidió su bendición. Y la santa vieja, con acento muy digno, invocó para ella las bendiciones de Alah y sus gracias, y pronunció en su favor una larga plegaria, con el fin de pedir á Alah que prolongase y aumentase en ella la prosperidad y la dicha y satisfaciese sus menores deseos. Y Badrú'l-Budur la rogó que se sentara en el sitio de honor en el diván, y le dijo: «¡Oh santa de Alah! ¡te agradezco tus buenas intenciones y tus plegarias! ¡Y como sé que Alah no ha de negarte nada de lo que le pidas, espero de su bondad, por intercesión tuya, lo que es el más ferviente anhelo de mi alma!» Y la santa contestó: «¡Yo soy la más humilde de las criaturas de Alah; pero Él es el Omnipotente, el Excelente! ¡No tengas miedo, pues, ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! á formular lo que anhele tu alma!» Y Badrú'l-Budur se puso muy colorada, y bajó la voz, y con acento muy ardiente dijo: «¡Oh santa de Alah! ¡deseo de la generosidad de Alah tener un hijo! ¡Dime qué tengo que hacer para eso y qué beneficios y qué buenas acciones habré de llevar á cabo para merecer semejante favor! ¡Habla! ¡Estoy dispuesta á todo para obtener ese bien, que lo estimo en más que mi propia vida! ¡Y para demostrarte mi gratitud, te daré, en

cambio, cuanto puedas anhelar y desear, no para ti, que ya sé ¡oh madre de todos nosotros! que te hallas al abrigo de las necesidades de las criaturas débiles, sino para alivio de los infortunados y de los pobres de Alah!»

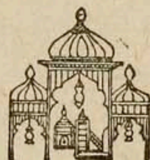
Al oir estas palabras de la princesa Badrú'l-Budur, los ojos de la santa, que hasta entonces habían permanecido bajos, se abrieron y se iluminaron tras el velo con un brillo extraordinario, é irradió su rostro cual si tuviese fuego dentro, y todas sus facciones expresaron el sentimiento de un éxtasis de júbilo. Y miró á la princesa durante un momento sin pronunciar ni una palabra; luego tendió los brazos hacia ella y le hizo en la cabeza la imposición de las manos, moviendo los labios como si rezase una plegaria entre dientes, y acabó por decirle: «¡Oh hija mía! ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! ¡los santos de Alah acaban de dictarme el medio infalible de que debes valerte para ver habitar en tus entrañas la fecundidad! Pero ¡oh hija mía! entiendo que ese medio es muy difícil, si no imposible, de emplear, porque se necesita un poder sobrehumano para realizar los actos de fuerza y valor que reclamo.» Y al oir estas palabras, la princesa Badrú'l-Budur no pudo reprimir más su emoción, y se arrojó á los pies de la santa, rodeándole las rodillas con sus brazos, y le dijo: «¡Por favor, ¡oh madre nuestra! indícame ese medio, sea cual sea, pues nada resulta imposible de realizar para mi esposo bienamado, el emir Aladino! ¡Ah! ¡habla, ó á tus

pies moriré de deseo reconcentrado!» Entonces la santa levantó un dedo en el aire, y dijo: «Hija mía, para que la fecundidad penetre en ti es necesario que cuelgues en la bóveda de cristal de esta sala un huevo del pájaro rokh, que habita en la cima más alta del monte Cáucaso. ¡Y la contemplación de ese huevo, que mirarás todo el tiempo que puedas durante días y días, modificará tu naturaleza íntima y removerá el fondo inerte de tu maternidad! ¡Y eso es lo que tenía que decirte, hija mía!» Y Badrú'l-Budur exclamó: «¡Por mi vida, ¡oh madre nuestra! que no sé cuál es el pájaro rokh, ni jamás vi huevos suyos; pero no dudo de que Aladino podrá al instante procurarme uno de esos huevos fecundantes, aunque el nido de esa ave esté en la cima más alta del monte Cáucaso!» Luego quiso retener á la santa, que se levantaba ya para marcharse, pero ésta le dijo: «No, hija mía; déjame ahora marcharme á aliviar otros infortunios y dolores más grandes todavía que los tuyos. ¡Pero mañana ¡inschalah! yo misma vendré á visitarte y á saber noticias tuyas, que son preciosas para mí!» Y no obstante todos los esfuerzos y ruegos de Badrú'l-Budur, que, llena de gratitud, quería hacerle don de varios collares y otras joyas de valor inestimable, no quiso detenerse un momento más en el palacio, y se fué como había ido, rehusando todos los regalos.

Algunos momentos después de partir la santa, Aladino fué al lado de su esposa y la besó tierna-

mente, como lo hacía siempre que se ausentaba, aunque fuese por un instante; pero le pareció que tenía ella un aspecto muy distraído y preocupado; y le preguntó la causa con mucha ansiedad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 773.ª NOCHE

Ella dijo:

...pero le pareció que tenía ella un aspecto muy distraído y preocupado; y le preguntó la causa con mucha ansiedad. Entonces le dijo Sett Badrú'l-Budur, sin tomar aliento: «¡Seguramente moriré si no tengo lo más pronto posible un huevo del pájaro rokh, que habita en la cima más alta del monte Cáucaso!» Y al oir estas palabras, Aladino se echó á reir, y dijo: «¡Por Alah, ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! si no se trata mas que de obtener ese huevo para impedir que mueras, refresca tus ojos! Pero para que yo lo sepa, dime solamente qué piensas hacer con el huevo de ese pájaro.» Y Badrú'l-Budur contestó: «¡Es la santa vieja quien acaba de prescribirme que lo mire, como remedio soberanamente eficaz contra la esterilidad de la mujer! ¡Y quiero tenerlo para colgarlo del centro de la bóveda

de cristal de la sala de las noventa y nueve ventanas!» Y Aladino contestó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh mi señora Badrú'l-Budur! al instante tendrás ese huevo de rokh!»

Al punto dejó á su esposa y fué á encerrarse en su aposento. Y se sacó del pecho la lámpara mágica, que llevaba siempre consigo desde el terrible peligro que hubo de correr por culpa de su negligencia, y la frotó. Y en el mismo momento se apareció ante él el efrit de la lámpara, pronto á ejecutar sus órdenes. Y Aladino le dijo: «¡Oh excelente efrit, que me obedeces merced á las virtudes de la lámpara que sirves! ¡te pido que al instante me traigas, para colgarlo del centro de la bóveda de cristal, un huevo del gigantesco pájaro rokh, que habita en la cima más alta del monte Cáucaso!»

Apenas Aladino había pronunciado estas palabras, el efrit se convulsionó de manera espantosa, y le llamearon los ojos, y lanzó ante Aladino un grito tan amedrentador, que se conmovió el palacio en sus cimientos, y como una piedra disparada con honda, Aladino fué proyectado contra el muro de la sala de un modo tan violento, que por poco entra su longitud en su anchura. Y le gritó el efrit con su voz poderosa de trueno: «¿Cómo te atreves á pedirme eso, miserable adamita? ¡Oh el más ingrato entre las gentes de baja condición! ¡he aquí que ahora, no obstante los servicios que te presté con todo el oído y toda la obediencia, tienes la osadía de ordenarme que vaya á buscar al hijo

del rokh, mi amo supremo, para colgarle en la bóveda de tu palacio! ¿Ignoras, insensato, que yo y la lámpara y todos los genni servidores de la lámpara somos esclavos del gran rokh, padre de los huevos? ¡Ah! ¡suerte tienes con estar bajo la salvaguardia de la lámpara que sirvo, y con llevar al dedo ese anillo lleno de virtudes saludables! ¡De no ser así, ya hubiera entrado tu longitud en tu anchura!» Y dijo Aladino, estupefacto é inmóvil contra el muro: «¡Oh efrit de la lámpara! ¡por Alah, que no es mía esta petición, sino que se la sugirió á mi esposa Badrú'l-Budur la santa vieja, madre de la fecundación y curadora de la esterilidad!» Entonces se calmó de repente el efrit y recobró su acento acostumbrado para con Aladino, y le dijo: «¡Ah! ¡lo ignoraba! ¡Ah! ¡está bien! ¿conque es esa criatura la que aconsejó el atentado? ¡Puedes alegrarte mucho, Aladino, de no haber tenido la menor participación en ello! ¡Pues has de saber que por ese medio se quería obtener tu destrucción y la de tu esposa y la de tu palacio! La persona á quien llamas santa vieja no es santa ni vieja, sino un hombre disfrazado de mujer. Y ese hombre no es otro que el propio hermano del maghrebín, tu enemigo exterminado. Y se asemeja á su hermano como media haba se asemeja á su hermana. Y cierto es el proverbio que dice: «¡El hermano menor de un perro es más inmundo que su hermano mayor, porque la posteridad de un perro siempre está bastardeándose!» Y ese nuevo enemigo, á quien no conoces, todavía está

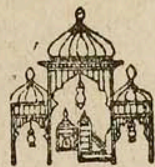
más versado en la magia y en la perfidia que su hermano mayor. Y cuando, por medio de las operaciones de su geomancia, se enteró de que su hermano había sido exterminado por ti y quemado por orden del sultán, padre de tu esposa Badrú'l-Budur, determinó vengarle en todos vosotros, y vino desde el Maghreb aquí disfrazado de vieja santa para llegar hasta este palacio. ¡Y consiguió introducirse en él y sugerir á tu esposa esa petición perniciosa, que es el mayor atentado que se puede realizar contra mi amo supremo el rokh! Te prevengo, pues, acerca de sus proyectos pérfidos, á fin de que los puedas evitar. ¡Uassalam!» Y tras de haber hablado así á Aladino, desapareció el efrit.

Entonces, Aladino, en el límite de la cólera, se apresuró á ir á la sala de las noventa y nueve ventanas, en busca de su esposa Badrú'l-Budur. Y sin revelarle nada de lo que el efrit acababa de contarle, le dijo: «¡Oh Badrú'l-Budur, ojos míos! Antes de traerte el huevo del pájaro rokh es absolutamente necesario que oiga yo con mis propios oídos á la santa vieja que te ha recetado ese remedio. ¡Te ruego, pues, que envíes á buscarla con toda urgencia y que, con pretexto de que no la recuerdas exactamente, le hagas repetir su prescripción, mientras yo estoy escondido detrás del tapiz!» Y contestó Badrú'l-Budur: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Y al punto envió á buscar á la santa vieja.

En cuanto ésta hubo entrado en la sala de la bó-

veda de cristal, y cubierta siempre con su espeso velo que le tapaba la cara, se acercó á Badrú'l-Budur...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 774.ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto ésta hubo entrado en la sala de la bóveda de cristal, y cubierta siempre con su espeso velo que le tapaba la cara, se acercó á Badrú'l-Budur, Aladino salió de su escondite, abalanzándose á ella con el alfanje en la mano, y antes de que ella pudiese decir: «¡Bem!», de un solo tajo le separó la cabeza de los hombros.

Al ver aquello, exclamó Badrú'l-Budur, aterrada: «¡Oh mi señor Aladino! ¡qué atentado acabas de cometer!» Pero Aladino se limitó á sonreir, y por toda respuesta se inclinó, cogió por el mechón central la cabeza cortada y se la mostró á Badrú'l-Budur. Y en el límite de la estupefacción y del horror, vió ella que la tal cabeza, excepto el mechón central, estaba afeitada como la de los hombres, y que tenía el rostro prodigiosamente barbudo. Y sin querer asustarla más tiempo, Aladino le contó la ver-

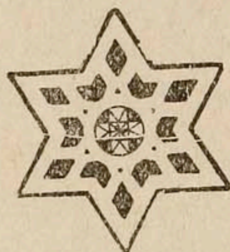
dad con respecto á la presunta Fatmah, falsa santa y falsa vieja, y concluyó: «¡Oh Badrú'l-Budur! ¡demos gracias á Alah, que nos ha librado por siempre de nuestros enemigos!» Y se arrojaron ambos en brazos uno de otro, dando gracias á Alah por sus favores.

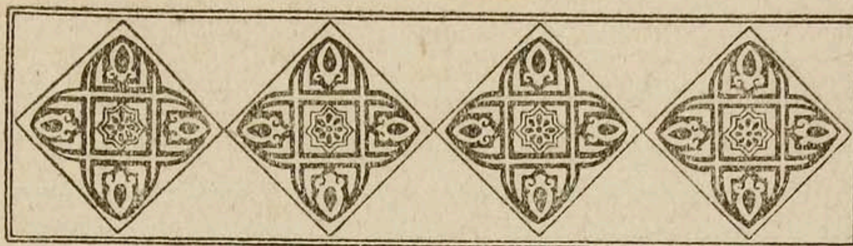
Y desde entonces vivieron una vida muy feliz con la buena vieja, madre de Aladino, y con el sultán, padre de Badrú'l-Budur. Y tuvieron dos hijos hermosos como lunas. Y á la muerte del sultán, reinó Aladino en el reino de la China. Y de nada careció su dicha hasta la llegada inevitable de la Destructora de delicias y Separadora de amigos.

Y después de contar así esta historia, Schahrazada dijo: «¡Y esto es ¡oh rey afortunado! cuanto sé acerca de Aladino y de la lámpara mágica! ¡Pero Alah es más sabio!» Y dijo el rey Schahriar: «Admirable es esa historia, Schahrazada. ¡Pero me asombra mucho su discreción!» Y dijo Schahrazada: «En ese caso, ¡oh rey! permite á tu esclava Schahrazada que te cuente la HISTORIA DE KAMAR Y DE LA EXPERTA HALIMA.» Y el rey Schahriar exclamó: «¡Desde luego, Schahrazada!» Pero ella sonrió y contestó: «Está bien, ¡oh rey! Pero antes, para revelarte el valor que tiene la admirable virtud de la paciencia y hacerte esperar, sin cólera contra tu servidora, la suerte llena de felicidad que Alah destina á tu raza por mediación mía, quiero contarte en seguida lo que nos transmitieron nuestros padres los Antiguos sobre el medio de adquirir la VERDADERA CIENCIA DE

LA VIDA.» Y dijo el rey: «¡Oh hija de mi visir! date prisa á indicarme el medio de hacer esa adquisición. Pero, ¡oh Schahrazada! ¿cuál es la suerte que Alah, por mediación tuya, destina á mi raza, si no tengo posteridad?» Y dijo Schahrazada: «¡Permite ¡oh rey! á tu servidora Schahrazada que no te hable todavía de lo que ha pasado de misterioso en las veinte noches de silencio que tu bondad le ha concedido para reposar de una indisposición, y durante las cuales se ha revelado á tu servidora el esplendor de tu destino!» Y sin añadir nada más á este respecto, Schahrazada, la hija del visir, dijo:







La parábola de la verdadera ciencia de la vida


Cuentan que en una ciudad entre las ciudades, donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un joven que era hermoso y estudioso. Y aunque nada faltara á la felicidad de su vida, le poseía el deseo de aprender siempre más. Un día, merced al relato de un mercader viajero, le fué revelado que en cierto país muy lejano existía un sabio que era el hombre más santo del Islam y que él solo poseía tanta ciencia, sabiduría y virtud como todos los sabios del siglo reunidos. Y se enteró de que aquel sabio, á pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero, que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él. Y cuando hubo oído estas palabras entró en su casa, cogió sus sandalias, su alforja y su báculo, y abandonó inmediatamente su ciudad y sus amigos. Y se encaminó al país lejano en que vivía el santo maes-

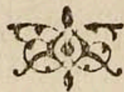
tro, con objeto de ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de su ciencia y de su sabiduría. Y anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y después de muchos peligros y fatigas, gracias á la seguridad que escribióle Alah, llegó á la ciudad del herrero. Y al punto fué al zoco de los herreros y se presentó á aquel cuya tienda le habían indicado todos los transeuntes. Y luego de besarle la orla del traje, se mantuvo de pie delante de él en actitud de respeto. Y el herrero, que era un hombre de edad, con el rostro marcado por la bendición, le preguntó: «¿Qué deseas, hijo mío?» El otro contestó: «¡Aprender ciencia!» Y el herrero, por toda respuesta, le puso entre las manos la cuerda del fuelle de fragua y le dijo que tirara. Y el nuevo discípulo contestó con el oído y la obediencia, y al punto se puso á estirar y aflojar la cuerda del fuelle, sin interrupción, desde el momento de su llegada hasta la puesta del sol. Y al día siguiente se dedicó al mismo trabajo, así como los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie en la fragua, ni el maestro ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiesen una sola vez la palabra, y sin que nadie se quejase ni siquiera murmurase de aquel duro trabajo silencioso. Y de tal suerte pasaron cinco años. Y un día el discípulo se aventuró muy tímidamente á abrir la boca, y dijo: «¡Maestro!» Y el herrero interrumpió su trabajo. Y en el límite de la ansiedad, hicieron lo mismo todos

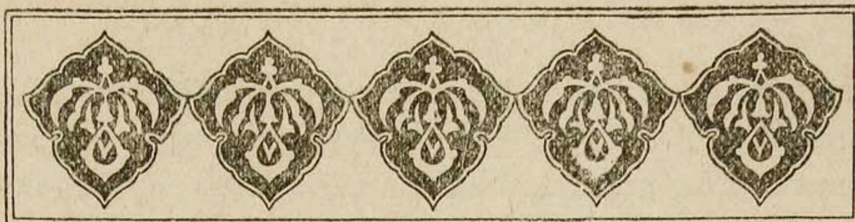
los discípulos. Y el herrero, en medio del silencio de la fragua, se encaró con el joven y le preguntó: «¿Qué quieres?» El otro dijo: «¡Ciencia!» Y el herrero dijo: «¡Tira de la cuerda!» Y sin pronunciar una palabra más, reanudó el trabajo de la fragua. Y transcurrieron otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta por la noche, el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin interrupción y sin que nadie le dirigiese la palabra ni una sola vez. Pero cuando alguno de los discípulos tenía necesidad de un informe acerca de algo, le estaba permitido escribir la demanda y presentársela al maestro por la mañana al entrar en la fragua. Y sin leer nunca el escrito, el maestro lo arrojaba al fuego de la fragua ó se lo metía entre los pliegues del turbante. Si arrojaba al fuego el escrito, sin duda era porque la demanda no merecía respuesta. Pero si colocaba el papel en el turbante, el discípulo que se lo había presentado encontraba por la noche la respuesta del maestro escrita con caracteres de oro en la pared de su celda.

Cuando transcurrieron diez años, el viejo herrero se acercó al joven y le tocó en el hombro. Y por primera vez, desde hacía diez años, soltó el joven la cuerda del fuelle de fragua. Y descendió á él una gran alegría. Y el maestro le habló, diciendo: «Hijo mío, ya puedes volver á tu país y á tu morada llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida. ¡Pues todo eso adquiriste al adquirir la virtud de la paciencia!»

Y le dió el beso de paz. Y el discípulo regresó iluminado á su país, entre sus amigos; y vió claro en la vida.

Y exclamó el rey Schahriar: «¡Oh Schahrazada! ¡cuán admirable es esa parábola! ¡Y cómo me da que pensar!» Y por un instante permaneció absorto en sus pensamientos. Luego añadió: «¡Date prisa ahora ¡oh Schahrazada! á contarme la historia de Kamar y de la experta Halima!» Pero Schahrazada dijo: «¡Permíteme ¡oh rey! que todavía retrase el relato de esa historia, porque esta noche no se siente mi espíritu inclinado á ella, y permíteme empezar antes la historia más amable, más lozana y más pura que conozco!» Y dijo el rey: «Desde luego, ¡oh Schahrazada! estoy dispuesto á escucharte, porque también mi espíritu esta noche se inclina á las cosas amables. ¡Y además, esa espera me hará aprovechar la parábola de la paciencia!» Entonces dijo Schahrazada:





FARIZADA LA DE SONRISA DE ROSA



He llegado á saber ¡oh rey afortunado, oh dotado de buenas maneras! que en los días de antaño, hace ya mucho tiempo—pero Alah es el único sabio—, había un rey de Persia llamado Khosrú Schah, á quien el Retribuidor había dotado de poderío, de juventud y de hermosura, y en cuyo corazón hubo de poner tal sentimiento de la justicia, que, bajo su reinado, el tigre y la cabra marchaban uno al lado de otra y bebían en el mismo arroyo. Y aquel rey, al que le gustaba cerciorarse por sus propios ojos de cuanto pasaba en la ciudad de su trono, tenía costumbre de pasearse de noche, disfrazado de mercader extranjero, en compañía de su visir ó de alguno de los dignatarios de su palacio.

Una noche en que daba una vuelta por un barrio de gente pobre, al pasar por cierta callejuela

escuchó unas voces jóvenes que se dejaban oir al final de tal calleja. Y se acercó, con su acompañante, á la humilde morada de donde partían las voces, y aplicando un ojo á una rendija de la puerta miró adentro. Y divisó, sentadas sobre una estera en torno de una luz, á tres jóvenes que hablaban después de la comida. Y aquellas tres jóvenes, que parecíanse como pueden parecerse tres hermanas, eran perfectamente bellas. Y la más joven era visiblemente, y con mucho, la más bella.

Y decía la primera: «Mi deseo, puesto que se trata de manifestar un deseo, sería, hermanas mías, llegar á ser la esposa del repostero del sultán. Porque ya sabéis cuánto me gustan los manjares de repostería, sobre todo esos admirables y delicados y deliciosos bocados de hojaldre que se llaman «bocados de sultán». ¡Y para hacerlos á punto no hay como el repostero jefe del sultán! ¡Ah, hermanas mías, qué envidia me tendríais entonces al ver cómo ese régimen de repostería fina redondearía mis formas con grasa blanca, y me embellecería, y me afirmaría el color!»

Y decía la segunda: «Yo, hermanas mías, no soy tan ambiciosa. Me contentaría sencillamente con llegar á ser la esposa del cocinero del sultán. ¡Ah, cómo lo deseo! ¡Eso me permitiría satisfacer mis apetitos reconcentrados en todo el tiempo que llevo anhelando probar tantos manjares extraordinarios que sólo en palacio se comen! ¡Especialmente hay, entre otras cosas, ciertas bandejas de co-

hombros rellenos y cocidos al horno, que nada más que con verlos pasar en la cabeza de los que los llevan los días de festines dados por el sultán, siento mi corazón lleno todo de emoción! ¡Oh, lo que yo comería de ese plato! ¡Sin embargo, no me olvidaría de convidaros alguna vez, si mi esposo el cocinero me lo permitiera; pero creo que no me lo permitirá!»

Y cuando hubieron manifestado así sus deseos las dos hermanas, se encararon con su hermana pequeña, que guardaba silencio, y le preguntaron, burlándose de ella: «Y tú, ¡oh pequeñuela! ¿qué deseas? ¿Y por qué bajas los ojos y no dices nada? ¡Pero no te apures, que nosotras te prometemos, para cuando tengamos los esposos que preferimos, tratar de casarte con algún palafrenero del sultán ó con algún otro dignatario de la misma categoría, á fin de que siempre estés cerca de nosotras! Habla, ¿en qué piensas?»

Y confusa y ruborizada, la pequeña contestó con una voz dulce como agua de manantial: «¡Oh hermanas mías!» Y no pudo decir más. Y riéndose de su timidez, las dos jóvenes la acosaron á preguntas y bromas hasta que la decidieron á hablar. Y sin levantar los ojos, dijo la menor: «¡Oh hermanas mías! ¡yo desearía llegar á ser la esposa de nuestro amo el sultán! Y le daría una posteridad bendita. Y los hijos que Alah hiciera nacer de nuestra unión serían dignos de su padre. Y la hija que me gustaría tener ante mi vista sería una sonrisa del cielo

mismo: ¡sus cabellos serían de oro por un lado y de plata por otro; sus lágrimas, cuando llorara, sería un gotear de perlas; sus risas, cuando riera, serían dinares de oro tintineantes, y sus sonrisas, cuando solamente sonriera, serían otros tantos botones de rosa que se abriesen en sus labios!»

¡Eso fué todo!

Y el sultán Khosrú y su visir veían y oían. Pero temiendo que les advirtiesen, se decidieron á alejarse sin enterarse de más. Y en extremo divertido, Khosrú Schah sintió nacer en su alma el prurito de satisfacer los tres deseos; y sin comunicar ni por asomo su propósito á su acompañante, le dió orden de que se fijara bien en la casa, para ir á ella al día siguiente por las tres jóvenes y llevárselas á palacio. Y el visir contestó con el oído y la obediencia, y al día siguiente se apresuró á ejecutar la orden del sultán, llevándole á su presencia las tres hermanas.

Y el sultán, que estaba sentado en su trono, les hizo con la cabeza y con los ojos una seña que quería decir: «¡Acercaos!» Y se acercaron ellas todas temblorosas, enredándose en sus pobres trajes de tela grosera; y el sultán les dijo con una sonrisa de bondad: «La paz sea con vosotras, ¡oh jóvenes! ¡Estamos en el día de vuestro destino y en el que se realizará vuestro deseo! ¡Y conozco el tal deseo, ¡oh jóvenes! porque nada hay oculto para los reyes! Tú, la primera, verás cumplido tu deseo, y el repostero mayor será tu esposo hoy mismo. Y tú, la

segunda, tendrás por esposo á mi cocinero mayor.» Y habiendo hablado así, se detuvo el rey, y encaróse con la más pequeña, la cual, en extremo emocionada, sentía paralizársele el corazón y estaba á punto de desplomarse en la alfombra. Y se irguió él sobre ambos pies, y cogiéndole de la mano la hizo sentarse junto á él en el lecho del trono, diciéndole: «¡Eres la reina! ¡Y este palacio es tu palació, y yo soy tu esposo!»

Y efectivamente, aquel mismo día se celebraron las bodas de las tres hermanas, las de la sultana con un esplendor sin precedentes, y las de la esposa del cocinero y la esposa del repostero con arreglo al ceremonial acostumbrado en matrimonios vulgares. Asi es que en el corazón de las dos hermanas mayores penetraron la envidia y el odio; y desde aquel momento proyectaron la perdición de su hermana pequeña. Sin embargo, tuvieron buen cuidado de no dejar transparentar sus sentimientos lo más mínimo, y aceptaron con gratitud fingida las muestras de afecto que no cesó de prodigarles su hermana la sultana, quien, en contra de las costumbres reales, las admitía en su intimidad, á pesar de su linaje oscuro. Y lejos de sentirse satisfechas de la dicha que Alah les proporcionaba, experimentaban, enfrente de su hermana menor, las peores torturas del odio y de la envidia.

Y de tal suerte pasaron nueve meses, al cabo de los cuales, con ayuda de Alah, la sultana dió á luz un hijo príncipe, hermoso como el cuarto creciente

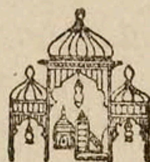
de la luna nueva. Y las dos hermanas mayores, que, á petición de la sultana, la asistían al parto y actuaban de comadronas, lejos de conmoverse por las bondades de su hermana menor para con ellas y por la belleza del recién nacido, encontraron al fin la ocasión que buscaban de destrozar el corazón de la joven madre. Cogieron, pues, al niño, mientras la madre aún era presa de los dolores del parto, le pusieron en un cesto de mimbre, que escondieron por el pronto, y le reemplazaron con un pequeño perro muerto, que presentaron á todas las mujeres de palacio, haciéndole pasar por el fruto del alumbramiento de la sultana. Y al saber esta noticia, el sultán Khosrú Schah vió ennegrecerse el mundo ante su vista; y en el límite de la pena, fué á encerrarse en sus aposentos, negándose á despachar los asuntos del reino. Y la sultana quedó sumida en la aflicción, y sintió su alma humillada y su corazón destrozado.

En cuanto al recien nacido, le abandonaron sus tías en el cesto á la corriente del agua del canal que pasaba al pie del palacio. Y quiso la suerte que el intendente de los jardines del sultán, que se paseaba á lo largo del canal, divisase el cesto que flotaba en el agua. Y lo atrajo al borde del canal con ayuda de una azada, lo examinó y descubrió al hermoso niño. Y experimentó igual asombro que el de la hija de Faraón al ver á Moisés en los cañaverales.

Y he aquí que hacía largos años que estaba ca-

sado el intendente de los jardines y anhelaba tener uno, dos ó tres niños que bendijeran á su Creador. Pero hasta entonces no fueron tomados en consideración por el Altísimo sus deseos y los de su esposa. Y sufrían ambos con el estéril aislamiento en que tenían que vivir. Así es que cuando el intendente de los jardines descubrió aquel niño, de belleza sin par, le cogió con el cesto, y en el límite de la alegría corrió hasta el final del jardín, en donde estaba su casa, y entró en el aposento de su mujer, y le dijo con voz emocionada: «La paz sea contigo, ¡oh hija del tío! ¡He aquí el don que nos hace el Generoso en este día bendito! Sea este niño que te traigo nuestro hijo, como hijo es del Destino.» Y le contó cómo le había hallado flotando en el cesto sobre el agua del canal; y le afirmó que Alah era quien se lo enviaba, premiando por fin de esta manera la constancia de sus plegarias. Y la esposa del intendente de los jardines tomó al niño y le prohijó. ¡Gloria á Alah, que ha llevado al seno de las mujeres estériles el sentimiento de la maternidad, como ha infundido en el corazón de las gallinas desgraciadas el deseo de empollar los guijarros!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 775.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Gloria á Alah, que ha llevado al seno de las mujeres estériles el sentimiento de la maternidad, como ha infundido en el corazón de las gallinas desgraciadas el deseo de empollar los guijarros!

Y he aquí que al año siguiente la pobre madre privada tan impíamente del fruto de su fecundidad, parió, con permiso del Donador, otro hijo más hermoso que el anterior. Pero las dos hermanas espiaban el parto con ojos llenos de interés por fuera y de odio por dentro; y sin tener para su hermana y el recién nacido más piedad que la primera vez, se apoderaron del niño á escondidas y le echaron al canal en un cesto, como habían hecho con el mayor. Y exhibieron por todo el palacio un pequeño gato, proclamando que acababa de parirlo la sultana. Y la consternación entró en los corazones. Y sin duda alguna, en el límite de la vergüenza, el sultán habríase dejado llevar de la rabia y del furor si no practicase en su alma la virtud de la humildad ante los decretos de la insondable justicia. Y la sultana quedó sumida en la amargura y la desolación, y su corazón lloró todas las lágrimas de los dolores.

Pero volviendo al niño, Alah, que vela por el destino de los pequeñuelos, le puso á la vista del intendente, que se paseaba á orillas del canal. Y como la vez primera, el intendente le salvó de las aguas, y se lo llevó á su esposa, que le quiso como si fuese su propio hijo, y le crió con los mismos cuidados que al primero.

Y he aquí que, á fin de que no fuesen frustrados siempre los deseos de Sus Creyentes, Alah puso la fecundidad en el vientre de la sultana, que parió por tercera vez. Pero entonces dió á luz una princesa. Y las dos hermanas, cuyo odio, lejos de saciarse, les había hecho proyectar la perdición irremisible de su hermana menor, hicieron sufrir á la niña el mismo trato. Pero fué recogida por el intendente de corazón compasivo, como los dos príncipes hermanos suyos, con los cuales se crió, educó y se vió atendida.

Pero aquella vez, cuando las dos hermanas, después de realizado su proyecto, exhibieron, en lugar de la niña recién nacida, una pequeña rata ciega, el sultán, á pesar de toda su magnanimidad, no pudo contenerse por más tiempo, y exclamó: «¡Alah maldice mi raza por culpa de la mujer con quien me he casado! ¡Escogí un monstruo para madre de mi posteridad! ¡Sólo la muerte podrá librar de él á mi morada!» Y pronunció la sentencia de muerte de la sultana, y mandó á su portaalfanje que cumpliera su misión. Pero cuando vió bañada en lágrimas ante él y presa de un dolor sin límites á la que su cora-

zón había amado, el sultán sintió que se apoderaba de él una gran piedad. Y volviendo la cabeza, ordenó que la alejaran y la encerraran para el resto de sus días en una mazmorra á lo último del palacio. Y dejó de verla desde aquel momento, abandonándola á sus lágrimas. Y la pobre madre hubo de conocer todos los dolores de la tierra.

Y las dos hermanas gozaron todas las alegrías del odio satisfecho, y pudieron saborear sin amargura, en adelante, los manjares y reposterías que confeccionaban sus esposos.

Y pasaron los días y los años con igual rapidez sobre la cabeza de los inocentes que sobre la cabeza de los culpables, llevando á unos y á otros lo que les tenía deparado su destino.

Y he aquí que cuando llegaron á la adolescencia los tres hijos adoptivos del intendente de los jardines, se convirtieron en un deslumbramiento de los ojos. Y se llamaban: el mayor, Farid, el segundo, Faruz, y la niña, Farizada.

Y Farizada era una sonrisa del cielo mismo. Sus cabellos eran de oro por un lado y de plata por otro; sus lágrimas, cuando lloraba, eran un gotear de perlas; sus risas, cuando reía, eran dinares de oro tintineantes, y sus sonrisas, botones de rosa abriendo en sus labios bermejos.

Por eso, cuantos se acercaban á ella, así su padre como su madre y sus hermanos, no podían por menos, cuando la llamaban por su nombre, diciendo: «¡Farizada!», de añadir: «¡la de sonrisa de

rosa!»; pero lo más frecuente era que la llamasen sencillamente «La de sonrisa de rosa».

Y todos se maravillaban de su belleza, de su sabiduría, de su amabilidad, de su destreza en los ejercicios cuando montaba á caballo para acompañar á sus hermanos en la caza, tirar con el arco y lanzar la barra ó la azagaya; de la elegancia de sus maneras, de sus conocimientos en poesía y en ciencias ocultas, y del esplendor de su cabellera, que era de oro por un lado y de plata por otro. Y al verla tan hermosa, á la par que tan perfecta, las amigas de su madre lloraban de emoción.

Y así fué como crecieron los pequeñuelos del intendente de los jardines del rey. Y aquel hombre no tardó en llegar á la última vejez, rodeado del afecto y del respeto de los niños y con los ojos refrescados por su hermosura. Y pronto precedióle en la misericordia del Retribuidor su esposa, que ya había vivido lo que la correspondía de vida. Y aquella muerte fué para todos ellos causa de tanto pesar y tanta pena, que el intendente no pudo determinarse á habitar por más tiempo en la casa donde la difunta fué el manantial de su serenidad y de su dicha. Y se arrojó á los pies del sultán y le suplicó que se dignase relevarle de las funciones que llevaba á cabo entre sus manos desde hacía largos años. Y el sultán, muy apenado por el alejamiento de servidor tan fiel, accedió á su petición con mucho sentimiento. Y no le dejó partir hasta que le hubo hecho don de un magnífico dominio próximo

á la ciudad, con grandes dependencias de tierras laborables, de bosques y praderas, con un palacio ricamente amueblado, con un jardín de arte perfecto trazado por el propio intendente y con un parque de vasta extensión cercado por altas murallas y poblado con pájaros de todos colores y animales salvajes y domésticos.

Y allá se fué aquel hombre de bien á vivir retirado con sus hijos adoptivos. Y allá, rodeado de sus cuidados afectuosos, finó en la paz de su Señor. ¡Alah le tenga en su compasión! Y le lloraron sus hijos adoptivos como jamás se lloró á padre alguno. Y se llevó con él, bajo la losa que no se abre, el secreto del nacimiento de los niños, del cual, por otra parte, sólo estaba enterado á medias.

Y en aquel dominio maravilloso continuaron viviendo los dos adolescentes en compañía de su hermana menor. Y como se les había hecho observar los principios de la honradez y la sencillez, no tenían otro anhelo ni otra ambición que continuar, durante toda su existencia, viviendo en aquella unión perfecta y en medio de aquella dicha tranquila.

Farid y Faruz iban de caza con frecuencia á los bosques y praderas que circundaban sus dominios. Y á Farizada la de sonrisa de rosa le gustaba sobre todo recorrer sus jardines. Y un día, cuando se disponía á ir allá, como tenía por costumbre, fueron sus esclavas á decirle que una buena vieja de rostro señalado por la bendición solicitaba la merced de descansar una hora ó dos á la sombra

de aquellos hermosos jardines. Y Farizada, cuyo corazón era tan compasivo como hermosa su alma y bello su rostro, quiso recibir por sí misma á la buena vieja. Y le ofreció de comer y de beber, y le presentó una fuente de porcelana con hermosas frutas, reposterías, confituras secas y confituras en su jugo. Tras de lo cual la llevó á sus jardines, sabedora de que siempre es provechoso hacer compañía á las personas de experiencia y oir las palabras que dicta la sabiduría.

Y se pasearon juntas por los jardines. Y Farizada la de sonrisa de rosa ayudaba á andar á la buena vieja. Y llegadas que fueron ambas al árbol más hermoso de los jardines, Farizada le hizo sentarse á la sombra de aquel hermoso árbol. Y en el transcurso de la conversación acabó por preguntar á la vieja qué le parecía el sitio en que estaba y si lo encontraba de su agrado.

Entonces, tras de reflexionar una hora de tiempo, la vieja levantó la cabeza y contestó: «En verdad ¡oh mi señora! que me he pasado la vida recorriendo las tierras de Alah, á lo ancho y á lo largo, y nunca descansé en un sitio más delicioso. ¡Pero ¡oh mi señora! ya que eres única en la tierra, como la luna y el sol lo son en el cielo, quisiera que tuvieses en este hermoso jardín, á fin de que también fuese único en su especie, las tres cosas incomparables que le faltan!» Y Farizada la de sonrisa de rosa quedó extremadamente asombrada al saber que á su jardín le faltaban tres cosas in-

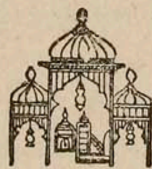
comparables, y dijo á la vieja: «¡Por favor, mi buena madre, date prisa á decirme, para que yo lo sepa, cuáles son esas tres cosas incomparables que ignoro!» Y contestó la vieja: «¡Oh mi señora! para corresponder á la hospitalidad que acabas de ejercer con corazón tan compasivo para una vieja desconocida, voy á revelarte la existencia de esas tres cosas.» Y se calló un instante todavía; luego dijo:

«Has de saber, pues, ¡oh mi señora! que, si en estos jardines se hallara la primera de esas tres cosas incomparables, vendrían á mirarla todos los pájaros de estos jardines, y al verla, cantarían á coro. Porque ruiseñores y pinzones, alondras y currucas, jilgueros y tórtolas, ¡oh mi señora! y todas las especies infinitas de los pájaros, reconocerían la supremacía de su hermosura. ¡Y es ¡oh mi señora! Bulbul el-Hazar, el Pájaro que habla!

»Si tuvieras en tus jardines la segunda de esas cosas incomparables, ¡oh mi señora! la brisa que hace cantar á los árboles de estos jardines se detendría para escucharla; y los laúdes y las arpas y las guitarras de estas moradas verían romperse sus cuerdas. Porque la brisa que hace cantar á los árboles de los jardines, los laúdes y las arpas y las guitarras ¡oh mi señora! reconocen la supremacía de su hermosura. ¡Y es el Árbol que canta! Pues ni la brisa en los árboles, ¡oh mi señora! ni los laúdes, ni las arpas, ni las guitarras producen una armonía comparable al concierto de las mil bocas invisibles que hay en las hojas del Árbol que canta.

»Y si tuvieras en tus jardines la tercera de estas cosas incomparables, ¡oh mi señora! todas las aguas de estos jardines detendrían su rumoroso curso y la contemplarían. Porque todas las aguas, las de la tierra y las de los mares, las de las fuentes y las de los ríos, las de las ciudades y las de los jardines, reconocen la supremacía de su hermosura. ¡Y es el Agua Color de Oro! Pues si en un estanque vacío ¡oh mi señora! se vierte solamente una gota de esa agua, se hincha y crece, multiplicándose en surtidores de oro, y no cesa de brotar y caer, sin que el estanque se desborde nunca. Y con esa agua toda de oro y transparente como el topacio transparente, es con la que gusta de aplacar su sed Bulbul el-Hazar, el Pájaro que habla; y en esa agua toda de oro y tan fresca como fresco es el topacio, es en la que gustan de remojarse las mil bocas invisibles del Árbol de hojas cantarinas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 776.ª NOCHE

Ella dijo.

»...las mil bocas invisibles del Árbol de hojas cantarinas.»

Y tras de hablar así, añadió la vieja: «¡Oh mi señora, oh princesa! si tuvieras en tus jardines esas cosas maravillosas, exaltarían tu belleza, ¡oh propietaria de una cabellera de esplendor!»

Cuando Farizada la de sonrisa de rosa hubo oído estas palabras de la vieja, exclamó: «¡Oh rostro de bendición, madre mía, cuán admirable es todo eso! ¡Pero no me has dicho en qué lugar se hallan esas tres cosas incomparables!» Y contestó la vieja, incorporándose para marcharse: «¡Oh mi señora! esas tres maravillas, dignas de tus ojos, se encuentran en un paraje situado hacia los confines de la India. Y el camino que allá conduce pasa precisamente por detrás de este palacio que habitas. Si quieres, pues, enviar allí á alguno para que te las busque, no tienes mas que decirle que siga ese camino durante veinte días, y al vigésimo día pregunte al primer transeunte con quien se encuentre: «¿Dónde están el Pájaro que habla, el Árbol que canta y el Agua Color de Oro?» Y el transeunte no dejará de informarle acerca del particular. ¡Y pluguiera á Alah remunerar tu alma generosa con la posesión de esas cosas creadas para tu belleza! Uassalam, ¡oh bienhechora, oh bendita!»

Y tras de hablar así, la vieja acabó de envolverse en sus velos, y se retiró murmurando bendiciones.

Ya había desaparecido la anciana, cuando Farizada, vuelta del ensueño en que teníala sumida la revelación de aquellas cosas tan extraordinarias,

quiso llamarla de nuevo y correr en pos de ella para pedirle informes más precisos acerca del lugar que las encubría y de los medios para llegar allí. Pero al ver que era demasiado tarde, se puso á repetir palabra por palabra las escasas indicaciones que había oído, á fin de no olvidarse de nada. Y con ello sentía crecer en su alma el deseo irresistible de poseer ó solamente de ver tales maravillas, por mucho que procurara no pensar más en ellas. Y empezó á recorrer entonces las avenidas de sus jardines y los rincones familiares que le eran tan queridos; pero le parecieron exentos de encanto y pletóricos de aburrimiento; y encontró inoportunas las voces de sus pájaros, que la saludaban al pasar.

Y Farizada la de sonrisa de rosa se puso muy triste y lloró caminando por las avenidas. Y las lágrimas que derramaba dejaban en la arena tras ella un reguero de gotas de sus ojos cuajadas en perlas.

Entretanto, regresaron de la caza sus hermanos Farid y Faruz, y como no encontraran á su hermana Farizada en el boscaje de los jardines, donde, por lo general, esperaba su vuelta, apenáronse por aquella negligencia y dedicáronse á buscar á la joven. Y sobre la arena de las avenidas vieron las perlas cuajadas de sus ojos, y se dijeron: «¡Oh qué triste está nuestra hermana! ¿Y qué motivo de pena habrá anidado en su alma para hacerla llorar así?» Y siguieron sus huellas, guiados por las perlas de las avenidas, y la hallaron bañada en lágrimas en el fondo de la espesura. Y corrieron hacia ella y la

besaron y la acariciaron para calmar su alma querida. Y le dijeron: «¡Oh hermana Farizada! ¿dónde están las rosas de tu alegría y el oro de tu buen humor? Respóndenos, ¡oh hermana!» Y Farizada les sonrió, porque les quería; y en sus labios nació de pronto un leve botón de rosa enrojecido; y les dijo: «¡Oh hermanos míos!» Y no se atrevió á decir más, muy avergonzada de su primer deseo. Y ellos le dijeron: «¡Oh Farizada la de sonrisa de rosa, oh hermana nuestra! ¿qué emociones desconocidas turban así tu alma? ¡Cuéntanos tus penas, si es que no dudas de nuestro cariño!» Y Farizada, decidiéndose por fin á hablar, les dijo: «¡Oh hermanos míos, ya no me gustan mis jardines!» Y rompió á llorar, y de sus ojos desbordaron las perlas. Y como ellos callaran, inquietos y entristecidos por noticia tan grave, ella les dijo: «¡Oh! ¡ya no me gustan mis jardines! Les falta el Pájaro que habla, el Árbol que canta y el Agua Color de Oro!»

Y dejándose arrastrar de pronto por la intensidad de su deseo, Farizada contó sin interrupción á sus hermanos la visita de la buena vieja, y con acento excitado en extremo, les explicó en qué consistía la excelencia del Pájaro que habla, del Árbol que canta y del Agua Color de Oro.

Y cuando la hubieron escuchado, sus hermanos llegaron al límite del asombro, y le dijeron: «¡Oh bienamada hermana nuestra! calma tu alma y refresca tus ojos. Porque aunque esas cosas estuvieran en la inaccesible cima de la montaña Kaf, iría-

mos á conquistarlas para ti. Pero para facilitar nuestras pesquisas, ¿podrás decirnos solamente en qué lugar nos es posible encontrarlas?» Y Farizada, muy ruborosa de haber expresado así su primer deseo, les explicó lo que sabía con respecto al paraje en que debían hallarse aquellas cosas. Y añadió: «¡Eso, y nada más, es cuanto sé!» Y exclamaron á la vez ambos hermanos: «¡Oh, hermana nuestra! ¡vamos á partir en busca de esas cosas!» Pero ella les gritó asustada: «¡Oh, no! ¡oh, no! ¡No partáis!» Y Farid, el mayor, dijo: «Tu deseo está por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos, ¡oh Farizada! Pero á quien corresponde realizarlo es sólo á mí, que soy el mayor. ¡Todavía está ensillado mi caballo, y me conducirá sin cansarse á los confines de la India, donde se hallan esas tres maravillas, que he de traerte, si Alah quiere!» Y encaróse con su hermano Faruz y le dijo: «Tú, hermano mío, te quedarás aquí para velar á nuestra hermana durante mi ausencia. ¡Porque no conviene que la dejemos completamente sola en la casa!» Y corrió en aquel mismo instante en busca de su caballo, saltó á lomos del bruto, é inclinándose, besó á su hermano Faruz y á su hermana Farizada, la cual le dijo, toda desolada: «¡Oh hermano mayor, por favor abandona ese viaje lleno de peligros y apéate del caballo! ¡Antes que sufrir con tu ausencia, prefiero no ver ni poseer nunca al Pájaro que habla, al Árbol que canta y al Agua Color de Oro!» Pero Farid le dijo, volviéndola á besar: «¡Oh hermana mía! desecha tus temo-

res, pues mi ausencia no será de larga duración, y con ayuda de Alah no me ocurrirá ningún contratiempo ni nada enfadoso en este viaje. ¡Y además, con objeto de que no te atormente la inquietud durante mi ausencia, toma este cuchillo, que te confío!» Y se sacó del cinturón un cuchillo que tenía el mango incrustado con las primeras perlas vertidas por los ojos de Farizada en la niñez, y se lo entregó, diciendo: «Este cuchillo ¡oh Farizada! te dará cuenta de mi estado. Sácalo de la vaina de cuando en cuando y examina la hoja. Si la ves tan limpia y brillante como está en este momento, será prueba de que sigo con vida y lleno de salud; pero si la ves empañada y mohosa, has de saber que me ha ocurrido un grave contratiempo ó que estoy cautivo; y si ves que gotea sangre, ¡ten la certeza de que ya no me cuento entre los vivos! ¡Y en ese caso, tú y mi hermano invocaréis para mí la compasión del Altísimo!» Dijo, y sin querer escuchar más, partió al galope de su caballo por el camino que conducía á la India.

Y durante veinte días y veinte noches viajó por soledades en que no había más presencia que la de la hierba verde y la de Alah. Y al vigésimo día de su viaje llegó á cierta pradera al pie de una montaña. Y en aquella pradera había un árbol. Y á la sombra de aquel árbol estaba sentado un jeique muy viejo. Y el rostro de aquel jeique tan viejo desaparecía por completo bajo sus largos cabellos, bajo los mechones de sus cejas y bajo los pelos de

una barba que era prodigiosa y blanca como la lana recién cardada. Y sus brazos y sus piernas eran de una delgadez extremada. Y sus manos y sus pies terminaban en uñas de una longitud extraordinaria. Y con la mano izquierda desgranaba un rosario, en tanto que la mano derecha la tenía inmóvil á la altura de su frente, con el índice levantado, con arreglo al rito, para atestiguar la Unidad del Altísimo. Y era, á no dudar, un viejo asceta retirado del mundo quién sabe desde qué tiempos desconocidos.

Y como precisamente él era el primer hombre con quien se encontraba en aquel vigésimo día de su viaje, el príncipe Farid echó pie á tierra, y teniendo su caballo de la brida avanzó hasta el jeique y le dijo: «La zalema contigo, ¡oh santo hombre!» Y el anciano le devolvió su zalema, pero con una voz tan apagada por el espesor de su bigote y de su barba, que el príncipe Farid no pudo percibir mas que palabras ininteligibles.

Entonces, el príncipe Farid, que sólo se había detenido para pedir informes sobre lo que iba á buscar tan lejos de su país, se dijo: «¡Es preciso que le entienda!» Y sacó de su zurrón de viaje unas tijeras, y dijo al jeique: «¡Oh venerable tío! ¡permíteme que te preste algunos cuidados, de los cuales no has tenido tiempo de ocuparte por ti mismo, sumido como estás sin cesar en pensamientos de santidad!» Y como el viejo jeique no opusiera negativa ni resistencia, Farid empezó á cortarle y arreglar

á su antojo la barba, el bigote, las cejas, los cabellos y las uñas, de modo y manera que el jeique quedó con ello rejuvenecido en veinte años por lo menos. Y tras de prestar este servicio al anciano, le dijo, como es costumbre entre los barberos: «¡Que te sirva de frescura y de delicia!»

Cuando el viejo jeique sintióse de tal suerte aliviado de cuanto le abrumaba el cuerpo, se mostró en extremo satisfecho y sonrió al viajero. Luego le dijo, con voz más clara ya que la de un niño: «Alah haga descender sobre ti sus bendiciones ¡oh hijo mío! por el beneficio que este anciano te debe. ¡También yo, quienquiera que seas, ¡oh viajero de bien! estoy dispuesto á ayudarte con mis consejos y con mi experiencia!» Y Farid apresuróse á contestarle: «Vengo desde muy lejos, en busca del Pájaro que habla, del Árbol que canta y del Agua Color de Oro. ¿Puedes decirme, pues, en qué lugar me será posible encontrarlos? ¿O acaso no sabes nada de esas cosas?»

Al oir estas palabras del joven viajero, el jeique cesó de desgranar su rosario, de tan emocionado como se hallaba. Y no contestó. Y Farid le preguntó: «Mi buen tío, ¿por qué no hablas? ¡Para que no se enfríe aquí mi caballo, date prisa á decirme si sabes lo que te pregunto ó si no lo sabes!» Y acabó el jeique por decirle: «Ciertamente, ¡oh hijo mío! conozco el lugar en que se encuentran esas tres cosas y el camino que allá conduce. ¡Pero tan grande es á mis ojos el servicio que me has prestado, que no puedo decidirme á exponerte, en cam-

bio, á los peligros terribles de semejante empresa!» Luego añadió: «¡Ah, hijo mío, mejor será que te apresures á volver sobre tus pasos y regresar á tu país.» Y dijo Farid, lleno de arrestos: «Mi buen tío, indícame únicamente el camino que tengo que seguir, y no te preocupes de lo demás. ¡Porque Alah me ha dotado de brazos que saben defender á su propietario!» Y preguntó con lentitud el jeique: «Pero ¿cómo van á defenderte contra lo Invisible, ¡oh hijo mío! máxime cuando Los de lo Invisible son millares y millares?» Y Farid meneó la cabeza y contestó: «No hay fuerza ni poder mas que en Alah el Exaltado, ¡oh venerable jeique! ¡Al cuello llevo mi destino, y si lo rehuyera me perseguiría! ¡Dime, pues, ya que lo sabes, qué tengo que hacer! ¡Y con ello harás que te quede muy reconocido!»

Cuando el Anciano del Árbol vió que no podía disuadir de su propósito al joven viajero, metió la mano en un saco que llevaba colgado á la cintura y extrajo de él una bola de granito rojo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 777.ª NOCHE

Ella dijo.

...Cuando el Anciano del Arbol vió que no podía disuadir de su propósito al joven viajero, metió la mano en un saco que llevaba colgado á la cintura y extrajo de él una bola de granito rojo. Y ofreció esta bola al viajero, diciéndole: «Ella te conducirá donde tiene que conducirte. Monta á caballo y arrójala delante de ti. Rodará y tú la seguirás hasta el paraje en que se pare. Entonces echarás pie á tierra y atarás tu caballo por la brida á esta bola, y el animal no se moverá del sitio en que le dejes hasta tu vuelta. Y treparás á esa montaña cuya cima se divisa desde aquí. Y á tu paso verás por todas partes grandes piedras negras, y oirás voces que no son las voces de los torrentes ni las de los vientos en los abismos, sino voces de Los de lo Invisible. Y te gritarán palabras que hielan la sangre de los hombres. Pero no las escuches. Porque si vuelves la cabeza, asustado, para mirar detrás de ti mientras te llaman tan pronto de cerca como de lejos, en el mismo instante te convertirás en una piedra negra semejante á las piedras negras de la montaña; pero si, resistiendo á esa llamada, llegas á la cima, encontrarás allí una jaula, y en la

jaula al Pájaro que habla. Y le dirás: «La zalema contigo, ¡oh Bulbul el-Hazar! ¿Dónde está el Árbol que canta? ¿Dónde está el Agua Color de Oro?» Y el Pájaro que habla te responderá: «¡Uassalam!»

Y tras de hablar así, el jeique lanzó un profundo suspiro. Y nada más.

Entonces Farid apresuróse á montar á caballo, y con todas sus fuerzas arrojó ante sí la bola. Y la bola de granito rojo rodó, rodó, rodó. Y al caballo de Farid, que era un relámpago entre los corredores, le costaba trabajo seguirla por entre las breñas que franqueaba, las zanjas que saltaba y los obstáculos que salvaba. Y continuó la bola rodando así, con una velocidad no interrumpida, hasta que tropezó con los primeros peñascos de la montaña. Entonces se detuvo.

Y el príncipe Farid se apeó del caballo y enrolló la brida en la bola de granito. Y el caballo se inmovilizó sobre sus cuatro patas y no se meneó más que si estuviese clavado al suelo.

Y al punto el príncipe Farid comenzó á escalar la montaña. Y en un principio no oyó nada. Pero á medida que iba subiendo veía cubrirse el suelo de bloques de basalto negro que semejaban figuras humanas petrificadas. Y no sabía que eran los cuerpos de los jóvenes señores que le precedieron en aquellos lugares de desolación. Y de pronto dejóse oir entre las rocas un grito, cual jamás en su vida lo había oído el príncipe, y que fué seguido de otros gritos, á derecha y á izquierda, que nada tenían de

humano. Y no eran los aullidos de los vientos salvajes en las soledades, ni los mugidos de las aguas de los torrentes, ni el ruido de las cataratas que se derrumban en los abismos, pues eran las voces de Los de lo Invisible. Y decían unas: «¿Qué quieres? ¿qué quieres?» Y decían otras: «¡Detenedle! ¡Matadle!» Y decían otras: «¡Empujadle! ¡Tiradle!» Y se burlaban de él otras, gritando: «¡Huy! ¡huy! ¡Joven! ¡joven! ¡Huy! ¡huy! ¡Ven! ¡ven!»

Pero el príncipe Farid continuó subiendo constantemente, sin dejarse engañar por aquellas voces. Y tan numerosas y tan terribles hiciéronse las voces bien pronto, y su aliento le pasaba á veces tan cerca del rostro al joven, y resultaba tan espantoso aquel estrépito á derecha y á izquierda, por delante y por detrás, y eran tan amenazadoras y tan apremiante hacíase su llamamiento, que á pesar suyo el príncipe Farid tuvo una vacilación, y olvidando la advertencia del Anciano del Árbol, volvió la cabeza al sentir el aliento más fuerte de una de las voces. Y en el mismo momento resonó un espantoso aullido lanzado por millares de voces y seguido de un silencio prolongado. Y el príncipe Farid quedó convertido en piedra de basalto negro.

Y al pie de la montaña sucedióle lo propio al caballo, que hubo de quedar convertido en bloque informe. Y la bola de granito rojo de nuevo emprendió, rodando, el camino del Arbol del Anciano.

Y he aquí que aquel día, como tenía por cos-

tumbre, la princesa Farizada sacó el cuchillo de la vaina, que llevaba constantemente al cinto. Y se puso pálida y temblorosa al ver la hoja, limpia y brillante todavía la víspera, toda empañada y enmohecida entonces. Y desplomándose en los brazos del príncipe Faruz, que acudió al llamarle ella, exclamó: «¡Ah! ¿dónde estás, hermano mío? ¿Por qué te dejé partir? ¿Qué ha sido de ti en esos países extranjeros? ¡Desgraciada de mí! ¡Oh culpable Farizada, ya no te quiero!» Y los sollozos la sofocaban é hinchaban su pecho. Y el príncipe Faruz, no menos afligido que su hermana, se puso á consolarla; luego le dijo: «Lo pasado, pasado, ¡oh Farizada! pues todo lo que está escrito debe ocurrir. Ahora me toca á mí ir en busca de nuestro hermano, y traerte, al mismo tiempo, las tres cosas que han ocasionado el cautiverio á que debe estar él reducido en este momento. Y exclamó Farizada, suplicante: «¡No, no, por favor, no partas, si ha de ser para ir en busca de lo que ha deseado mi alma insaciable! ¡Oh hermano mío! ¡si te ocurriera algún contratiempo, moriría yo!» Pero estas quejas y lágrimas no disuadieron de su resolución al príncipe Faruz. Y montó á caballo, y después de decir adiós á su hermana le dió un rosario de perlas hecho con las segundas lágrimas que lloró Farizada en la niñez, y le dijo: «¡Si estas perlas ¡oh Farizada! cesaran de correr unas tras otras entre tus dedos y pareciera que estaban pegadas, sería señal de que había yo sufrido la misma suerte que nuestro her-

mano!» Y Farizada, muy triste, dijo, besándole: «¡Haga Alah ¡oh bienamado hermano mío! que no sea así! ¡Y ojalá regreses á la morada con nuestro hermano mayor!» Y el príncipe Faruz emprendió á su vez el camino que conducía á la India.

Y al vigésimo día de su viaje encontró al Anciano del Árbol, que estaba sentado, como le había visto el príncipe Farid, con el índice de la mano derecha alzado á la altura de su frente. Y después de las zalemas, el anciano, al ser interrogado, informó al príncipe de la suerte de su hermano é hizo cuanto pudo para disuadirle de su propósito. Pero al ver que de nada servía su insistencia, le entregó la bola de granito rojo. Y ésta le condujo al pie de la montaña fatal.

Y el príncipe Faruz se aventuró resueltamente por la montaña, y á su paso alzáronse las voces. Pero él no las escuchaba. Y no respondía á las injurias, á las amenazas y á los llamamientos. Y había ya llegado á la mitad de su ascensión, cuando de pronto oyó gritar tras él: «¡Hermano mío, hermano mío, no huyas de mí!» Y olvidando toda prudencia, Faruz se volvió al oir esta voz, y al instante quedó convertido en bloque de basalto negro.

Y desde su palacio, Farizada, que ni de día ni de noche abandonaba el rosario de perlas y sin cesar pasaba las cuentas entre sus dedos, advirtió al punto que no obedecían al movimiento que les imprimía ella y vió que estaban pegadas unas á otras. Y exclamó: «¡Oh pobres hermanos míos, víctimas

de mis caprichos! ¡iré á reunirme con vosotros!» Y reconcentró en sí misma todo su dolor, y sin perder el tiempo en lamentaciones inútiles se disfrazó de caballero, se armó, se equipó, y partió á caballo, emprendiendo igual camino que sus hermanos.

Y al vigésimo día se encontró con el viejo jeique sentado debajo del árbol al borde del camino. Y le saludó con respeto, y le dijo: «¡Oh santo anciano, padre mío! ¿no has visto pasar, con intervalos de veinte días, á dos señores jóvenes y hermosos que buscaban el Pájaro que habla, el Árbol que canta y el Agua Color de Oro?» Y el anciano contestó: «¡Oh mi señora Farizada la de sonrisa de rosa, les he visto y les enseñé el camino! ¡Pero ¡ay! les han detenido en su empresa Los de lo Invisible, como antes que á ellos les sucedió á tantos otros señores!» Y al ver que el santo hombre la llamaba por su nombre, Farizada llegó al límite de la perplejidad, y el anciano le dijo: «¡Oh dueña del esplendor, no te engañaron quienes te han hablado de las tres cosas incomparables en cuya busca vinieron tantos príncipes y señores! ¡Pero no te han dicho los peligros que hay que arrostrar para intentar una aventura tan singular como la que tú persigues!» E hizo saber á Farizada todo lo que se exponía al ir en busca de sus hermanos y de las tres maravillas. Y Farizada le dijo: «¡Oh santo hombre! ¡mi alma interior está toda turbada por tus palabras, porque es muy asustadiza! Pero ¿cómo voy á retroceder, si se trata de encontrar á mis hermanos? ¡Oh santo hombre!

¡escucha el ruego de una hermana amante, é indícame los medios para librarles del encanto!» Y contestó el viejo jeique: «¡Oh Farizada, hija de rey! he aquí la bola de granito que te pondrá sobre su pista. Pero no podrás librarles hasta que te hayas apoderado de las tres maravillas. Y ya que expones tu alma sólo á causa del amor de tus hermanos, y no impulsada por el deseo de conquistar lo imposible, lo imposible será esclavo tuyo. Porque has de saber que ninguno entre los hijos de los hombres puede resistir al llamamiento de las voces de lo Invisible. Por eso, para vencer á lo Invisible, hay que prevenirse de maña contra ello, pues la fuerza es suya. ¡Y la maña de los hijos de los hombres vencerá á todas las fuerzas de lo Invisible!»

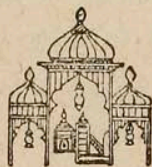
Y cuando hubo hablado así, el Anciano del Árbol entregó la bola de granito rojo á Farizada; luego se sacó del cinturón una vedija de lana, y dijo: «¡Con esta ligera vedija de lana ¡oh Farizada! vencerás á todos Los de lo Invisible!» Y añadió: «Inclina hacia mí la gloria de tu cabeza, ¡oh Farizada!» Y ella inclinó hacia el Anciano su cabeza con cabellos de oro por un lado y de plata por otro. Y dijo el Anciano: «¡Con esta ligera vedija triunfe la hija de los hombres de las fuerzas de los que están en los aires y de todas las emboscadas de lo Invisible!» Y partiendo en dos la vedija, metió á Farizada cada mechón en una oreja, y con la mano la hizo seña de partir. Y Farizada dejó al Anciano, y arrojó con ímpetu la bola en dirección á la montaña.

Y cuando hubo llegado á las primeras rocas, y echando pie á tierra avanzó hacia la altura, á su paso las voces alzáronse de entre los bloques de basalto negro con una algarabía espantosa. Pero ella apenas oía un vago rumor, sin entender ninguna palabra y sin percibir ningún llamamiento, y por consiguiente no experimentaba temor alguno. Y subió sin detenerse, aun cuando era muy delicada y sus pies no habían hollado nunca mas que la fina arena de las avenidas. Y llegó sin desfallecer á la cima de la montaña. Y en medio de la explanada que había en la cumbre advirtió delante de ella una jaula de oro sobre un pedestal de oro. Y vió en la jaula al Pájaro que habla.

Y Farizada se dirigió á él, y echó mano á la jaula, exclamando: «¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡ya te tengo, ya te tengo! ¡Y no te escaparás!» Y al propio tiempo se quitó, arrojándolos lejos de sí, los tapones de lana, inútiles á la sazón, que la habían hecho sorda á los llamamientos y á las amenazas de lo Invisible. Porque ya habían muerto todas las voces de lo Invisible y dormía en la montaña un gran silencio.

Y del seno de aquel gran silencio, en la transparente sonoridad, se elevó la voz del Pájaro que habla...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 778.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y del seno de aquel gran silencio, en la transparente sonoridad, se elevó la voz del Pájaro que habla. Y con todas las armonías que atesoraba en sí, decía cantando en su lengua de pájaro:

¿Cómo, cómo,
¡oh Farizada, Farizada,
la de sonrisa de rosa!
¡ah, ah! ¡ah, ah!
cómo podré
tener gana
¡oh noche! ¡los ojos!
de escapar?
¡Ah, ah! ¡Oh noche!
¡Yo sé, yo sé
mejor que tú, mejor que tú,
quién eres, quién eres,
Farizada, Farizada!
¡Ah, ah! ¡ah, ah!
¡Los ojos! ¡oh noche! ¡los ojos!
¡Mejor que tú, sé yo
quién eres, quién eres,
Farizada, Farizada!

¡Los ojos! ¡los ojos! ¡los ojos!
¡Farizada, Farizada!
¡Tu esclavo soy,
tu esclavo fiel,
Farizada! ¡Farizada!

Así cantó ¡oh laúdes! el Pájaro que habla. Y Farizada, entusiasmada hasta el límite del entusiasmo, olvidó con ello sus penas y fatigas; y cogiendo la palabra al milagroso pájaro que acababa de declararse esclavo suyo, se apresuró á decirle: «¡Oh Bulbul el-Hazar, oh maravilla del aire! si eres mi esclavo, demuéstramelo, demuéstramelo!»

Y para responder, cantó Bulbul:

¡Farizada, Farizada,
ordena, ordena!
¡Farizada, ordena!
¡Porque oirte, porque oirte, porque oirte,
para mí es obedecerte!

Entonces Farizada le dijo que tenía que pedirle varias cosas, y empezó por rogarle que primero le indicara dónde se encontraba el Árbol que canta. Y Bulbul le dijo con sus cánticos que se dirigiera á la otra vertiente de la montaña. Y Farizada se dirigió á la vertiente opuesta á la que había franqueado, y miró. Y vió en medio de aquella vertiente un árbol tan inmenso, que hubiera podido su sombra cobijar todo un ejército. Y se asombró ella con

toda el alma, y no supo cómo tenía que arreglarse para desarraigar y llevarse el tal árbol. Y Bulbul, que veía su perplejidad, le expresó, cantando, que no tenía necesidad de desarraigar el añoso árbol, sino que bastaba con cortar la rama más pequeña y plantarla en donde le pareciera, viéndola al punto echar raíces y convertirse en un árbol tan hermoso como el que veía. Y Farizada dirigióse al árbol, y oyó el canto que se exhalaba de él. ¡Y comprendió que se hallaba en presencia del Árbol que canta! Porque ni la brisa en los jardines de Persia, ni los laúdes indios, ni las arpas de Siria, ni las guitarras de Egipto, produjeron jamás una armonía comparable al concierto de las mil bocas invisibles que había en las hojas de aquel árbol músico.

Y cuando Farizada, repuesta ya del entusiasmo en que la había sumido aquella música, cogió una rama del Árbol que canta, regresó al lado de Bulbul y le rogó que le indicara dónde estaba el Agua Color de Oro. Y el Pájaro que habla le dijo que se dirigiera hacia Occidente y fuera á mirar detrás de la roca azul que vería allí. Y Farizada se dirigió hacia Occidente, y vió una roca de turquesa tenue. Y echó á andar por aquel lado, y detrás de la roca de turquesa tenue vió surgir un minúsculo arroyuelo semejante á oro en fusión. Y aquel agua, toda de oro, del arroyuelo emanado por la roca de turquesa, era más admirable todavía por ser transparente y fresca como el agua misma de los topacios.

Y en la roca, dentro de una cavidad, había un

ánfora de cristal. Y Farizada cogió el ánfora y la llenó del agua espléndida. Y regresó al lado de Bulbul con el ánfora de cristal al hombro y en la mano la rama cantarina.

Y así fué como Farizada la de sonrisa de rosa poseyó las tres cosas incomparables.

Y dijo á Bulbul: «¡Oh el más hermoso, todavía me queda por hacerte un ruego! ¡Y para que accedieras á él vine desde tan lejos en busca tuya!» Y como el Pájaro la invitase á hablar, dijo ella con temblorosa voz: «¡Mis hermanos, ¡oh Bulbul! mis hermanos!»

Cuando Bulbul oyó estas palabras se mostró muy preocupado. Porque sabía que no le era posible luchar con Los de lo Invisible y sus encantamientos, y que incluso él estaba siempre sometido á ellos. Pero pronto pensó que, puesto que la suerte había hecho triunfar á la princesa, podía en adelante sin temor servirla con exclusión de sus antiguos amos. Y en respuesta, cantó:

¡Con gotas, con gotas, con gotas
del Agua del ánfora de cristal,
¡oh Farizada, oh Farizada!
con gotas, con gotas, con gotas
riega, ¡oh rosa, oh rosa!
riega las piedras de la montaña,
con gotas, con gotas, con gotas,
¡oh Farizada, oh Farizada!

Y Farizada cogió con una mano el ánfora de cristal y con la otra la jaula de oro de Bulbul y la rama cantarina, y empezó á bajar por la vereda. Y en cuanto encontraba una piedra de basalto negro la rociaba con algunas gotas del Agua Color de Oro. Y la piedra adquiría vida y se convertía en hombre. Y como no dejó pasar ninguna sin hacer lo propio, recuperó de tal suerte á sus hermanos.

Y Farid y Faruz, libertados así, corrieron á besar á su hermana. Y todos los señores, á quienes ella había sacado de su sueño de piedra, fueron á besarle la mano. Y se declararon esclavos suyos. Y bajaron á la llanura todos juntos y de nuevo montaron en sus caballos cuando Farizada les hubo librado del encanto también. Y se encaminaron al lugar en que estaba el Árbol del Anciano.

Pero el Anciano ya no estaba en la pradera, y el Árbol ya no estaba tampoco en la pradera. Y como Farizada le interrogase, contestó Bulbul con voz que se tornó grave de pronto: «¿Para qué quieres ver otra vez al Anciano, ¡oh Farizada!? Ha prestado á la hija de los hombres la enseñanza que encierra la vedija de lana que triunfa de las voces malas, de las voces odiosas, de las voces inoportunas y de todas las voces que turban el alma íntima y la impiden llegar á las cumbres. Y al igual que el maestro queda oscurecido por su enseñanza, el Anciano del Árbol ha desaparecido cuando te ha transmitido su sabiduría, ¡oh Farizada! Y en lo sucesivo no se adueñarán de tu alma los males que

afligen á la mayoría de los hombres. Porque ya no entregarás tu alma á los acontecimientos exteriores, que sólo existen para quien se ocupa de ellos. ¡Y has aprendido á conocer la serenidad, que es madre de todas las bienandanzas!»

Así se expresó el Pájaro que habla, en el paraje donde se alzaba antes el Árbol del Anciano. Y todos se maravillaron de la belleza de su lenguaje y de la profundidad de sus pensamientos.

Y el grupo que servía de cortejo á Farizada continuó su camino. Pero pronto empezó á disminuir, pues cuando uno tras otro encontraban el camino por donde habían llegado, los señores librados del encanto por Farizada iban á reiterarle la expresión de su gratitud, y besándole la mano se despedían de ella y de sus hermanos. Y en la noche del vigésimo día la princesa Farizada y los príncipes Farid y Faruz llegaron con seguridad á su morada.

En cuanto echaron pie á tierra, Farizada se apresuró á colgar la jaula en un boscaje de su jardín. Y no bien Bulbul hubo lanzado la primera nota de su voz, todos los pájaros acudieron á mirarle, y al verle le saludaron á coro. Porque ruiseñores y pinzones, alondras y currucas, jilgueros y tórtolas, y todas las especies infinitas de los pájaros que habitan en los jardines, reconocieron al instante la supremacía de su hermosura. Y en voz alta y en voz baja, á manera de almeas, acompañaron con su gorjeo aquellas melopeas solitarias. Y siempre que daba fin á un trino bien hecho, manifestaban su en-

tusiasmo con aclamaciones llenas de armonía en el lenguaje de las aves.

Y Farizada se acercó al estanque grande de alabastro, donde tenía costumbre de mirarse los cabellos, que eran de oro por un lado y de plata por otro, y vertió en él una gota del agua contenida en el ánfora de cristal. Y la gota de oro se hinchó y creció y se multiplicó en chispeantes surtidores, y no cesó de brotar y caer, llevando una frescura de gruta marina al aire incandescente.

Y con sus propias manos plantó Farizada la rama del Árbol que canta. Y al punto echó raíces la rama, y en unos instantes se convirtió en un árbol tan hermoso como aquel de donde fué cogida. Y se exhaló de él un canto tan lindo, que ni la brisa de los jardines de Persia, ni los laúdes indios, ni las arpas de Siria, ni las guitarras de Egipto podrían producir aquella celeste armonía. Y para escuchar á las mil bocas invisibles de las hojas musicales detuvieron su rumoroso curso los arroyos, callaron sus voces hasta las aves, y recogió sus sedas la brisa vagabunda de las avenidas.

Y en la morada recomenzó una vida con días de dichosa monotonía. Y Farizada reanudó sus paseos por los jardines, deteniéndose largas horas á charlar con el Pájaro que habla, á escuchar al Árbol que canta y á mirar al Agua Color de Oro. Y Farid y Faruz se entregaron á sus partidas de caza y á sus cabalgadas.

Pero un día, en la selva, al pasar por una vereda

tan estrecha que no pudieron separarse á tiempo, ambos hermanos se encontraron con el sultán, que estaba cazando...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 779.ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero un día, en la selva, al pasar por una vereda tan estrecha que no pudieron separarse á tiempo, ambos hermanos se encontraron con el sultán, que estaba cazando. Y á toda prisa apeáronse de los caballos y se prosternaron con la frente en tierra. Y el sultán, en el límite de la sorpresa al ver en aquella selva á dos jinetes que no conocía y vestidos tan ricamente como los de su séquito, tuvo curiosidad por verles la cara, y les dijo que se levantaran. Y se pusieron de pie ambos hermanos, y se mantuvieron entre las manos del sultán en una actitud llena de nobleza que cuadraba maravillosamente con su aspecto respetuoso. Y al sultán le conmovió su hermosura, y estuvo algún tiempo admirándoles sin hablar y considerándoles desde la cabeza hasta los pies. Luego les preguntó quiénes eran y dónde vivían. Porque su corazón sentíase

atraído hacia ellos y se había emocionado. Y contestaron: «¡Oh rey del tiempo! somos hijos de tu difunto esclavo el antiguo intendente de los jardines. Y vivimos cerca de aquí, en la casa que debemos á tu generosidad.» Y el sultán se alegró mucho de conocer á los hijos de su fiel servidor; pero le asombró que no se hubiesen presentado en palacio hasta aquel día para formar parte de su séquito. Y les preguntó el motivo de esta abstención. Y contestaron: «¡Oh rey del tiempo! ¡perdónanos porque hasta el día nos hayamos abstenido de presentarnos entre tus generosas manos; pero tenemos una hermana, la menor de nosotros, que es la última recomendación de nuestro padre, y por la cual velamos con tanto cariño que no podemos pensar en abandonarla!» Y el sultán quedó en extremo conmovido de aquella unión fraternal, y cada vez se felicitó más por su encuentro, diciéndose: «¡Jamás hubiese creído que existieran en mi reino jóvenes tan cumplidos y tan desprovistos de ambición á la vez!» Y sintió un deseo irresistible de visitarles en su morada para refrescarse mejor los ojos con su contemplación. Y así se lo manifestó en seguida á ambos jóvenes, que respondieron con el oído y la obediencia, y se apresuraron á darle escolta. Y el príncipe Farid pronto tomó la delantera para advertir á su hermana Farizada la llegada del sultán.

Y Farizada, que no tenía costumbre de recibir gente, no supo cómo comportarse para hacer dignamente los honores de su casa al sultán. Y en esta

perplejidad, no halló nada mejor que ir á consultar á su amigo Bulbul, el Pájaro que habla. Y le dijo: «¡Oh Bulbul! el sultán nos ha hecho el honor de venir á ver nuestra casa, y debemos obsequiarle. ¡Date prisa á decirme cómo podremos corresponder de manera que salga contento de nuestra casa!» Y contestó Bulbul: «¡Oh mi señora! Inútil es que la cocinera prepare bandejas y bandejas de manjares. Porque no hay mas que un plato que convenga hoy al sultán, y es preciso servírselo. ¡Y es un plato de cohombros rellenos de perlas!» Y Farizada quedó asombrada, y creyendo que al Pájaro se le había trabado la lengua, exclamó: «¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡no sabes lo que dices! ¡Cohombros rellenos de perlas! ¡Pero si eso es un guiso nunca oído! ¡Si el rey nos hace el honor de asistir á una comida en nuestra casa, sin duda es para comer y no para tragar perlas! Por lo visto, quieres decir «un plato de cohombros con relleno de arroz», ¡oh Bulbul!» Pero el Pájaro que habla exclamó, impaciente: «¡Nada de eso! ¡nada de eso! ¡nada de eso! ¡Relleno de perlas, de perlas, de perlas! ¡Pero no de arroz, no de arroz, no de arroz!»

Y Farizada, que tenía plena confianza en el milagroso Pájaro, se apresuró á dar orden á la vieja cocinera de preparar el plato de cohombros con perlas. Y como no faltaban perlas en la morada, no fué difícil encontrarlas en una cantidad lo bastante grande para preparar el plato.

Entretanto, hizo su entrada en el jardín el sul-

tán, acompañado del príncipe Faruz. Y Farid, que le esperaba en el umbral, le tuvo el estribo y le ayudó á echar pie á tierra. Y Farizada la de sonrisa de rosa, con el rostro velado por primera vez (pues se lo había recomendado Bulbul), fué á besarle la mano. Y el sultán quedó en extremo conmovido de su gracia y de la pureza de jazmín que exhalaba toda ella, y al pensar en su vejez sin posteridad, lloró. Luego dijo, bendiciéndola: «¡Quien deja posteridad no muere! ¡Alah te conceda ¡oh padre de tan hermosos hijos! un sitio escogido á Su diestra, entre los Bienaventurados!» Después añadió, posando de nuevo sus miradas en Farizada, inclinada: «¡Y tú ¡oh hija de mi servidor, oh tallo perfumado! condúcenos á algún sombraje delicioso que nos resguarde del calor!» Y precedido por la temblorosa Farizada, y seguido de ambos hermanos, el sultán echó á andar en pos de la frescura.

Y lo primero que hirió los ojos del sultán Khosrú Schah fué el surtidor de Agua Color de Oro. Y se detuvo un momento á mirarlo con admiración, y exclamó: «Agua maravillosa, la que tanto complace á la vista!» Y se adelantó para contemplarla más de cerca, y de pronto percibió el concierto del Árbol que canta. Y prestó oído entusiasmado á aquella música que caía del cielo, y estuvo largo rato escuchándola. Luego exclamó: «¡Oh! ¡jamás oí semejante música!» Y cuando, para escucharla mejor, avanzaba en la dirección por donde creía encontrarla, he aquí que la música cesó y un gran silen-

cio adormeció todo el jardín. Y del seno de aquel gran silencio se elevó la voz del Pájaro que habla, con un cántico solitario, brillante y entusiasta. Y decía: «¡Bien venido—el sultán—Khosrú Schah! ¡Bien venido! ¡bien venido! ¡bien venido!» Y tras la última nota emitida por aquella voz que encantaba al aire, todo el coro de pájaros contestó en su lenguaje: «¡Bien venido! ¡bien venido! bien venido!»

Y el sultán Khosrú Schah quedó maravillado de todo aquello, y su alma, ya tan conmovida por cuanto había sentido en tan poco tiempo, llegó á una ternura sin límites. Y exclamó él: «¡He aquí la casa de la dicha! ¡Oh! daría mi poderío y mi trono por habitar con vosotros, ¡oh hijos de mi intendente!» Luego, cuando se disponía á interrogar á Farizada y á sus hermanos acerca de la procedencia de aquellas maravillas, de que no llegaba á darse cuenta exacta, le enseñaron el Árbol que canta y el Pájaro que habla. Y Farizada le dijo: «En cuanto á la procedencia de estas maravillas, es una historia que contaré á nuestro amo el sultán cuando descanse.»

E invitó al sultán á sentarse bajo el boscaje mismo que servía de cobijo á Bulbul, y adonde acababan de servir la comida en una bandeja grande. Y el sultán se sentó bajo el boscaje, en el sitio de honor. Y en un plato de oro le ofrecieron los cohombros con perlas.

Y el sultán, á quien, por cierto, le gustaban mucho los cohombros rellenos, cuando los vió en

el plato, que por sí misma le ofrecía Farizada, se emocionó con aquella atención que no esperaba. Pero no tardó en llegar al límite del asombro al ver que, en vez de estar rellenos, como es corriente, con arroz y alfónsigos, los cohombros estaban condimentados con perlas. Y dijo á Farizada y á sus hermanos: «¡Por vida mía! ¡qué novedad en el condimento de los cohombros! ¿Y desde cuándo reemplazan las perlas al arroz y á los alfónsigos?» Y ya estaba Farizada á punto de soltar el plato y huir llena de confusión, cuando el Pájaro que habla, levantando la voz, llamó al sultán por su nombre, diciendo: «¡Oh amo nuestro Khosrú Schah!» Y el sultán alzó la cabeza hacia el Pájaro, que continuó con voz grave: «¡Oh amo nuestro Khosrú Schah! ¿Y desde cuándo pueden convertirse en animales al nacer los hijos de una sultana de Persia? Si antaño ¡oh rey del tiempo! creíste cosa tan increíble, no tienes derecho á asombrarte de cosa tan sencilla como la de hoy.» Luego añadió: «¡Acuérdate ¡oh amo nuestro! de las palabras que hace veinte años oíste una noche en cierta morada humilde! ¡Si las olvidaste, ¡oh amo nuestro! permite al esclavo de Farizada que te las repita!»

Y con voz semejante á la dulce habla de las vírgenes, el Pájaro dijo: «¡Oh hermanas mías! ¡cuando yo sea la esposa del sultán le daré una posteridad bendita! ¡Porque los hijos que Alah hará nacer de nuestra unión serán de todo punto dignos de su padre; y la hija que refrescará nuestros ojos será una

sonrisa del cielo mismo! ¡Sus cabellos serán de oro por un lado y de plata por otro; sus lágrimas, cuando llore, serán perlas; sus risas, dinares de oro, y sus sonrisas, botones de rosa!»

Y al oir estas palabras, el sultán escondió la cabeza entre las manos y empezó á sollozar. Y su antiguo dolor se hizo más vivo que en los días amargos del pasado. Y todos los pensamientos acumulados en el fondo de su alma desesperada afluyeron á su corazón de pronto y lo desgarraron.

Pero en seguida se elevó de nuevo la voz de Bulbul, cantarina de alegría. Y decía: «¡Levanta tus velos ¡oh Farizada! ante tu padre!»

Y Farizada, que no sabía desobedecer la voz de su amigo, se levantó los velos. Y con ellos se desprendió la banda que sujetaba su cabellera. Y el sultán, al ver aquello, se incorporó con los brazos en alto, dando un grito horrible. Y le gritó la voz Bulbul: «Es tu hija, ¡oh rey!» Porque por un lado eran de oro los cabellos de la joven y por el otro lado eran de plata; y en sus párpados había dos perlas de júbilo, y en su boca un botón de rosa.

En el mismo momento miró el rey á los dos hermanos, que eran hermosos. Y se reconoció en ellos. Y le gritó la voz de Bulbul: «Son tus hijos, ¡oh rey!»

Y mientras el sultán Khosrú Schah permanecía aún inmóvil de emoción, el Pájaro que habla le contó rápidamente, así como á sus hijos, su verdadera historia, desde el principio hasta el fin, sin olvidar ni un detalle. Pero no hay utilidad en repetirla.

Y antes de que acabara su relato, el sultán y sus hijos, reunidos unos en brazos de otros, mezclaban ya sus lágrimas y sus besos. ¡Loores á Alah, el Magno, el Insondable, que reune después de separar.

Y cuando se repusieron un poco de su emoción, el sultán dijo: «¡Oh hijos míos, vamos pronto en busca de vuestra madre!» Pero ¡oh oyentes míos! renunciemos á describir lo que pasó cuando la pobre madre, que vivía solitaria en el fondo de su mazmorra, volvió á ver á su esposo el sultán, y se reconoció madre de Farizada la de sonrisa de rosa y de sus hermanos los dos jóvenes espléndidos. Y sean dadas gracias á Alah, cuya bondad es infinita y cuya justicia no defrauda nunca; á Alah, que hizo morir de rabia, en el día del triunfo, á las dos hermanas envidiosas, y que deparó las más prolongadas delicias y la vida más llena de dicha al rey Khosrú Schah, á su esposa la sultana, al hermoso príncipe Farid, al hermoso príncipe Faruz y á la hermosa princesa Farizada, hasta que llegó la Separadora de amigos y la Destructora de sociedades. Y gloria á Aquel que en su eternidad no conoce la mudanza.

Y esta es la maravillosa historia de Farizada la de sonrisa de rosa. ¡Pero Alah es más sabio!

Cuando Schahrazada hubo contado esta historia, la pequeña Doniazada exclamó: «¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y encantadoras y frescas y sabrosas

son tus palabras! ¡Y qué admirable es esa historia!» Y dijo el rey Schahriar: «¡Es verdad!» Y Doniazada creyó ver humedecidos los ojos del rey, y dijo al oído á Schahrazada: «¡Oh hermana mía! ¡veo como una lágrima en el ojo izquierdo del rey y como otra lágrima en su ojo derecho!» Y Schahrazada miró al rey con una mirada furtiva, sonrió, y dijo, besando á la pequeñuela: «¡Ojalá no experimente el rey menos placer en oir la historia de Kamar y de la experta Halima!» Y dijo el rey Schahriar: «¡No conozco esa historia, Schahrazada, y ya sabes que la aguardo y la deseo!» Ella dijo: «¡Si Alah quiere y si el rey me lo permite, la empezaré mañana!» Y el rey Schahriar, que se acordaba de la parábola de la verdadera ciencia, se dijo: «¡Tendré paciencia hasta mañana para oir esa historia!»

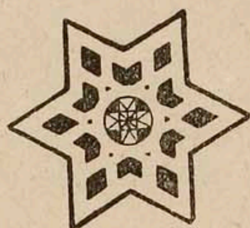
En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

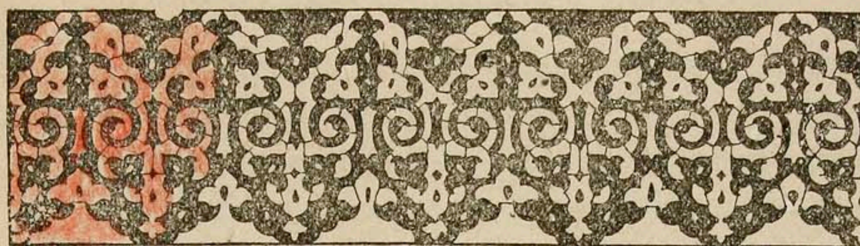


PERO CUANDO LLEGÓ LA 780.ª NOCHE

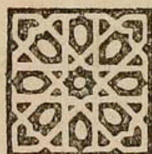
La pequeña Doniazada exclamó: «¡Oh hermana mía Schahrazada! ¡por Alah sobre ti, date prisa á contarnos la HISTORIA DE KAMAR Y DE LA EXPERTA HALIMA!»

Y dijo Schahrazada:





HISTORIA DE KAMAR Y DE LA EXPERTA HALIMA



Cuentan que, en la antigüedad del tiempo—¡pero Alah es más sabio!—, existía un mercader muy estimado, que se llamaba Abd-el-Rahmán, y á quien Alah el Generoso había favorecido con una hija y un hijo. Dió el nombre de Estrella-de-la-Mañana á la niña, en vista de su perfecta belleza, y de Kamar al niño, por ser éste absolutamente como la luna. Pero cuando crecieron, el mercader Abd-el-Rahmán, al ver cuántos encantos y perfecciones les había concedido Alah, tuvo por ellos un miedo infinito al mal de ojo de los envidiosos y á las argucias de los corrompidos, y los encerró en su casa, hasta la edad de catorce años, sin permitirles ver

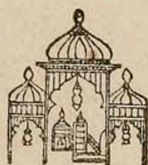
á nadie, mas que á la vieja esclava que les cuidaba desde niños. Pero un día en que, contra su costumbre, el mercader Abd-el-Rahmán parecía predispuesto á expansiones, su esposa, madre de los niños, le dijo: «¡Oh padre de Kamar! he aquí que nuestro hijo Kamar acaba de llegar á su nubilidad, y en adelante puede comportarse como los hombres. Pero tú no has reparado en ello. ¿Es una muchacha ó un muchacho? Di.» Y el mercader Abd-el-Rahmán, extenuadamente asombrado, le contestó: «¡Un muchacho!» Ella dijo: «En ese caso, ¿por qué te obstinas en tenerle oculto á los ojos de todo el mundo, como si fuese una muchacha, y no le llevas contigo al zoco, y no le haces sentarse junto á ti en la tienda para que empiece á conocer gente y la gente le conozca, y sepa así, por lo menos, que tienes un hijo capaz de sucederte y de llevar á buen fin los negocios de venta y compra? De no ser así, cuando termine tu larga vida (¡pluguiera á Alah concedértela sin fin!) ninguno sospechará la existencia de tu heredero, quien, por más que diga á la gente: «¡Soy hijo del mercader Abd-el-Rahmán!», verá que le contestan con una incredulidad indignada y justificada: «¡No te hemos visto nunca! ¡Y nunca oímos decir que el mercader Abd-el-Rahmán hubiese dejado hijos ni nada que de lejos ó de cerca se pareciese á un hijo!» ¡Y entonces ¡oh calamidad sobre nuestra cabeza! el gobierno vendrá á incautarse de tus bienes y privará á tu hijo de lo que le corresponde!» Y tras de hablar así con mucha animación,

continuó en el mismo tono: «¡Y lo mismo ocurre con nuestra hija Estrella-de-la-Mañana! ¡Yo quisiera darla á conocer á nuestras relaciones, en espera de que sea pedida en matrimonio por la madre de algún joven de su condición, y podamos, á nuestra vez, regocijarnos con sus esponsales! ¡Porque el mundo ¡oh padre de Kamar! se compone de vida y de muerte, é ignoramos cuál será el día de nuestro destino!»

Al oir estas palabras de su esposa, el mercader Abd-el-Rahmán reflexionó una hora de tiempo; luego levantó la cabeza, y contestó: «¡Oh hija del tío! nadie puede rehuir el destino atado á su cuello. ¡Pero bien sabes que, si guardé así á nuestros hijos en la casa, fué sólo porque temía por ellos al mal de ojo! ¿A qué, pues, reprocharme mi prudencia y olvidar mi solicitud?» Ella dijo: «¡Alejado sea el Maligno, el Maléfico! Ruega al Profeta, ¡oh jeique!» El dijo: «La bendición de Alah sea con Él y con todos los suyos!» Ella insistió: «Y ahora pon tu confianza en Alah, que sabrá resguardar á nuestro hijo de las malas influencias y del ojo nefasto. ¡Y por cierto que aquí tienes el turbante de seda blanca de Mossul que he confeccionado para Kamar, y en el cual he tenido cuidado de coser el estuche de plata que guarda el rollito de versículos santos, preservador de todo maleficio! ¡Puedes, por tanto, llevarte hoy sin escrúpulos á Kamar para hacerle visitar el zoco y enseñarle por fin la tienda de su padre!» Y sin esperar al asentimiento de su esposo,

fué á buscar al muchacho, á quien ya se había cuidado de vestir con sus mejores ropas, y le condujo entre las manos de su padre, que se dilató y se esponjó á su vista, y murmuró: «¡Maschalah! ¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ya Kamar!» Luego, convencido por su esposa, se levantó, le cogió de la mano y salió con él...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 781.ª NOCHE

Ella dijo:

...se levantó, le cogió de la mano y salió con él.

Y he aquí que, en cuanto franquearon el umbral de su casa y dieron algunos pasos por la calle, se encontraron rodeados por los transeuntes que, al verles, se paraban, turbados hasta el límite extremo de la turbación, á causa del adolescente y de su belleza, llena de condenación para las almas. Pero aún fué más cuando llegaron á la puerta del zoco. Allí los transeuntes dejaron en absoluto de circular, y unos se acercaban para besar las manos á Kamar, después de las zalemas al padre, y otros exclamaban: «¡Ya Alah! ¡El sol sale por segunda vez esta mañana! ¡La tierna media luna del Rama-

dán brilla sobre las criaturas de Alah! ¡La luna nueva aparece en el zoco hoy!» Y así se expresaban por doquiera, absortos de admiración, y hacían votos por el adolescente, aglomerándose en muchedumbre alrededor suyo. Y por más que el padre, lleno de cólera reconcentrada y de confusión, les apostrofaba y denostaba, ellos no hacían caso y seguían contemplando la belleza extraordinaria que hacía su milagrosa entrada en el zoco aquel día de bendición. Y con ello daban razón al poeta, aplicándose á sí mismos estas palabras:

¡Señor, has creado la Belleza para arrebatarnos la razón, y nos dices: «¡Temed mi reprobación!»

¡Señor, eres manantial de toda hermosura, y te gusta lo que es hermoso! ¿Cómo se arreglarían tus criaturas para no amar la Belleza ó reprimir su deseo ante lo que es bello?

Cuando el mercader Abd-el-Rahmán se vió de aquel modo, entre filas compactas de hombres y mujeres, de pie entre sus manos y contemplando inmóviles á su hijo, llegó al límite de la perplejidad, y mentalmente se dedicó á abrumar de maldiciones á su esposa y á injuriarla con todas las injurias que hubiese querido lanzar á aquellos importunos, haciéndola responsable de aquello tan enfadoso que le ocurría. Luego, tras muchas argumentaciones inútiles, rechazó con rudeza á los que le rodeaban y ganó á toda prisa su tienda, que hubo

de abrir para instalar en ella al punto á Kamar, pero de manera que las importunidades de los que pasaban sólo le alcanzasen de lejos. Y la tienda se convirtió en el punto de parada del zoco entero; y la aglomeración de grandes y pequeños se hizo más intensa de hora en hora; porque los que habían visto querían ver más, y los que no habían visto se obstinaban con todas sus fuerzas en ver algo.

Y he aquí que á la sazón avanzó hacia la tienda un derviche de mirada extática, que, en cuanto divisó al hermoso Kamar sentado junto á su padre y tan hermoso, se detuvo, lanzando profundos suspiros, y con voz extremadamente conmovida recitó esta estrofa:

¡Veo la rama del árbol ban balanceándose sobre un tallo de azafrán, á la luz de la luna del Ramadán!

Y le pregunto: «¿Cómo es tu nombre? ¿cómo es tu nombre?» Me contesta: «¡Lu-lu!» Yo exclamo: «¡Li! ¡li!» Pero me dice: «¡La! ¡la!» (1).

Tras de lo cual, el viejo derviche, sin dejar de acariciarse la barba, que tenía larga y blanca, se acercó á la delantera de la tienda entre las filas de los circunstantes, que se separaban á su paso por respeto á su mucha edad. Y miró al muchacho con los ojos llenos de lágrimas y le ofreció una rama de menta dulce. Luego sentóse en el banco que allí ha-

(1) En otros términos: Pregunto: «¿Cómo es tu nombre?» Me contesta: «¡Perla!» Yo exclamo: «¡Para mí! ¡para mí!» Pero me dice: «¡Alah! ¡eso no!»

bía, lo más cerca posible del joven. Y sin ninguna duda, al verle en aquel estado, podían aplicársele estas palabras del poeta:

¡Mientras, el mozalbete de hermoso rostro permanecía en su sitio, y su hermoso rostro era la luna apareciéndose á los ayunantes del Ramadán!

¡Mirad! ¡A pasos lentos se adelanta un jeique de aspecto venerable y ascético!

¡Durante mucho tiempo estudió el amor, trabajando en sus investigaciones noche y día; y adquirió un singular saber acerca de lo lícito y lo ilícito!

¡Cultivó á la vez jovenzuelos y jovenzuelas, que le pusieron más delgado que un mondadientes! ¡Huesos viejos debajo de una piel vieja!

¡Jeique pederasta como un maghrebín, siempre seguido de su muchachito!

¡Pero más bien superficial para las mujeres, á lo que se dice, aunque versado en el estudio del sexo ácido y del sexo dulce; pues, en un momento dado, entre el joven Zeid y la joven Zeinab no advierte diferencia!

¡Es prodigioso con su corazón tierno y con lo demás duro como el granito! ¡Para el cabrón y para la cabra, para el imberbe y el barbudo, siempre erguido!

¡Pederasta es el jeique como un maghrebín!

Cuando las personas que se aglomeraban maravilladas delante de la tienda vieron el estado de éxtasis del derviche, se participaron unas á otras sus reflexiones, diciendo: «¡Ualalah! ¡todos los der-

viches se parecen! Son como el cuchillo del vendedor de colocasias: ¡no diferencian el macho de la hembra!» Y exclamaban otras: «¡Alejado sea el Maligno! ¡El derviche se abrasa por el lindo mozuelo! ¡Alah confunda á los derviches de su especie!»

En cuanto al mercader Abd-el-Rahmán, padre del joven Kamar, se dijo, al ver todo aquello: «Lo más sensato que podemos hacer será volver á casa más pronto que de costumbre.» Y para decidir á marcharse al derviche, sacó del cinturón una moneda y se la ofreció, diciendo: «Toma tu suerte de hoy, ¡oh derviche!» Y al mismo tiempo se encaró con su hijo Kamar y le dijo: «¡Ah, hijo mío! ¡que Alah trate como se merece á tu madre, que tantos sinsabores nos está causando hoy!» Pero como el derviche no se movía de su sitio ni tendía la mano para coger la moneda ofrecida, le dijo: «¡Levántate, tío, que vamos á cerrar la tienda y nos marchamos por nuestro camino!» Y hablando así, se irguió sobre ambos pies y se dispuso á cerrar las dos hojas de la puerta. Entonces el derviche se vió obligado á levantarse del banco en que estaba clavado, y salió á la calle, pero sin poder separar un instante sus miradas del joven Kamar. Y cuando el mercader y su hijo, tras de cerrar la tienda, se abrieron paso entre la muchedumbre y se encaminaron á la salida, el derviche les siguió fuera del zoco, pisándoles los talones y acompasando su andar con el báculo, hasta la puerta de su casa. Y al ver la tenacidad del derviche y sin atreverse á in-

juriarle, por respeto á la religión y también á causa de la gente que le miraba, el mercader se encaró con él y le preguntó: «¿Qué quieres, ¡oh derviche!?» El aludido contestó: «¡Oh mi señor! deseo con vehemencia ser esta noche invitado tuyo, y ya sabes que el invitado es el huésped de Alah (¡exaltado sea!)» Y dijo el padre de Kamar: «¡Bienvenido sea el huésped de Alah! Entra, pues, ¡oh derviche!» Pero se dijo para sí, aparte: «¡Por Alah, que me enteraré de lo que persigue! ¡Si este derviche tiene malas intenciones para con mi hijo, y si su mal destino le impulsa á intentar algo con gestos ó palabras, seguramente le mataré y le enterraré en el jardín, escupiendo sobre su tumba! ¡De todos modos, empezaré por hacer que le den de comer, suerte deparada á todo huésped encontrado en el camino de Alah!» Y le introdujo en la casa, hizo que la negra le llevara el jarro y la palangana para las abluciones, y de comer y beber. Y una vez que hizo las abluciones, invocando el nombre de Alah, el derviche se puso en actitud de orar, y no salió de ella mas que para recitar todo el capítulo de «la Vaca», al que hizo seguir el capítulo de «la Mesa» y el de «la Inmunidad». Tras de lo cual formuló el «Bismilah» y probó los alimentos servidos en la bandeja, pero con discreción y dignidad. Y dió gracias á Alah por sus beneficios.

Cuando el mercader Abd-el-Rahmán se enteró, por la negra, de que el derviche había terminado su comida, se dijo: «¡Ha llegado el momento de acla-

rar la situación!» Y se encaró con su hijo y le dijo: «¡Oh Kamar! ve con nuestro huésped el derviche, pregúntale si tiene todo lo que necesita, y conversa con él un rato, porque las palabras de los derviches, que recorren la tierra de ancho á largo, son á menudo gratas de escuchar, y sus historias provechosas para el espíritu de quien las escucha. Siéntate, pues, muy cerca de él, y si te coge la mano, no la retires, pues á quien enseña le gusta sentir entre él y su discípulo un contacto directo que contribuye á transmitir mejor la enseñanza. ¡Y guarda con él en todo las consideraciones y la obediencia que te imponen su calidad de huésped y su mucha edad!» Y tras de predicar así á su hijo, le envió junto al derviche, y se apresuró á apostarse en cierto sitio del piso superior, desde donde podía, sin ser notado, ver todo y escuchar todo lo que pasaba en la sala en que estaba el derviche.

Y he aquí que, en cuanto apareció en el umbral el hermoso adolescente, el derviche fué presa de tal emoción que le brotaron lágrimas de los ojos y se puso á suspirar como una madre que hubiese perdido y encontrado luego á su hijo. Y Kamar se acercó á él, y con una voz dulce, hasta poder tornar en miel la amargura de la mirra, le preguntó si no le faltaba nada y si tenía su parte en los bienes de Alah para sus criaturas. Y fué á sentarse muy cerca de él con gracia y elegancia, y al sentarse, sin hacerlo á propósito, descubrió un muslo blanco y tierno como pasta de almendras. Y enton-

ces fué cuando el poeta hubiera podido decir con toda verdad, sin temor á ser desmentido:

¡Un muslo ¡oh creyentes! todo de perlas y de almendras! ¡No os asombréis, pues, si es hoy la Resurrección, pues jamás se resucita mejor que cuando están al aire los muslos!

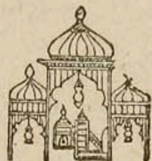
Pero el derviche, al verse solo con el jovenzuelo, lejos de tomarse con él confianzas de ningún género, retrocedió algunos pasos del sitio en que estaba, yendo á sentarse un poco más lejos, en la estera, con una actitud irreprochable de decencia y de respeto para sí mismo. Y allá continuó mirándole en silencio, llenos de lágrimas los ojos y presa de la misma emoción que le había inmovilizado en el banco de la tienda. Y Kamar quedó muy sorprendido de aquel modo de portarse que tenía el derviche; y le preguntó por qué se retiraba y si tenía queja de él ó de la hospitalidad de su casa. Y el derviche, por toda respuesta, recitó de manera muy sentida estas hermosas palabras del poeta:

¡Mi corazón está prendado de la Belleza, pues por el amor á la Belleza se alcanza la cima de la perfección!

¡Pero mi amor es sin deseo y está libre de cuanto atañe á los sentidos! ¡Y abomino de quienes aman de otra manera!

¡Eso fué todo! Y el padre de Kamar veía y oía, y estaba en el límite de la perplejidad. Y se decía: «¡Me humillo ante Alah, á quien ofendí al suponer intenciones perversas en ese honrado derviche! ¡Alah confunda al Tentador, que sugiere al hombre tales pensamientos con respecto á sus semejantes!» Y edificado con la conducta del derviche, bajó á toda prisa y entró en la sala. E hizo sus zalemas y formuló sus deseos al huésped de Alah, y acabó por decirle: «Por Alah sobre ti, ¡oh hermano mío! te conjuro á que me cuentes el motivo de tu emoción y de tus lágrimas y á que me expliques por qué la presencia de mi hijo te hace lanzar tan profundos suspiros. ¡Porque semejante efecto, ciertamente, debe obedecer á una causa!» El derviche dijo: «Verdad dices, ¡oh padre de la hospitalidad!» El mercader dijo: «¡En ese caso, no me obligues á estar más tiempo sin saber por ti esa causa!» El derviche dijo: «¡Oh mi señor! ¿por qué me fuerzas á avivar una herida que se cierra y á revolver en mi carne el cuchillo?» El mercader dijo: «¡Por los derechos que me confiere la hospitalidad, te ruego ¡oh hermano mío! que satisfagas mi curiosidad!» Entonces dijo el derviche: «Sabe, pues, ¡oh mi señor!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 782.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces dijo el derviche: «Sabe, pues, ¡oh mi señor! que soy un pobre derviche que peregrina continuamente por las tierras y las comarcas de Alah, maravillándose día y noche con la obra del Creador.

»Y he aquí que un viernes por la mañana me condujo mi destino á la ciudad de Bassra. Y al entrar en ella observé que los zocos y las tiendas y los almacenes estaban abiertos, con todas las mercancías expuestas en los escaparates, así como todas las vituallas, y en general, cuanto se vende y se compra, cuanto se come y se bebe; pero también observé que ni en los zocos ni en las tiendas se veían huellas de mercader ó de comprador, de mujer ó de muchacha, de yente ó de viniente, y estaba todo tan abandonado y tan desierto, que en ninguna calle había ni siquiera un perro ó un gato ó un grupo de niños jugando, sino por doquiera la soledad y el silencio y sólo la presencia de Alah. Y me asombré de todo aquello, y dije para mi ánima: «¿Quién sabe adónde han podido ir los habitantes de esta ciudad, con sus gatos y sus perros, para abandonar de tal manera en los escaparates

todas estas mercancías?» Pero como me torturaba interiormente un hambre horrible, no me entretuve en estas reflexiones, y escogiendo el mejor escaparate de repostero, comí lo que me deparaba mi suerte para satisfacción de mis anhelos de repostería. Tras de lo cual me dirigí á un escaparate de asados, y me comí dos ó tres ó cuatro chuletas de cordero cebado y uno ó dos pollos asados, que todavía conservaban el calor del horno, con algunos panecillos tostados como en mi vida los había probado mi lengua de derviche peregrino ni los habían olido mis narices; y di gracias á Alah por sus dones sobre la cabeza de sus pobres. Luego subí á la tienda de un mercader de sorbetes, y me bebí una ó dos jarras de cierto sorbete perfumado con nadd y con benjuí, solamente para acallar las primeras solicitaciones de mi gaznate, que desde hacía tanto tiempo había olvidado las bebidas de los ciudadanos ricos. Y di gracias al Bienhechor, que no olvida á sus creyentes y les da en la tierra un anticipo de la fuente Salsabil.

»Cuando me hube tranquilizado interiormente de aquel modo, me puse á reflexionar acerca de la extraña situación de aquella ciudad, que, á no dudar, debía haber sido abandonada por sus habitantes hacía unos instantes nada más. Y mi perplejidad aumentaba con mis reflexiones; y comenzaba á sentir mucho miedo del eco de mis pasos en aquella soledad, cuando oí resonar un rumor de instrumentos musicales, que avanzaba precisamente en

dirección mía, como podía percibirse escuchando con detenimiento.

»Entonces, con el espíritu un poco turbado por las cosas asombrosas de que yo era único testigo, no dudé de que estaba en una ciudad hechizada y de que el concierto que oía lo daban los efrits y los genn malhechores (¡que Alah los confunda!). Y víctima de un miedo atroz, me precipité al fondo de un granero y me escondí detrás de un costal de habas. Pero como en mí era natural ¡oh mi señor! estar bajo la dominación del vicio de la curiosidad —¡que Alah me perdone!—, me situé, á pesar de todo, de manera que pudiese mirar á la calle desde detrás del costal, para ver sin ser visto. Y apenas había acabado de acomodarme en la postura menos fatigosa, cuando vi avanzar por la calle un cortejo deslumbrador, no de genn ó efrits, sino sin duda de huríes del Paraíso. Eran cuarenta jóvenes de rostro de luna, que avanzaban con su belleza sin velos, en dos hileras, á un paso que por sí solo constituía una música. E iban precedidas de un grupo de tañedoras de instrumentos y de danzarinas, que llevaban el compás de la música con sus movimientos de pájaros. Porque pájaros eran, en verdad, y más blancas que las palomas, y más ligeras, ciertamente. ¿Pues podían ser tan armoniosas y tan aéreas las hijas de los hombres? ¿Y no pertenecerían más bien á ciertas especies llegadas del palacio de Iram de las Columnas ó de los jardines del Edén, para encantar la tierra con su estancia?

»Quienesquiera que fuesen, ¡oh mi señor! apenas la última pareja había pasado por delante de la tienda donde yo estaba escondido detrás del costal de habas, cuando vi avanzar sobre una yegua de frente estrellada, que llevaban de la brida dos negras jóvenes, á una dama revestida de tanta juventud y de tanta belleza, que su vista acabó de dislocarme la razón, y perdí la respiración y estuve á punto de caerme de espaldas detrás del costal de habas, ¡oh señor mío! Y deslumbraba aún más ella, porque sus vestiduras estaban sembradas de pedrerías, y sus cabellos, su cuello, sus muñecas y sus tobillos desaparecían con el resplandor de los diamantes y los collares y pulseras de perlas y gemas preciosas. Y á su derecha marchaba una esclava, que tenía en la mano un sable desnudo, con la empuñadura hecha de una sola esmeralda. Y la yegua que la conducía avanzaba como una reina orgullosa de la corona que llevase á la cabeza. Y la visión de esplendor alejóse inmediatamente, dejándome un corazón apuñalado por la pasión, un alma reducida para siempre á la esclavitud y unos ojos que recuerdan y dicen al ver cualquier belleza: «¿Quién eres tú en comparación con ella?»

»Cuando el cortejo se perdió de vista por completo y la música de las tañedoras de instrumentos no llevó hasta mí mas que sones lejanos, me decidí á salir de detrás del costal de habas y de la tienda á la calle. E hice bien, porque en el mismo momento vi con sorpresa extremada que los zocos se anima-

ban y todos los mercaderes salían como de debajo de tierra para ir á ocupar sus respectivos sitios en los puestos, y el tratante en granos propietario de la tienda en que me había ocultado yo apareció, salido de no sé donde, y se dedicó á vender sus granos á los que cebaban aves y á otros compradores. Y yo, cada vez más perplejo, me decidí á abordar á un transeunte y preguntarle qué significaba el espectáculo de que fuí testigo y el nombre de la dama maravillosa que montaba en la yegua de frente estrellada. Pero, con gran asombro mío, el hombre me lanzó una mirada enloquecida, se puso muy amarillo, y recogiéndose la orla del traje me volvió la espalda y echó á correr con una carrera más rápida que si le persiguiese la hora de su destino. Y abordé á otro transeunte y le hice la misma pregunta. Pero, en vez de contestarme, hizo como que no me había visto ni oído, y continuó su camino mirando á otro lado. Y todavía interrogué á una porción de personas más; pero ni una quiso responder á mis preguntas; y todo el mundo huía de mí como si saliese yo de una fosa de excrementos ó como si blandiese una espada cercenadora de cabezas. Entonces me dije á mí mismo: «¡Oh derviche amigo! para averiguar el asunto sólo te resta entrar en la tienda de un barbero á que te afeite la cabeza, é interrogar al barbero al mismo tiempo. Porque ya sabes que las gentes que ejercen este oficio tienen la lengua cosquillosa y siempre la palabra en la punta de la lengua. ¡Y quizá únicamente él te ente-

rará de lo que intentas saber!» Y cuando hube reflexionado de tal suerte, entré en casa de un barbero, y después de pagarle generosamente con todo lo que poseía, le hablé de lo que tenía tantas ganas de saber y le pregunté quién era la dama de belleza sobrenatural. Y el barbero, bastante aterrado, giró los ojos de derecha á izquierda, y acabó por contestar: «Por Alah, ¡oh tio mío derviche! si quieres conservar la cabeza sobre el cuello y el cuello sano y salvo, guárdate bien de hablar á nadie de lo que tuviste la mala suerte de ver. ¡Y hasta harías bien, para mayor seguridad, en dejar inmediatamente nuestra ciudad, donde estás perdido sin remedio! Y esto es todo lo que puedo decirte acerca del particular, porque se trata de un misterio que tortura á toda la ciudad de Bassra, donde las gentes mueren como langostas si tienen la desgracia de no ocultarse con anterioridad á la llegada del cortejo. En efecto, la esclava que lleva el alfanje desnudo corta la cabeza á los indiscretos que tienen la curiosidad de mirar pasar al cortejo ó que no se esconden á su paso. ¡Y he aquí cuanto puedo decirte!»

»Entonces yo, ¡oh mi señor! cuando el barbero hubo acabado de afeitarme la cabeza, abandoné la tienda y me apresuré á salir de la ciudad, y no tuve tranquilidad hasta que me hallé muy lejos. Y viajé por tierras y desiertos, hasta que llegué á vuestra ciudad. Y tenía siempre habitada el alma por la belleza entrevista, y pensaba en ella día y noche, hasta el punto de que con frecuencia me olvidaba

de comer y de beber. ¡Y en esta disposición fué como acerté á pasar hoy por delante de la tienda de tu señoría, y vi á tu hijo Kamar, cuya hermosura me recordó de una manera exacta la de la joven sobrenatural de Bassra, á quien se parece como un hermano se parece á su hermano. Y me conmovió de tal modo esta semejanza, que no pude contener mis lágrimas, lo cual, sin duda, es propio de un insensato! ¡Y esa es ¡oh mi señor! la causa de mis suspiros y de mi emoción!»

Y cuando el derviche hubo terminado de tal suerte su relato, de nuevo rompió en lágrimas, mirando al joven Kamar; y añadió entre sollozos: «Por Alah sobre ti, ¡oh señor mío! ahora que te he contado lo que tenía que contarte, y como no quiero abusar de la hospitalidad que has concedido á un servidor de Alah, ábreme la puerta de salida y déjame marchar en tal estado por mi camino. Y si me es posible formular un anhelo sobre la cabeza de mis bienhechores, ¡pluguiera á Alah, que ha creado dos criaturas tan perfectas como tu hijo y la joven de Bassra, acabar su obra permitiendo que se uniesen!»

Y tras de hablar así, el derviche se levantó, no obstante los ruegos del padre de Kamar, que le instaba á quedarse, é invocó una vez más la bendición sobre sus huéspedes, y se marchó suspirando, como había venido. Y he aquí lo referente á él.

En cuanto al joven Kamar, no pudo cerrar los ojos en toda la noche, de tan preocupado como estaba por el relato del derviche y de tanto como hubo

de impresionarle la descripción que hizo de la joven. Y al día siguiente por la aurora entró en el aposento de su madre y la despertó, y le dijo: «¡Oh madre! ¡hazme un fardo de ropa, pues tengo que partir al instante para la ciudad de Bassra, donde me aguarda mi destino!» Y al oir estas palabras, su madre empezó á lamentarse, llorando, y llamó á su esposo y le participó aquella noticia tan asombrosa y tan inesperada. Y el padre de Kamar trató, aunque en vano, de hacer ponerse en razón á su hijo, que no quiso escuchar ningún argumento, y que dijo á manera de conclusión: «¡Si no parto en seguida para Bassra, seguramente moriré!» Y en vista de lenguaje tan decisivo y de resolución tan firme, el padre y la madre de Kamar se limitaron á suspirar, aceptando lo que estaba escrito por el Destino. Y el padre de Kamar no dejó de echar en cara á su esposa todas las contrariedades que les habían ocurrido desde la hora en que hubo de escuchar sus consejos él y había conducido á Kamar al zoco. Y se decía: «¡He aquí en lo que pararon tus cuidados y tu prudencia, ¡ya Abd-el-Rahmán! ¡No hay recurso ni fuerza mas que en Alah el Todopoderoso! ¡Lo que está escrito ha de ocurrir, y nadie puede luchar contra los designios de la muerte!» Y la madre de Kamar, doblemente entristecida por ser víctima de los reproches de su esposo y por la pena que le producía el proyecto de su hijo, se vió obligada á hacerle sus preparativos de marcha. Y le dió un saquito en que había metido cuarenta gruesas

piedras preciosas, como rubíes, diamantes y esmeraldas, diciéndole: «Lleva contigo muy cuidadosamente este saquito, ¡oh hijo mío! Podrá serte útil si llega á faltarte dinero.» Y su padre le dió noventa mil dinares de oro para sus gastos de viaje y su estancia en el extranjero. Y ambos se abrazaron, llorando, y se despidieron de él. Y su padre le recomendó al jefe de la caravana que partía para el Irak. Y después de besar la mano á su padre y á su madre, Kamar salió para Bassra, acompañado por los votos de sus padres. Y Alah le escribió la seguridad, y llegó él sin contratiempo á aquella ciudad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 783.ª NOCHE

Ella dijo:

...y llegó él sin contratiempo á aquella ciudad.

Y aconteció que el día de su llegada era precisamente un viernes por la mañana; y Kamar pudo observar que cuanto le había contado el derviche era la pura verdad. Y vió, en efecto, que los zocos estaban vacíos, las calles desiertas y las tiendas abiertas, pero sin vendedores ni compradores. Y como tenía hambre, comió y bebió de lo que le con-

vino, hasta la saciedad. Y apenas había acabado su comida, oyó la música y se apresuró á esconderse, como lo había hecho el derviche. Y en seguida vió aparecer á la bella joven con sus cuarenta mujeres. Y á la vista de su belleza le poseyó una emoción tan fuerte que se cayó desvanecido en su escondite.

Cuando recobró el sentido vió que los zocos estaban animados y llenos de transeuntes, que iban y venían, exactamente igual que si no se hubiese interrumpido el movimiento comercial. Y detallando aún en su espíritu los encantos sobrenaturales de la joven, comenzó por ir á comprarse trajes magníficos, de lo más rico y suntuoso que pudo encontrar en casa de los principales mercaderes. Y se presentó después en el hammam, del cual salió brillante como un rey joven, tras de tomar un baño prolongado y minucioso. Y solamente entonces se dedicó á buscar la tienda del barbero que la otra vez había afeitado la cabeza al derviche, y no tardó en encontrarla. Y entró en la tienda, y después de las zalemas por una y otra parte, dijo al barbero: «¡Oh padre de manos ligeras! deseo hablarte en secreto. ¡Te ruego, pues, que cierres tu tienda á los clientes que tienes costumbre de recibir, y toma esto para indemnizarte de la pérdida de tu tiempo!» Y le entregó una bolsa llena de dinares de oro, la cual se apresuró el barbero á guardarse en su cinturón, tras de tomarla á peso con un leve movimiento de mano. Y cuando ambos estuvieron solos

en la tienda, Kamar le dijo: «¡Oh padre de manos ligeras! soy extranjero en esta ciudad. ¡Y únicamente deseo saber por ti el motivo del abandono matinal de los zocos este viernes!» Y conquistado por la generosidad del joven y por su aire de emir, el barbero le contestó: «¡Oh mi señor! se trata de un secreto que no he tratado de penetrar nunca, y hago como todo el mundo y tengo cuidado de ocultarme todos los viernes por la mañana. Pero, ya que la cosa te preocupa, voy á hacer por ti lo que no haría por mi hermano. Te pondré, pues, en comunicación con mi mujer, que sabe todo lo que pasa en la ciudad, porque vende perfumes en todos los harenes de Bassra y en los palacios de los grandes y del sultán. Y como, por tu talante, veo que estás impaciente por esclarecer este asunto, y que, por otra parte, te ha agradado mi proposición, voy al instante en busca de la hija de mi tío para someterle el caso. ¡Espérame, pues, tranquilamente en la tienda hasta mi regreso!»

Y el barbero dejó á Kamar en la tienda y se apresuró á ir en busca de su mujer, á quien explicó el motivo que le llevaba; y al mismo tiempo le entregó la bolsa llena de dinares de oro. Y la esposa del barbero, que era fértil de ingenio y servicial de corazón, contestó: «¡Bien venido sea á nuestra ciudad! ¡Heme aquí pronta á servirle con mi cabeza y mis ojos! ¡Ve á buscarle y traémele para que le ponga al corriente de lo que quiere saber!» Y el barbero regresó á su tienda, donde encontró

sentado á Kamar esperándole, y le dijo: «¡Oh hijo mío! levántate y ven conmigo á ver á tu madre, la hija de mi tío, que me encarga te diga: «¡El asunto es fácil!» Y le cogió de la mano y le condujo á su casa, donde su esposa dió al joven la bienvenida con acento afable y atrayente, y le hizo sentarse en el sitio de honor del diván, y le dijo: «¡Familia y comodidad al huésped encantador! ¡La casa es tu casa y esclavos tuyos los dueños de la casa! ¡Estás por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos! ¡Ordena! ¡Oir es obedecer!» Y se apresuró á ofrecerle en una bandeja de cobre los refrescos y las confituras de la hospitalidad, y le obligó á tomar una cucharada de cada especie, formulando cada vez el deseo de que obtuviese: «¡Delicias y reparación para el corazón del huésped!»

Entonces Kamar cogió un puñado grande de dinares de oro y se lo puso en las rodillas á la esposa del barbero, diciendo: «¡Dispénsame lo poco que es! ¡Pero ¡inschalah! ya sabré agradecer mejor tus bondades!» Luego le dijo: «¡Ahora, madre mía, cuéntame todo lo que sepas acerca de lo que sabes!» Y dijo la esposa del barbero:

«Sabe ¡oh hijo mío! ¡oh luz de mis ojos y corona de mi cabeza! que el sultán de Bassra recibió un día en calidad de regalo del sultán de la India una perla tan hermosa, que debió nacer de un rayo de sol posado en alguna hueva milagrosa del mar. Era á la vez blanca y dorada, según como se la mirara, y parecía encender en su seno un incendio en le-

che. Y el rey la estuvo contemplando durante todo un día, y para no separarse de ella nunca, quiso llevarla sujeta á su cuello con una cinta de seda. Pero como era virgen é imperforada, mandó llamar á todos los joyeros de Bassra, y les dijo: «Deseo que agujereéis con destreza esta perla soberana. Y quien sepa hacerlo, sin estropear la maravillosa sustancia que la compone, podrá pedirme cuanto quiera, y será complacido con creces. ¡Pero si no obtiene un resultado perfecto ó si su mal destino le hace estropearla lo más mínimo, puede contarse en la pira de los muertos, porque haré que le corten la cabeza después de obligarle á sufrir todos los suplicios á que se haya hecho acreedor por su torpeza sacrílega! ¿Qué os parece, ¡oh joyeros!?»

»Al oir estas palabras del sultán, y comprendiendo que arriesgaban sus almas, los joyeros sintieron un miedo extremado, y contestaron: «¡Oh rey del tiempo! ¡es cosa muy delicada una perla como esa! Y sabido es que para horadar las perlas ordinarias hacen falta una habilidad y un pulso muy raros, y que pocos maestros joyeros obtienen en ello buen resultado sin algunos accidentes inevitables. Te suplicamos, pues, que no nos obligues á lo que nuestros débiles medios no pueden soportar, porque declaramos que de nuestras manos jamás podrá salir una habilidad como la que es preciso desplegar para eso. ¡Sin embargo, podemos indicarte quién sabrá llevar á cabo ese prodigio de arte, y es nuestro jeique!» Y el rey preguntó: «¿Y

quién es vuestro jeique?» Ellos contestaron: «El maestro joyero Obeid! ¡Es infinitamente más hábil que nosotros, y tiene un ojo en la punta de cada dedo y una delicadeza extremada en cada ojo!» Y dijo el rey: «¡Id á buscármele, y no tardéis!» Y los joyeros se apresuraron á obedecer, y volvieron con su jeique, el maestro Obeid, quien, tras de besar la tierra entre las manos del rey, se mantuvo de pie esperando órdenes. Y el rey le explicó el trabajo que exigía de él y la recompensa ó el castigo que le esperaba en caso de éxito ó de fracaso. Y al propio tiempo le enseñó la perla. Y el joyero Obeid tomó la maravillosa perla y la examinó una hora de tiempo, y contestó: «¡Moriré si no la horado!» Y acto seguido se puso en cuclillas, con permiso del rey, y sacando de su cinturón ciertas herramientas sutiles, colocó la perla entre ambos dedos gordos de sus pies juntos, y con una habilidad y una ligereza increíbles, manejó sus herramientas igual que un niño manejaría un peón, y en menos tiempo del que se necesita para horadar un huevo, perforó la perla de parte á parte, sin una rebaba ni la menor lasca, con dos agujeros iguales y simétricos. Luego la limpió con el revés de la manga y se la ofreció al rey, el cual se dilató y osciló de satisfacción y de contento. Y se la colgó al cuello con un cordón de seda, y subió á sentarse en su trono. Y miró á todos lados con ojos iluminados de alegría, en tanto que la perla era cual un sol que le colgase del cuello.

»Tras de lo cual se encaró con el joyero Obeid,

y le dijo: «¡Oh maestro Obeid! ¡di ya lo que deseas!» Y el joyero reflexionó una hora de tiempo, y contestó: «¡Alah prolongue los días del rey! pero el esclavo cuyas manos tullidas han tenido el honor insigne de tocar la perla maravillosa y de devolvérsela á nuestro amo, perforada con arreglo á su deseo, posee una esposa muy joven, á la que tiene que mimar mucho, pues ya es bastante viejo, y cuando los hombres están de regreso en la vida, si no quieren hacerse antipáticos á sus esposas, deben tratarlas con toda clase de miramientos y no hacer nada sin consultarlas. El esclavo, pues, querría ir á pedir opinión á su esposa con respecto á la petición que le permite hacer nuestro amo magnánimo, y ver si no tiene ella misma que formular un deseo preferible al que pudiera imaginar yo. ¡Porque Alah no sólo le ha dado juventud y gracia, sino un ingenio fértil y perspicaz y una cordura á toda prueba!» Y dijo el rey: «¡Date prisa, Osta-Obeid, á ir á consultar á tu esposa y volver á traerme la respuesta, pues no tendré reposo espiritual mientras no haya cumplido mi promesa!» Y el joyero salió de palacio y fué en busca de su esposa y le sometió el caso. Y exclamó la joven: «¡Glorificado sea Alah, que hace que llegue mi día antes de tiempo! ¡En efecto, tengo que formular un deseo y poner en práctica una idea singular en verdad! Gracias á los beneficios de Alah y á la prosperidad de tus negocios, somos ricos y estamos al abrigo de la necesidad para el resto de nuestros días. Por

ese lado nada tenemos, pues, que desear, y el anhelo que quiero satisfacer no costará un dracma al tesoro del reino. ¡Helo aquí! ¡Ve á pedir sencillamente al rey que me dé permiso para pasearme todos los viernes con un cortejo semejante al de las hijas de los reyes, por los zocos y las calles de Bassra, sin que ose nadie mostrarse entonces en la calle, so pena de perder la cabeza! ¡Y eso es cuanto deseo del rey como recompensa á tu trabajo referente á la perla perforada!»

»Al oir estas palabras de su joven esposa, el joyero llegó al límite del asombro, y se dijo: «¡Alah karim! ¡Muy sagaz tiene que ser quien pueda envanecerse de saber lo que bulle en el cerebro de una mujer!» Pero como amaba á su esposa, y era viejo y muy feo además, no quiso contrariarla, y se limitó á contestar: «¡Oh hija del tío! tu deseo está por encima de la cabeza y de los ojos. ¡Pero si cuando pase el cortejo abandonan sus tiendas los mercaderes de los zocos para ir á ocultarse, los perros y los gatos devastarán los escaparates y cometerán otros males que han de pesar sobre nuestra conciencia!» Ella dijo: «Para evitarlo, á los habitantes y guardias de los zocos se les dará orden de encerrar aquel día á todos los perros y á todos los gatos. ¡Pues deseo que se queden abiertas las tiendas mientras pasa mi cortejo! ¡Y todos, grandes y pequeños, irán á ocultarse en las mezquitas, cuyas puertas se cerrarán para que nadie pueda asomar la cabeza y mirar!»

»Entonces el joyero Obeid fué en busca del rey, y extremadamente confuso, le transmitió el deseo de su esposa. Y el rey le dijo: «¡No hay inconveniente!» Y por los pregoneros públicos hizo proclamar en toda la ciudad la orden de que los habitantes dejaran abiertas sus tiendas todos los viernes, dos horas antes de la plegaria, y fueran á ocultarse en las mezquitas, guardándose muy mucho de mostrar en la calle sus cabezas, so pena de verlas saltar de sus hombros. Y les recomendó que encerraran á los perros y á los gatos, á los asnos y á los camellos y á cuantos animales de carga pudiesen circular por los zocos.

»Y desde entonces la esposa del joyero se pasea así todos los viernes, dos horas antes de la plegaria de mediodía, sin que se atreva á mostrarse por las calles hombre, ni perro, ni gato. ¡Y precisamente es á ella misma, ya sidi Kamar, á quien viste esta mañana con su belleza verdaderamente sobrenatural, en medio de su cortejo de jóvenes y precedida de la esclava que llevaba en la mano el sable desnudo para cortar la cabeza de quien osase mirarla pasar!»

Y cuando la esposa del barbero hubo contado así á Kamar lo que él quería saber, se calló un momento, le observó sonriendo, y añadió: «¡Pero bien veo, ¡oh propietario del rostro encantador! ¡oh mi señor bendito! que no te satisface este relato y que deseas de mí algo más: por ejemplo, que te indique un medio de volver á ver á la maravillosa joven,

esposa del anciano joyero!» Y contestó Kamar: «¡Oh madre mía! Tal es, en efecto, el deseo íntimo de mi corazón. Porque para verla vine de mi país, después de haber abandonado la morada, donde mi ausencia deja llorando á un padre y á una madre que me quieren bien.» Y la esposa del barbero dijo: «En ese caso, ¡oh hijo mío! enumérame algunas de las cosas preciosas y de valor que posees.» Él dijo: «¡Oh madre mía! entre otras cosas buenas, tengo conmigo piedras preciosas de cuatro clases: las piedras de la primera clase valen quinientos dinares de oro cada una; las de la segunda clase valen setecientos dinares de oro cada una; las de la tercera, ochocientos cincuenta, y las de la cuarta, mil dinares de oro cada una, por lo menos.» Ella preguntó: «¿Y está tu alma dispuesta á ceder cuatro de esas piedras, cada una de clase diferente?» Él contestó: «¡Mi alma está dispuesta á ceder gustosa todas las piedras que poseo y todo lo que en mi mano haya!» Ella dijo: «Pues bien; levántate, ¡oh hijo! ¡oh corona de la cabeza de los más generosos! y ve al zoco de los joyeros y orfebres en busca del joyero Osta-Obeid, y haz exactamente lo que voy á decirte.»

Y le indicó cuanto quiso indicarle para hacerle llegar al fin deseado, y añadió: «Para todo se necesita prudencia y paciencia, hijo mío. ¡Pero cuando hayas hecho lo que acabo de indicarte no te olvides de venir á darme cuenta de ello y traer contigo cien dinares de oro para mi esposo el barbero, que es un pobre!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 784.ª NOCHE

Ella dijo:

»...y traer contigo cien dinares de oro para mi esposo el barbero, que es un pobre!» Y Kamar contestó con el oído y la obediencia, y salió de la casa del barbero, repitiéndose, para grabarlas bien en su memoria, las instrucciones de la vendedora de perfumes, esposa del barbero. Y bendecía á Alah, que en su camino puso, como piedra indicadora, á aquella mujer de bien.

Y de tal suerte llegó al zoco de los joyeros y orfebres, en donde todo el mundo se apresuró á indicarle la tienda del jeique de los joyeros, Osta-Obeid. Y entró en la tienda y vió entre sus aprendices al joyero, á quien saludó con la mayor cortesía, llevándose la mano al corazón, á los labios y á la cabeza, y diciendo: «¡La paz sea contigo!» Y Osta-Obeid le devolvió la zalema y le recibió con finura y le rogó que se sentara. Y Kamar sacó entonces de su bolsa una gema escogida, pero de la especie menos hermosa de las cuatro que poseía, y le dijo: «¡Oh maestro! ¡anhelo vivamente que para esta gema me hagas una montura digna de tus ca-

pacidades, pero de la manera más simple y con un peso que no exceda de un *miskal!*» Y al mismo tiempo le entregó veinte monedas de oro, diciendo: «¡Esto ¡oh maestro! no es mas que un ínfimo anticipo de la cantidad con que pienso remunerar el trabajo que me hagas!» Y asimismo entregó una moneda de oro á cada uno de los numerosos aprendices, y también á cada uno de los numerosos mendigos que habían hecho su aparición en la calle en cuanto vieron entrar en la tienda á aquel joven extranjero vestido tan suntuosamente. Y tras de portarse de tal modo, se retiró, dejando á todo el mundo maravillado de su liberalidad, de su belleza y de sus modales distinguidos.

En cuanto á Osta-Obeid, no quiso retrasar lo más mínimo la confección de la sortija, y como estaba dotado de una destreza extraordinaria y tenía á su disposición medios que ningún otro joyero poseía en el mundo, la empezó y la concluyó al terminar el día, dejándola toda cincelada y limpia. Y como el joven Kamar no debía volver hasta el día siguiente, se la llevó consigo por la noche para enseñársela á su esposa, la joven consabida, pues la piedra le parecía maravillosa, y de un agua tan límpida, que daba gana de humedecerse con ella la boca.

Cuando la joven esposa de Osta-Obeid hubo visto la sortija, la encontró muy hermosa, y preguntó: «¿Para quién?» Él contestó: «Para un joven extranjero, que es mucho más deslumbrador que esta ma-

ravillosa gema. Porque has de saber que el dueño de esta sortija, que ya me ha pagado de antemano como nunca se me pagó trabajo alguno, es hermoso y encantador, con ojos que hieren de deseo, mejillas como pétalos de anémona en un parterre lleno de jazmines, una boca como el sello de Soleimán, labios empapados en sangre de cornalinas, y un cuello como el cuello del antílope, que soporta graciosamente su cabeza fina cual un tallo soporta su corola. Y para resumir lo que está por encima de toda alabanza, bástete oir que es hermoso, verdaderamente hermoso, y tan encantador como hermoso, lo que le hace parecerse á ti, no sólo por sus perfecciones, sino también por su tierna edad y por las facciones de su rostro.»

Así describió el joyero á su esposa al joven Kamar, sin advertir que sus palabras acababan de encender en el corazón de la joven una pasión repentina y tanto más viva cuanto que el objeto de ella era invisible. Y aquel propietario de una frente en que iban á crecer cuernos como cohombros en un terreno estercolado, olvidaba que no existe tercería peor ni de éxito más seguro que la de un marido que ante su esposa ensalza los méritos y la belleza de un desconocido, sin cuidarse de las consecuencias. Así es como Alah el Altísimo, cuando quiere que se cumplan los designios decretados con respecto á sus criaturas, las hace tantear en las tinieblas de la ceguera.

Y he aquí que la joven esposa del joyero oyó

aquellas palabras y las retuvo en el fondo de su espíritu, pero sin dejar traslucir, ni por asomo, los sentimientos que la agitaban. Y dijo á su esposo con acento indiferente: «¡Déjame ver esa sortija!» Y Osta-Obeid se la entregó, y ella la miró con aire distraído y se la puso en el dedo impensadamente. Luego dijo: «¡Parece que la han hecho á medida de mi dedo! ¡Mira qué bien me está!» Y contestó el joyero: «¡Vivan los dedos de las huríes! ¡Por Alah, ¡oh mi señora! que, como el propietario de esta sortija esté dotado de generosidad y de galantería, mañana le rogaré que me la venda al precio que sea, y te la traeré!»

Mientras tanto, Kamar había ido á dar cuenta á la esposa del barbero de la manera como se había conducido con arreglo á sus instrucciones; y le entregó cien monedas de oro, en calidad de regalo para aquel pobre barbero. Y preguntó á su protectora qué le quedaba que hacer. Y ella le dijo: «¡Mira! Cuando veas al joyero, no admitas la sortija que te tenga hecha. Finges que te está muy estrecha en el dedo, y se la das de regalo; y preséntale otra gema mucho más hermosa que la primera, de las que valen á setecientos dinares pieza, y dile que te la monte con cuidado. Al mismo tiempo, dale sesenta dinares de oro para él y dos para cada uno de sus obreros, como gratificación. Y tampoco olvides á los mendigos de la puerta. Y conduciéndote así, irán á tu gusto las cosas. ¡Y no te olvides ¡oh hijo! de volver á darme cuenta del asunto

y traer contigo algo para mi pobre esposo el barbero!» Y contestó Kamar: «¡Escucho y obedezco!»

Y salió de casa de la mujer del barbero, y al día siguiente no dejó de ir al zoco, en busca del joyero Osta-Obeid, el cual, en cuanto le advirtió, levantóse en honor suyo, y después de las zalemas y cumplimientos, le presentó la sortija. Y Kamar hizo como que se la probaba, y dijo después: «¡Por Alah, ¡oh maestro Obeid! que la sortija está muy bien hecha, pero me viene un poco estrecha al dedo! Toma: ¡te la doy para que se la regales á cualquiera de las numerosas esclavas de tu harén! Y aquí tienes otra gema, que prefiero á la anterior, y que, montada sencillamente, resultará mucho más hermosa.» Y así diciendo, le entregó una gema de setecientos dinares de oro; y al mismo tiempo le dió sesenta dinares de oro para él y dos para cada uno de sus aprendices, diciendo: «¡Sólo es para que refresquéis con un sorbete; pero si este trabajo se acaba con prontitud, espero que quedaréis satisfechos del modo como seréis remunerados!» Y salió, distribuyendo á derecha y á izquierda monedas de oro á los mendigos congregados delante de la puerta de la tienda.

Cuando el joyero vió tanta liberalidad en su joven cliente, quedó extremadamente sorprendido. Y á la noche, una vez que hubo entrado en su casa, no se cansaba de alabar en presencia de su esposa á aquel generoso extranjero, del que decía: «¡Por Alah, que no se contenta con ser hermoso, como jamás lo fueron los más hermosos, sino que tiene

la mano abierta de los hijos de los reyes!» Y cuanto más hablaba, hacía incrustarse más en el corazón de su mujer el amor sentido por el joven Kamar. Y cuando él la hubo entregado la sortija, don de su cliente, se la puso ella lentamente en el dedo, y preguntó: «¿Y no te ha encargado otra?» Él dijo: «¡Sí, por cierto! Y tanto he trabajado en ella todo el día, que aquí la tienes acabada.» Ella dijo: «¡Déjamela ver!» Y la cogió, la miró sonriendo, y dijo: «¡Quisiera quedarme con ella!» Él dijo: «¿Quién sabe? ¡Capaz es de dejármela, como ha hecho con su hermana!»

Mientras tanto, Kamar había ido á concertarse con la esposa del barbero acerca de lo que había pasado y de lo que tenía que hacer. Y le entregó cuatrocientos dinares de oro para su pobre esposo el barbero. Y ella le dijo: «Hijo mío, tu asunto va por el camino mejor. Cuando veas al joyero, no admitas la sortija encargada, sino haz como que te está muy grande, y déjasela de regalo. Luego entrégale otra piedra preciosa, de las que valen casi á novecientos dinares de oro la pieza; y en espera de que terminen el trabajo, da cien dinares para el maestro y tres para cada uno de los aprendices. ¡Y al volver á darme cuenta de la marcha del asunto, no te olvides de traer para mi pobre esposo el barbero algo con que pueda comprarse un pedazo de pan! Y Alah te guarde y prolongue tus días preciosos, ¡oh hijo de la generosidad!»

Y he aquí que Kamar siguió puntualmente el

consejo de la vendedora de perfumes. Y el joyero no encontró ya palabras ni expresión con qué pintar á su mujer la liberalidad del hermoso extranjero. Y ella le dijo, probándose la nueva sortija: «¿No te da vergüenza ¡oh hijo del tío! de no haber invitado todavía á tu casa á un hombre que tan generoso se ha mostrado contigo? ¡Y sin embargo, gracias á los beneficios de Alah, no eres avaro ni descendiente de una familia de avaros; pero me parece que á veces faltas á las prácticas sociales! ¡Así, es absolutamente un deber de parte tuya rogar á ese extranjero que venga á tomar mañana la sal de tu hospitalidad!»

Por su parte, Kamar, después de haber consultado á la mujer del barbero, á la cual entregó para aquel pobre hombre ochocientos dinares de gratificación, lo preciso para que comprara un pedazo de pan, no dejó de presentarse en la tienda del joyero, á fin de probarse la tercera sortija. Y después de ponérsela en el dedo, se la sacó, la miró un instante con cierto desdén, y dijo: «Está bastante bien; pero no me gusta del todo esta piedra. ¡Quédate, pues, con ella para una de tus esclavas, y móntame esta otra gema! Y aquí tienes un anticipo de doscientos dinares y cuatro para cada uno de tus aprendices. ¡Y perdóname todas las molestias que te causo!» Y así diciendo, le entregó una gema blanca y maravillosa que valía mil dinares de oro. Y en el límite de la confusión, le dijo el joyero: «¡Oh mi señor! ¿querrías honrar mi casa

con tu presencia y concederme la gracia de ir á cenar conmigo esta noche? ¡Porque tus beneficios están por encima de mí, y mi corazón se siente atraído por tu mano generosa!» Y contestó Kamar: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Y le dió las señas del khan donde paraba.

Y he aquí que, llegada la noche, el joyero se presentó en el khan consabido, para recoger á su invitado. Y le condujo á su casa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 785.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y le condujo á su casa, donde le festejó con una recepción suntuosa y un espléndido festín. Y tras de retirar las bandejas de manjares y bebidas, una esclava les sirvió sorbetes preparados por las propias manos de la joven dueña de la casa. No obstante, á pesar del deseo que de ello tenía, no quiso infringir la costumbre de las recepciones, donde las mujeres jamás toman parte en las comidas, y permaneció en el harén. Y se limitó á esperar allí que produjese efecto su estratagema.

Y he aquí que, apenas Kamar y su huésped

probaron el delicioso sorbete, cayeron ambos en un profundo sueño; porque la joven había tenido cuidado de echar en las copas un polvo adormecedor. Y la esclava que les servía se retiró en cuanto los vió tendidos sin movimiento.

Entonces, la joven, vestida solamente con su camisa y preparada toda ella como para la primera entrada nupcial, levantó el cortinaje y penetró en la sala del festín. Y quien hubiese visto á aquella joven, en todo el esplendor de su belleza, con sus ojos cargados de crímenes, habría sentido que se le desmenuzaba el corazón y que la razón se le huía. Avanzó ella, pues, hasta Kamar, á quien hasta entonces no había entrevisto mas que por la ventana, cuando entraba él en la casa, y se puso á contemplarle. Y vió que era en absoluto de su conveniencia. Y empezó por sentarse junto á él y se puso á acariciarle el rostro dulcemente con la mano. Y de pronto, aquella gallina hambrienta se arrojó glotonamente sobre el jovenzuelo y empezó á picotearle los labios y las mejillas con tanta violencia, que hicieron saltar la sangre. Y aquellos picotazos crueles duraron algún tiempo y fueron reemplazados por tales movimientos, que sólo Alah sabría lo que pudo ocurrir á consecuencia de toda aquella agitación de la gallina montada á horcajadas sobre el joven gallo dormido.

Y con aquel juego transcurrió la noche entera. Pero cuando apareció la mañana, aquella ardiente jovenzuela se decidió á levantarse; y se sacó del

seno cuatro tabas de cordero y se las metió en el bolsillo á Kamar. Y hecho lo cual, le dejó y volvió al harén. Y mandó á la sala del festín á la esclava confidente que de ordinario ejecutaba sus órdenes, la misma que llevaba el alfanje desnudo al paso del cortejo por los zocos de Bassra. Y la esclava, para disipar el sueño del joven Kamar y del viejo joyero, les echó en las narices unos polvos que eran un poderoso antídoto. Y no tardaron en producir su efecto aquellos polvos, porque los dos durmientes se despertaron después de estornudar. Y la joven esclava dijo al joyero: «¡Oh amo nuestro! nuestra ama Halima me envía á despertarte y te dice: «Es la hora de la plegaria de la mañana, y he aquí que desde el minarete el muezín hace el llamamiento á los creyentes. Y he aquí, además, la palangana y el agua para las abluciones!» Y exclamó el viejo, aturdido aún: «¡Por Alah, qué pesadamente se duerme en esta habitación! ¡Siempre que me acuesto aquí no me despierto hasta muy entrado el día!» Y Kamar no supo qué responder. Pero, al levantarse para hacer sus abluciones, sintió que le ardían como el fuego los labios y el rostro, sin contar lo que no se veía. Y se asombró de ello en extremo, y dijo al joyero: «No sé qué será, pero siento que los labios y el rostro me arden como el fuego y me queman como carbones encendidos. ¿Á qué obedecerá?» Y el viejo contestó: «¡Oh! ¡eso no es nada! ¡Sencillamente picaduras de mosquitos! ¡Porque hemos cometido la imprudencia de dormir sin mosquitero!»

Y dijo Kamar: «Está bien; pero ¿cómo es que en tu rostro no veo trazas de picaduras de mosquitos, si has dormido á mi lado?» El otro contestó: «¡Por Alah, que es verdad! Sin embargo, has de saber ¡oh cara hermosa! que á los mosquitos les gustan las mejillas jóvenes y vírgenes de pelo, y detestan los rostros barbudos. Y he aquí que bajo tu lindo semblante circula una sangre delicada, mientras que de mis mejillas descienden unas barbas luengas.» Dicho esto, hicieron sus abluciones, se dedicaron á la plegaria y almorzaron juntos. Tras de lo cual Kamar se despidió de su huésped y salió para ir en busca de la mujer del barbero.

Y he aquí que se encontró con que estaba ella esperándole. Y le acogió riéndose, y le dijo: «¡Vamos, ¡oh hijo! cuéntame la aventura de esta noche, por más que la veo escrita con mil signos en tu rostro!» El dijo: «¡Estos signos son simples picaduras de mosquitos y nada más, madre mía!» Y la mujer del barbero se rió aún más fuerte al oir estas palabras, y dijo: «¿De veras son picaduras de mosquitos? ¿Y no ha tenido otros resultados tu visita á la casa de la que amas?» El contestó: «¡Por Alah, que no, á no ser estas cuatro tabas de jugar los niños, y que me he encontrado en el bolsillo, sin saber cómo han entrado en él!» Ella dijo: «¡Enséñamelas!» Y las cogió, las miró un momento, y continuó diciendo: «Eres muy inocente, hijo mío, al no haber adivinado que en tu cara llevas todavía la huella, no de picaduras de mosquitos, sino de besos apasio-

nados de la que amas. En cuanto á esos huesos, que ella misma te ha metido en el bolsillo, son un reproche que te dirige por haberte pasado el tiempo durmiendo, pudiéndolo emplear mejor con ella. Ha querido decirte: «Eres un niño que se pasa el tiempo durmiendo. Aquí tienes unas tabas, como cumple á los niños que no saben divertirse con otro juego.» Tal es la explicación de estas tabas, hijo mío. Y ha sido hablar bastante claro para la primera vez. Y por otra parte, no tienes mas que hacer la prueba esta misma noche. En efecto, te aprovecharás de la invitación del joyero, el cual, sin duda, te convidará de nuevo á cenar, ¡y creo que no te olvidarás de portarte de manera que te satisfaga y la satisfaga, y haga dichosa á tu madre que te quiere, hijo mío! ¡Y para cuando estés de vuelta en mi casa, ¡oh pupila del ojo! piensa en la miserable condición de mi pobrísimo esposo el barbero!» Y Kamar contestó: «¡Por encima de la cabeza y de los ojos!» Y regresó al khan en que se alojaba. Y he aquí lo referente á él.

En cuanto á la joven Halima, preguntó á su esposo, el viejo joyero, cuando fué él á buscarla al harén: «¿Cómo te has portado con tu huésped el joven extranjero?» El contestó: «Con todas las galanterías y todas las consideraciones, ¡oh Halima! Pero ha debido pasar muy mala noche, porque le han picado con encarnizamiento los mosquitos.» Ella dijo: «Tú tienes la culpa, por no haberle hecho dormir con mosquitero. Pero, sin duda, estará menos incó-

modo la próxima noche. Pues supongo que le invitarás otra vez. ¡Y es lo menos que con él puedes hacer, en agradecimiento por todas las pruebas de generosidad con que te ha colmado!» Y el joyero sólo pudo responder con el oído y la obediencia, máxime cuando él también sentía gran afecto por el joven.

Así es que, cuando Kamar llegó á la tienda, no dejó de invitarle el joyero, y aquella noche sucedió lo mismo que la anterior, á pesar del mosquitero. Porque, una vez que la bebida adormecedora hubo surtido su efecto, la joven Halima se pasó toda la noche agitándose y moviéndose á horcajadas sobre el gallo dormido, y de manera aún más extraordinaria que la primera vez. Y cuando, por la mañana, el joven Kamar salió de su profundo sueño, merced á los polvos que le echaron en las narices, sintió que le ardía el rostro y que tenía todo el cuerpo acribillado á succiones, mordiscos y otras cosas semejantes realizadas por su ardiente enamorada. Pero no dejó entrever nada al joyero, que le interrogaba sobre cómo había dormido; y tras de despedirse de él, salió para ir á dar cuenta á la mujer del barbero de lo que había pasado. Y al mirar en su bolsillo, encontró un cuchillo que le habían metido allí. Y enseñó á su protectora aquel cuchillo, dándole quinientos dinares de oro de gratificación para aquel pobre barbero esposo suyo. Y después de besarle la mano, exclamó la vieja al ver el cuchillo: «Alah os resguarde de la desgracia, ¡oh hijo

mío! He aquí que tu bienamada está irritada, y te amenaza con matarte si te vuelve á encontrar dormido. ¡Porque esa es la explicación del cuchillo encontrado en tu bolsillo!» Y preguntó Kamar, muy perplejo: «Pero ¿qué voy á hacer para no dormirme? ¡La noche última estaba ya resuelto á velar á todo trance, pero no lo conseguí!» Ella contestó: «Pues bien; para ello no tendrás mas que dejar beber al joyero solo; y fingiendo que te tomas la copa de sorbete, cuyo contenido arrojarás detrás de ti, simularás dormir en presencia de la esclava. ¡Y de tal suerte conseguirás el objeto deseado!» Y Kamar contestó con el oído y la obediencia, y no dejó de seguir exactamente aquel excelente consejo.

Y he aquí que pasaron las cosas de la manera prevista por la vieja. Porque el joyero, por consejo de su esposa, invitó á Kamar á la tercera cena, con arreglo á la costumbre que exige sea el huésped invitado tres noches seguidas. Y cuando la esclava que había llevado los sorbetes vió dormidos á ambos hombres, se retiró para anunciar á su señora que ya se había producido el efecto deseado.

Al escuchar esta noticia, la ardiente Halima, furiosa de ver que el joven no había comprendido ninguna de sus advertencias, entró en la sala del festín, cuchillo en mano, dispuesta á hundirlo en el corazón del imprudente. Pero de pronto Kamar se irguió sobre ambos pies, riendo, y se inclinó hasta tierra ante la joven, que hubo de preguntarle: «¡Ah! ¿y quién te ha enseñado esa estratagema?» Y Kamar

no le ocultó que había obrado de acuerdo con los consejos de la mujer del barbero. Y ella sonrió, y dijo: «¡Es lista la vieja! Pero en adelante sólo tienes que tratar conmigo. ¡Y no te arrepentirás!» Y así diciendo, atrajo hacia ella al jovenzuelo de carne virgen todavía de todo contacto de mujer, y manipuló con él de manera tan experta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 786.ª NOCHE

Ella dijo:

...y manipuló con él de manera tan experta, que el joven aprendió de pronto á declinar todos los casos sin vacilar, á poner el régimen pasivo en acusativo, y á exigir el régimen directo en su misión activa. ¡Y en aquella batalla de piernas y de muslos se portó con tanta valentía y tal maestría de choques de vaivén, que aquella noche fué la noche del gallo por excelencia! ¡Loores á Alah, que da alas al primer vuelo de los pájaros, que hace danzar al cabrón desde su nacimiento, que hace desarrollarse el cuello del león joven, que hace saltar al río brotando de la roca y que pone en el corazón

de sus creyentes un instinto invencible y hermoso como el canto del gallo por la aurora!

Cuando por medio de aquel valiente justador, que acababa de romper el cascarón, la experta Halima hubo aplacado el ardor que la consumía, le dijo, entre mil caricias: «Sabe ¡oh fruto de mi corazón! que ya no podré pasarme sin ti. ¡Por tanto, no te creas que me bastarán una ó dos noches, una ó dos semanas, uno ó dos meses, uno ó dos años! Quiero pasarme contigo la vida entera, abandonando al esposo viejo y feo, y siguiéndote á tu patria. Escúchame, pues, y si me amas y te ha satisfecho la experiencia de esta noche, haz lo que voy á decirte. ¡Helo aquí! Cuando mi anciano esposo te invite á cenar una vez más, contéstale: «¡Por Alah, tío mío, que Ibn-Adán es demasiado pesado por naturaleza, y tiene muy densa la sangre! ¡Y cuando reitera las visitas á casa de los demás, hace que se harten de él ricos y pobres! ¡Excúsame por no poder aceptar tu graciosa oferta, pues temería cometer una indiscreción reteniéndote tres ó cuatro noches fuera de tu harén!» Y tras de hablarle así, le rogarás que alquile para ti una casa en la vecindad nuestra, con pretexto de que así podréis veros cómodamente ambos y pasar juntos, por turno, parte de la noche, sin que ello resulte importuno para uno ni para otro. Desde luego, sé que mi marido vendrá á consultármelo, y le afirmaré en ese proyecto. ¡Y cuando lo realicemos, Alah se encargará de lo demás!» Y el joven Kamar contestó:

«¡Oir es obedecer!» Y le juró conformarse con todos sus deseos, y para sellar su juramento, hizo con ella una repetición de regímenes todavía más detallada que la primera. Y en verdad que aquella noche funcionó con celo el báculo del peregrino sobre el camino allanado ya por la primera marcha del jinete.

Hecho lo cual, Kamar, por consejo de su enamorada, fué á tenderse junto al joyero, como si nada hubiese pasado. Y por la mañana, cuando los polvos antídotos despertaron al joyero, Kamar quiso despedirse de él, como tenía por costumbre. Pero el otro le retuvo á la fuerza, y le invitó á compartir con él una vez más la comida de la noche. Y Kamar no olvidó la recomendación de su enamorada, y no quiso aceptar la invitación del joyero; pero le participó el plan concertado, y le dijo que era el único medio de no importunarse uno á otro en lo sucesivo. Y contestó el viejo joyero: «¡No hay inconveniente!» Y sin más tardanza se levantó y fué á alquilar la casa inmediata á la suya, la amuebló ricamente é instaló en ella á su joven amigo. Y por su parte, la experta Halima se cuidó de hacer practicar, con gran secreto, en la medianería, una abertura grande, que se disimulaba por ambos lados con un armario.

Así es que, al día siguiente, quedó Kamar extremadamente asombrado al ver entrar en su aposento á su enamorada, como si surgiera de lo invisible. Pero ella, tras de haberle colmado de caricias, le descubrió el misterio del armario, y acto

seguido le hizo seña de que se dedicara á su oficio de gallo. Y Kamar se prestó á ello con diligencia y celeridad, y manejó siete veces seguidas el báculo del peregrino. Tras de lo cual, la joven Halima, húmeda aún de ardor satisfecho, sacó de su seno un puñal espléndido de la pertenencia de su esposo el joyero, que lo había labrado por sí mismo con el mayor cuidado y cuyo puño había adornado con hermosas piedras preciosas, y se lo entregó á Kamar, diciéndole: «Guárdate este puñal en el cinturón y preséntate en la tienda de Osta-Obeid, mi marido; enséñale el puñal y pregúntale si le gusta y cuánto vale. Y te preguntará cómo es que lo tienes; dile entonces que, al pasar por el zoco de los armeros, has oído á dos hombres hablar entre sí y que uno de ellos decía al otro: «¡Mira el regalo que me ha hecho mi amante, que me da los objetos que pertenecen á su anciano marido, el más feo y el más repugnante de los maridos ancianos!» Y añade que, cuando se te acercó el hombre que así hablaba, le compraste el puñal. ¡Abandona la tienda luego y ven á toda prisa á casa, donde me encontrarás en el armario, para recoger el puñal!» Y tomando el puñal, Kamar se presentó en la tienda del joyero, donde desempeñó el papel que le había indicado su amada.

Cuando el joyero vió el puñal y oyó las palabras de Kamar, se sintió muy turbado, y contestó con frases entrecortadas, como hombre á quien se le extravía la razón. Y al ver el estado del joyero,

Kamar salió de la tienda y corrió á devolver el puñal á su amada, que ya le esperaba en el armario. Y le pintó el estado cruel y el desvarío en que hubo de dejar á su marido el joyero.

En cuanto al desdichado Osta-Obeid, corrió á su vez á la casa, presa de los tormentos de lós celos y silbando cual una serpiente furiosa. Y entró, con los ojos fuera de las órbitas, gritando: «¿Dónde está mi puñal?» Y Halima, aparentando el aire más inocente, contestó, abriendo unos ojos muy asombrados: «Está en su sitio, en la arquilla. ¡Pero por Alah, que me guardaré de dártelo, ¡oh hijo del tío! porque veo que tienes extraviada la razón y temo que quieras herir con él á alguien!» Y el joyero insistió, jurando que no quería herir á nadie. Entonces, abriendo la arquilla, le presentó ella el puñal. Y exclamó él: «¡Oh prodigio!» Ella preguntó: «Pues ¿qué tiene de sorprendente?» Él dijo: «¡Hace un instante creí ver este puñal en el cinturón de mi joven amigo!» Ella dijo: «¡Por mi vida! ¿has podido abrigar sospechas infundadas de tu esposa, ¡oh el más indigno de los hombres!?» Y el joyero le pidió perdón y se esforzó cuanto pudo por aplacar la cólera de la joven.

Y he aquí que, al día siguiente, Halima, tras de haber jugado con su amante una partida de ajedrez en siete asaltos, pensó de qué medio se valdría para hacer que el viejo joyero se divorciara de ella, y dijo á Kamar: «Ya has visto que el primer medio no nos ha dado resultado. Ahora voy á vestirme de

esclava, y me conducirás á la tienda de mi marido. Y me levantarás el velo, diciéndole que acabas de comprarme en el mercado. ¡Y veremos si eso le abre los ojos!» Y se levantó y se vistió de esclava, efectivamente, y acompañó á su amante á la tienda de su marido. Y dijo Kamar al anciano joyero: «Mira qué esclava acabo de comprar por mil dinares de oro. ¡Á ver si te gusta!» Y así diciendo, le levantó el velo. Y el joyero creyó desmayarse al reconocer á su mujer, adornada con magníficas pedrerías labradas por él mismo y llevando en los dedos las sortijas que le había regalado Kamar. Y exclamó: «¿Cómo se llama esta esclava?» Y Kamar contestó: «¡Halima!» Y al oir estas palabras, el joyero sintió que se le secaba la garganta, y cayó de espaldas. Y Kamar y la joven se aprovecharon del desmayo para retirarse.

Cuando Osta-Obeid volvió de su desvanecimiento, corrió á su casa con todas sus fuerzas, y estuvo á punto de morirse de sorpresa y de espanto al encontrar á su esposa con el mismo atavío con que acababa de verla, y exclamó: «¡No hay fuerza y protección mas que en Alah el Omnisciente!» Y ella le dijo: «Y bien, ¡oh hijo del tío! ¿de qué te asombras?» Él dijo: «¡Alah confunda al Maligno! ¡Acabo de ver una esclava que ha comprado mi amigo y que parece ser tú misma, de tanto como se te asemeja!» Y Halima, fingiendo sofocarse de indignación, exclamó: «¿Cómo ¡oh calamitoso de barba blanca! te atreves á ultrajarme con sospechas tan

vergonzosas? ¡Ve á convencerte por tus propios ojos, y corre á casa de tu vecino para ver si encuentras allí á la esclava!» Él dijo: «¡Tienes razón! ¡No hay sospecha que ceda á semejante prueba!» Y bajó la escalera, y salió de su casa para ir á la de su amigo Kamar.

Y como había pasado por el armario, ya se encontraba allí Halima cuando entró su esposo. Y confuso ante tan gran parecido, el infortunado no supo mas que murmurar: «¡Alah es grande! ¡Él crea los juegos de la Naturaleza y cuanto le place!» Y regresó á su casa en el límite de la turbación y de la perplejidad; y al encontrar á su mujer como la había dejado, no pudo por menos de colmarla de elogios y pedirle perdón. Luego se volvió á su tienda.

En cuanto á Halima, fué á reunirse con Kamar, pasando por el armario, y le dijo: «¡Ya ves que no hay medio de abrir los ojos á ese padre de la barba vergonzosa! Ya sólo nos queda marcharnos de aquí sin tardanza. ¡He tomado mis medidas, y están prontos los camellos cargados, así como los caballos, y la caravana no espera á nadie mas que á nosotros para partir!» Y se levantó, y envolviéndose en sus velos, le decidió á llevarla al sitio en que se hallaba la caravana. Y montaron ambos en los caballos que les aguardaban, y partieron. Y Alah les escribió la seguridad, y llegaron á Egipto sin ningún incidente desagradable.

Cuando llegaron á la casa del padre de Kamar,

y el venerable mercader se enteró del regreso de su hijo, la alegría dilató todos los corazones, y Kamar fué recibido con lágrimas de dicha. Y cuando Halima entró en la casa, todos los corazones quedaron deslumbrados por su belleza. Y el padre de Kamar preguntó á su hijo: «¡Oh hijo mío! ¿es una princesa?» El joven contestó: «No es una princesa, sino aquella cuya hermosura motivó mi viaje. Pues de ella es de quien nos habló el derviche. ¡Y ahora me propongo casarme con ella conforme á la Sunnah y á la Ley!» Y contó á su padre, desde el principio hasta el fin, toda su historia. Pero no hay utilidad en repetirla.

Al saber aquella aventura de su hijo, el venerable mercader Abd-el-Rahmán exclamó: «¡Oh hijo mío! ¡Sea contigo mi maldición en este mundo y en el otro si persistes en querer casarte con esa mujer salida del infierno! ¡Ah! ¡teme ¡oh hijo mío! que un día se conduzca contigo de manera tan desvergonzada como con su primer marido! ¡Mejor será que me dejes buscar para ti una esposa entre las jóvenes de buena familia!» Y le amonestó largamente, y le habló tan cuerdamente, que contestó Kamar: «Haré lo que deseas, ¡oh padre mío!» Y al oir estas palabras, el venerable mercader besó á su hijo y ordenó que al punto encerraran á Halima en un pabellón retirado, mientras tomaba una decisión con respecto á ella.

Tras de lo cual, se ocupó en buscar por toda la ciudad una esposa conveniente para su hijo. Y des-

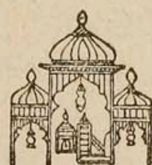
pués de numerosos pasos dados por la madre de Kamar cerca de las mujeres de los notables y de los mercaderes ricos, se celebraron los esponsales de Kamar con la hija del kadí, la cual, sin duda, era la jovenzuela más bella del Cairo. Y con aquel motivo, durante cuarenta días enteros no se escatimaron los festines, ni las iluminaciones, ni las danzas, ni los juegos. Y el último día tuvo lugar una fiesta reservada especialmente á los pobres, á quienes se cuidaron de invitar á sentarse en torno á las bandejas servidas para ellos con toda generosidad.

Y he aquí que Kamar, que por sí mismo vigilaba á los servidores durante aquel festín, advirtió entre los pobres á un hombre peor vestido que los más pobres y quemado del sol, llevando en su cara las huellas de prolongadas fatigas y de penas abrasadoras. Y al detener en él su mirada para llamarle, reconoció al joyero Osta-Obeid. Y corrió á participar su descubrimiento á su padre, que le dijo: «¡Ha llegado el momento de reparar, en cuanto nos sea posible, el daño que cometiste por instigación de la desvergonzada á quien he encerrado!» Y se adelantó al anciano joyero, que ya se disponía á alejarse, y llamándole por su nombre, le abrazó tiernamente y le interrogó acerca del motivo que habíale reducido á tal estado de pobreza. Y Osta-Obeid le contó que se había marchado de Bassra para que no se difundiese su aventura y no tuviesen ocasión de burlarse de él sus enemigos; pero en el desierto

había caído en manos de unos bandoleros árabes, que le quitaron cuanto poseía. Y el venerable Abd-el-Rahmán se apresuró á hacer que le condujeran al hammam, y después del baño que le vistieran con ricos trajes; luego le dijo: «¡Eres mi huésped, y te debo verdad! Sabe, pues, que tu esposa Halima está aquí, encerrada por orden mía en un pabellón retirado. Y pensaba devolvértela con escolta á Bassra; pero ya que Alah te condujo hasta aquí, es porque, de antemano, estaba señalada la suerte de esa mujer. Voy, pues, á conducirte á su aposento, y la perdonarás ó la tratarás como se merezca. Porque no debo ocultarte que conozco toda la penosa aventura, de que es única culpable tu mujer; pues el hombre que se deja seducir por una mujer no tiene nada que reprocharse, dado que no puede resistir al instinto que Alah ha infundido en él; pero la mujer no está constituída de igual manera, y si no rechaza là aproximación y el ataque de los hombres, siempre será culpable. ¡Ah! ¡hermano mío, se necesita gran acopio de sabiduría y paciencia en el hombre que posee una mujer!» Y dijo el joyero: «¡Tienes razón, hermano mío! Mi mujer es la única culpable en este caso. Pero ¿dónde está?» Y dijo el padre de Kamar: «¡En ese pabellón que ves delante de ti, y cuyas llaves aquí tienes!» Y el joyero cogió las llaves con gran alegría y fué al pabellón, cuyas puertas hubo de abrir, y entró en el aposento de su mujer. Y avanzó hacia ella sin decir una palabra, y echándola de repente al cuello

las dos manos, la estranguló, exclamando: «¡Mueran así las desvergonzadas de tu especie!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 787.ª NOCHE

Ella dijo:

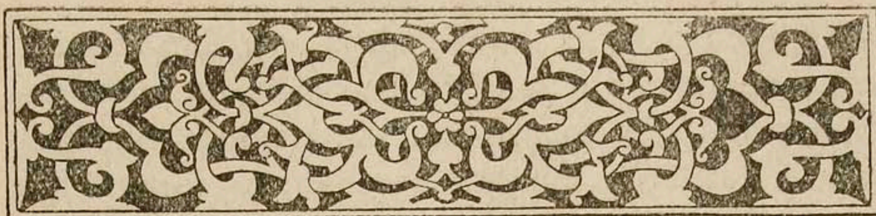
...la estranguló, exclamando: «¡Mueran así las desvergonzadas de tu especie!»

Y el mercader Abd-el-Rahmán, para acabar de reparar los yerros de su hijo Kamar con el joyero, creyó equitativo y meritorio ante Alah el Altísimo casar, el mismo día de las bodas de Kamar, á su hija Estrella-de-la-Mañana con Osta-Obeid. ¡Pero Alah es más grande y más generoso!

Y tras de contar así esta historia, Schahrazada se calló. Y exclamó el rey Schahriar: «Haga Alah ¡oh Schahrazada! que todas las mujeres desvergonzadas sufran la suerte de la esposa del joyero. ¡Porque así es como debieran terminar varias historias de las que me has contado! Con frecuencia, en efecto, me he irritado en el alma, Schahrazada, al ver que ciertas mujeres tenían un fin contrario á mis ideas y á mis inclinaciones. ¡Pues ya sabes cómo he tratado,

por mi parte, á la esposa impúdica y maligna (que Alah no la tenga en su compasión), así como á todas sus infieles esclavas!» Pero Schahrazada, sin querer que el rey se entregase por mucho tiempo á tales pensamientos, se guardó mucho de responder al particular, y apresuróse á comenzar, como sigue, la HISTORIA DE LA PIERNA DE CARNERO.





HISTORIA DE LA PIERNA DE CARNERO



Cuentan—¡pero Alah es más sabio!—que en El Cairo, bajo el reinado de un rey entre los reyes de aquel país, había una mujer dotada de tanta astucia y de tanta destreza, que pasar por el ojo de la aguja más pequeña era para ella tan sencillo como beberse un sorbo de agua. Y he aquí que Alah (que distribuye á su antojo cualidades y defectos) había infundido á aquella mujer tal ardor de temperamento, que si le hubiese cabido en suerte ser una de las cuatro esposas de un creyente y compartir con justicia las cuatro noches en cuatro lotes, uno para cada una, se hubiera muerto de deseo reconcentrado. Así es que supo ella arreglarse de manera que llegó, no sólo á ser la esposa única de un hombre, sino á casarse á la vez con dos hombres de la raza de los

gallos del Alto Egipto, que podían consolar una tras otra á veinte gallinas. Y había usado de tanta sutileza y tan bien supo tomar sus medidas, que ninguno de los dos hombres sospechaba un reparto tan contrario á la ley y á las costumbres de los verdaderos creyentes. Y por cierto que favorecía los manejos de ella la profesión que ejercían sus dos maridos, porque uno era ladrón nocturno y el otro ratero diurno. Con lo cual, cuando uno regresaba á casa por la noche, una vez terminada su tarea, el otro había salido ya en busca de algún trabajo apropiado. En cuanto á sus nombres, se llamaban: el ladrón, Haram, y el ratero, Akil.

Y transcurrieron días y meses, y el ladrón Haram y el ratero Akil se dedicaban con provecho en casa á su oficio de gallos, y fuera de casa al de zorros.

Un día entre los días, el ladrón Haram, después que el heredero de su padre hubo consolado á la hija del tío más excelentemente aún que de costumbre, dijo á la mujer: «Un asunto de gran importancia ¡oh mujer! me obliga á ausentarme por algún tiempo. ¡Plegue á Alah escribirme el éxito, á fin de que esté yo de vuelta junto á ti lo más pronto posible!» Y contestó la mujer: «El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh cabeza de los hombres! Pero ¿qué va á ser de esta desventurada mientras dura la ausencia de su enamorado?» Y se desoló mucho y le dijo mil palabras de desconsuelo, y sólo le dejó partir después de las más cálidas pruebas de afecto.

Y cargado con un saco de provisiones de boca que la joven había tenido cuidado de prepararle para el viaje, el ladrón Haram se fué por su camino, satisfecho y chasqueando la lengua de contento.

Haría apenas una hora de tiempo que había partido él, cuando regresó Akil el ratero. Y quiso la suerte que, teniendo necesidad de abandonar la ciudad, precisamente fuese á anunciar su marcha á su esposa. Y la joven no dejó de hacer presente á su otro marido toda la pena que le producía su alejamiento, y después de las pruebas diversas y multiplicadas de una pasión extraordinaria, le llenó de provisiones de boca un saco para el viaje, y le dijo adiós, invocando sobre su cabeza las bendiciones de Alah (¡exaltado sea!). Y el ratero Akil salió de su casa alabándose de tener una esposa tan cálida y tan atenta y chasqueando la lengua de contento.

Y como, por lo general, á cada criatura le espera su destino en cualquier encrucijada del camino, ambos maridos debían encontrar el suyo donde menos pensaban. En efecto, al fin de la jornada, el ratero Akil entró en un khan que le pillaba de camino, proponiéndose pasar allí la noche. Y al entrar en el khan, sólo encontró en él á un viajero, con el cual entabló conversación en seguida, después de las zalemas y cumplimientos por una y otra parte. Y he aquí que su interlocutor era precisamente el ladrón Haram, que tomó el mismo camino que su asociado, á quien no conocía. Y el primero dijo al segundo: «¡Oh compañero, parece que

estás muy fatigado!» Y el otro contestó: «¡Por Alah! ¡hoy me he hecho de una tirada todo el camino del Cairo! Y tú, compañero, ¿de dónde vienes?» El aludido contestó: «¡Del Cairo también! ¡Y glorificado sea Alah, que pone en mi camino un compañero tan agradable para continuar el viaje! Porque ha dicho el Profeta (¡con él la plegaria y la paz!): «¡Un compañero es la mayor provisión para el camino!» ¡Pero, entretanto, para sellar nuestra amistad, partamos juntos el mismo pan y probemos la misma sal! ¡He aquí ¡oh compañero! mi saco de provisiones, en el que tengo, para ofrecértelos, dátiles frescos y asado con ajo!» Y el otro contestó: «Alah aumente tus bienes, ¡oh compañero! Acepto la oferta de todo corazón amistoso. Pero permíteme que también contribuya con lo mío.» Y mientras el primero sacaba del saco sus provisiones, puso él las suyas en la estera donde estaban sentados.

Cuando acabaron ambos de colocar sobre la estera lo que tenían que ofrecerse, advirtieron que llevaban provisiones exactamente iguales: panes de sésamo, dátiles y media pierna de carnero. Y hubieron de asombrarse hasta el límite extremo del asombro en cuanto observaron que las dos medias piernas de carnero se acoplaban con perfecta exactitud. Y exclamaron: «*¡Alahu akbar!* ¡estaba escrito que esta pierna de carnero vería reunirse sus dos mitades, á pesar de la muerte, el horno y el guiso!» Luego el ratero preguntó al ladrón: «Por Alah sobre ti, ¡oh compañero! ¿puedo saber de dón-

de procede ese trozo de pierna de carnero?» Y el ladrón contestó: «¡Me lo ha dado la hija de mi tío antes de ponerme en marcha! Pero, por Alah sobre ti, ¡oh compañero! ¿puedo, á mi vez, saber de dónde sacaste esa media pierna?» Y el ratero dijo: «¡También me la metió en el saco la hija del tío! Pero ¿puedes decirme en qué barrio se encuentra tu honorable casa?» El aludido dijo: «¡Junto á la Puerta de las Victorias!» Y el otro exclamó: «¡Y la mía también!» Y de pregunta en pregunta, pronto ambos ladrones adquirieron la convicción de que desde el día de su matrimonio eran, sin saberlo, asociados de la misma cama y del mismo tizón. Y exclamaron: «¡Alejado sea el Maligno! ¡He aquí que nos ha burlado la maldita!» Luego, aunque en un principio este descubrimiento les incitó á realizar alguna violencia, como eran avisados y prudentes, acabaron por pensar que el mejor partido que podían tomar consistía en volver sobre sus pasos y esclarecer por sus propios ojos y sus propias orejas lo que tenían que esclarecer con la taimada. Y de acuerdo sobre el particular, emprendieron de nuevo ambos la ruta del Cairo, y no tardaron en llegar á su vivienda común.

Cuando, tras de abrirles la puerta, la joven vió juntos á sus dos maridos, no pudo dudar de que habían descubierto su estratagema, y como era prudente y avisada, comprendió que sería inútil buscar entonces un pretexto con que ocultar por más tiempo la verdad. Y pensó: «¡El corazón del hom-

bre más duro no puede resistir á las lágrimas de la mujer amada!» Y de pronto, estallando en sollozos y despeinándose los cabellos, se arrojó á los pies de sus dos maridos, implorando su misericordia.

Y he aquí que la amaban ambos y tenían el corazón prendado por los encantos de ella. Así es que, á pesar de tan notoria perfidia, sintieron que no se había debilitado su afecto hacia ella; y la levantaron y le otorgaron su perdón, pero después de haberle hecho los cargos con ojos furibundos. Luego, como ella permaneciera silenciosa con un aire muy contrito, le dijeron que aquello no era todo, pues tenía que cesar sin tardanza aquel estado de cosas, tan contrario á las costumbres y usos de los creyentes. Y añadieron: «¡Es absolutamente necesario que, al punto, te decidas á escoger entre nosotros dos al que quieras conservar como esposo!»

Al oir estas palabras de sus dos maridos, la joven bajó la cabeza y reflexionó profundamente. Y por más que la apremiaron ellos para que, sin tardanza, tomase una determinación, les fué imposible hacerle designar al que prefería, porque á ambos les encontraba iguales en gallardía, fuerza y resistencia. Pero como, impacientes por el silencio de ella, le gritasen con voz amenazadora que tenía que escoger, acabó por levantar la cabeza, y dijo: «¡No hay recurso y misericordia mas que en Alah el Altísimo, el Todopoderoso! ¡Oh hombres! ¡ya que me obligáis á escoger entre vosotros y tomar un partido que lastima al afecto que os dediqué por igual,

y como, hecha la reflexión y pesadas las consecuencias, no tengo ningún motivo para preferir el uno al otro, he aquí lo que os propongo! Ambos vivís de vuestra destreza, y sobre eso tenéis tranquila la conciencia, y Alah, que juzga las acciones de sus criaturas conforme á las aptitudes que les ha puesto en el corazón, no os rechazará del seno de su bondad. Tú, Akil, escamoteas durante el día, y tú, Haram, robas por la noche. Pues bien; ¡declaro ante Alah y ante vosotros que conservaré como esposo á aquél de vosotros dos que dé la mejor prueba de destreza y realice la proeza más ingeniosa!» Y ambos contestaron con el oído y la obediencia, admitiendo en seguida la proposición y preparándose al punto á rivalizar en ingenio.

Y he aquí que el ratero Akil fué quien empezó á actuar, yendo con su asociado Haram al zoco de los cambistas. Y le mostró con el dedo á un viejo judío que se paseaba con lentitud de una tienda á otra, y dijo: «¿Ves ¡oh Haram! á ese hijo de perro? ¡Pues me comprometo á quitarle su saco de cambista antes de que acabe de dar ese paseo!» Y habiendo hablado así, ligero como una pluma, se acercó al judío que paseaba y le sustrajo el saco lleno de dinares de oro que llevaba consigo. Y volvió al lado de su compañero, el cual, poseído de extremado pavor, quiso evitarle en un principio para no arriesgarse á que le detuvieran como cómplice del otro; pero maravillado luego de golpe de mano tan feliz, empezó á felicitarle por la maestría de que

acababa de dar prueba, y le dijo: «¡Por Alah! ¡me parece que, por mi parte, jamás podré llevar á cabo una empresa tan brillante! ¡Yo creía que robar á un judío era cosa que superaba á las fuerzas de un creyente!» Pero el ratero se echó á reir, y le dijo: «¡Oh pobre! ¡eso no es mas que el principio de la cosa, pues no es así como pretendo apropiarme el saco del judío! Porque un día ú otro podría ponerse sobre mi pista la justicia y obligarme á decir la verdad. ¡Quiero convertirme en propietario legal del saco con su contenido, conduciéndome de manera que el propio kadí me adjudique lo que le pertenece á ese judío relleno de oro!» Y así diciendo, se marchó á un rincón retirado del zoco, abrió el saco, contó las monedas de oro que contenía, quitó de ellas diez dinares y puso en su lugar un anillo de cobre que le pertenecía. Tras de lo cual volvió á cerrar el saco cuidadosamente, y acercándose de nuevo al judío despojado, se lo deslizó diestramente en el bolsillo del kaftán, como si no hubiese pasado nada. La destreza es un don de Alah, ¡oh creyentes!

Y he aquí que, apenas había dado algunos pasos el judío, cuando el ratero se lanzó otra vez sobre él, pero entonces muy ostensiblemente, gritándole: «¡Miserable hijo de Aarón, se acerca tu castigo! ¡Devuélveme mi saco ó vamos ambos á casa del kadí!» Y en el límite de la sorpresa, al verse tratado así por un hombre á quien no conocía ni de padre ni de madre, y á quien nunca en su vida había visto, el judío, para eludir los golpes, empezó

por deshacerse en excusas, y juró por Ibrahim, Ishak y Yacub que su agresor se equivocaba de persona y que, por su parte, jamás se le había ocurrido, ni por pienso, arrebatarle el saco. Pero Akil, sin querer escuchar sus protestas, amotinó contra el judío á todo el zoco y acabó por agarrarle del kaftán, diciéndole: «¡Yo y tú á casa del kadí!» Y como el otro se resistiese, le cogió de la barba, y entre el tumulto le arrastró á la presencia del kadí.

Y el kadí preguntó: «¿De qué se trata?» Y al punto contestó Akil: «¡Oh nuestro amo el kadí! este judío, de la tribu de los judíos, que traigo entre tus manos dispensadoras de justicia, es sin duda el ladrón más audaz que ha entrado en la sala de tus decretos. ¡He aquí que, después de haberme robado mi saco lleno de oro, se atreve á pasearse por el zoco con la tranquilidad del musulmán irreprochable!» Y gimió el judío, con la barba á medio arrancar: «¡Oh nuestro amo el kadí, protesto de eso! ¡Jamás he visto ni conocido á este hombre que me ha maltratado y reducido al estado lamentable en que me hallo, después de haber amotinado al zoco contra mí y haber destruído para siempre mi crédito y arruinado mi reputación de cambista irreprochable!» Pero Akil exclamó: «¡Oh maldito hijo de Israel! ¿desde cuándo la palabra de un perro de tu raza prevalece sobre la palabra de un creyente? ¡Oh nuestro amo el kadí! ¡este embaucador niega su robo con tanta audacia como cierto mercader de las Indias, cuya historia contaré á tu señoría, si

no la conoce!» Y el kadí contestó: «¡No conozco la historia del mercader de las Indias! Pero ¿qué le sucedió? ¡Dímelo brevemente!» Y Akil dijo: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos, oh amo nuestro! Para hablar brevemente, te diré que el tal mercader de las Indias era un hombre que había conseguido inspirar tanta confianza á la gente del zoco, que un día le confiaron en depósito una importante cantidad de dinero, sin pedirle recibo. Y se aprovechó de esta circunstancia para negar el depósito el día en que fué á reclamárselo el propietario. Y como éste no podía exhibir contra el demandado testigos ni escrituras, sin duda el mercader se habría comido con toda tranquilidad la hacienda ajena, si el kadí de la ciudad, con su talento, no hubiese logrado hacerle declarar la verdad. ¡Y obtenida esta declaración, le hizo aplicar doscientos palos en la planta de los pies y le echó de la ciudad!» Luego continuó Akil: «¡Y ahora, ¡oh nuestro amo el kadí! espero de Alah que tu señoría, llena de sagacidad y de talento, hallará fácilmente el medio de demostrar la doblez de este judío! ¡Y primeramente permite á tu esclavo que te ruegue des orden de registrar á mi ladrón para convencerte de su robo!»

Cuando el kadí hubo oído este discurso de Akil, ordenó á los guardias que registraran al judío. Y no tardaron mucho tiempo en encontrarle encima el saco consabido. Y el acusado, gimiendo, insistió en que el saco era de su propiedad legítima. Y por su

parte, Akil aseguraba, con toda clase de juramentos é injurias dirigidas al descreído, que él reconocía perfectamente el saco que le habían sustraído. Y el kadí, como juez avisado, ordenó entonces que cada una de las partes declarase lo que había dentro del saco en litigio. Y el judío declaró: «¡En el saco ¡oh amo nuestro! hay quinientos dinares de oro que metí en él esta mañana, ni uno más ni uno menos!» Y Akil exclamó: «¡Mientes, ¡oh hijo de judíos! á no ser que, al revés de lo que ocurre con los de tu raza, me devuelvas más de lo que cogiste! Yo declaro que en el saco sólo hay cuatrocientos noventa dinares, ni uno más ni uno menos. ¡Y además, debe estar guardado ahí un anillo de cobre con mi sello, como no sea que lo hayas quitado ya!» Y el kadí abrió el saco en presencia de los testigos, y su contenido hubo de dar la razón al ratero. Y al punto el kadí entregó el saco á Akil y ordenó que inmediatamente se administrase una paliza al judío, que se había quedado mudo de estupefacción.

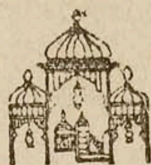
Cuando el ladrón Haram vió el éxito de la acertada jugarreta de su asociado Akil, le felicitó y le dijo que á él le resultaría muy difícil superarle. No obstante, se citó con él para aquella misma noche en las inmediaciones del palacio del sultán, á fin de intentar, á su vez, alguna hazaña que no fuese indigna de la maravillosa jugarreta de que acababa de ser testigo.

Así es que, al caer la noche, ya estaban en el punto de cita convenido ambos asociados. Y Ha-

ram dijo á Akil: «Compañero, te has reído de la barba de un judío y de la del kadí. Yo quiero obrar sobre el propio sultán. ¡Aquí tienes una escala de cuerda, de la que voy á valerme para penetrar en el aposento del sultán! ¡Pero tienes que acompañarme, para ser testigo de lo que ocurra!» Y á Akil, que no estaba acostumbrado al robo, sino sencillamente á las raterías, en un principio le asustó mucho la temeridad de aquella tentativa; pero se avergonzó de retroceder ante su asociado, y le ayudó á arrojar por encima de la muralla de palacio la escala de cuerda. Y treparon ambos por ella, bajaron por el lado opuesto, atravesaron los jardines y se adentraron en el mismo palacio, á favor de las tinieblas.

Y se deslizaron por las galerías hasta el propio aposento del sultán; y levantando una cortina, Haram hizo á su compañero ver al sultán dormido y junto al cual había un mozalbete que le hacía cosquillas en la planta de los pies...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 788.ª NOCHE

Ella dijo:

...un mozalbete que le hacía cosquillas en la planta de los pies. É incluso el mozalbete aquel, que favorecía el dormir del rey con semejante maniobra, parecía abrumado de sueño, y para no dejarse vencer por el sopor mascaba un trozo de almácigo.

Al ver aquello, Akil, lleno de pavor, estuvo á punto de caerse de espaldas, y Haram le dijo al oído: «¿Por qué te asustas así, compañero? ¡Tú has hablado con el kadí, y yo, á mi vez, quiero hablar con el rey!» Y dejándole escondido detrás de la cortina, se acercó al mozalbete con una agilidad maravillosa, le amordazó, le ató, y le colgó del techo como á un fardo. Luego se sentó en el sitio del otro, y se puso á hacer cosquillas al rey en la planta de los pies con la ciencia de un masajista de hammam. Y al cabo de un momento, maniobró de manera que se despertase el sultán, quien empezó á bostezar. Y Haram, imitando la voz de un mozalbete, dijo al sultán: «¡Oh rey del tiempo! ya que tu Alteza no duerme, ¿quieres que te cuente algo?» Y cuando contestó el sultán: «¡Está bien!» Haram dijo: «En una ciudad entre las ciudades había ¡oh rey del tiempo!

un ladrón llamado Haram y un ratero llamado Akil, que rivalizaban en audacia y destreza. ¡Y he aquí lo que cada uno de ellos hizo un día!» Y contó al sultán la jugarreta de Akil con todos sus detalles, y llevó su audacia hasta enterarle de cuanto pasaba en su propio palacio, cambiando solamente el nombre del sultán y el lugar de la escena. Y cuando hubo terminado su relato, dijo: «Y ahora, ¡oh rey del tiempo! ¿me dirás á cuál de ambos compañeros encuentra más hábil tu señoría?» Y contestó el sultán: «¡Indudablemente, al ladrón que se introdujo en el palacio del rey!»

Cuando hubo oído esta respuesta, Haram pretextó una urgente necesidad de orinar, y salió como si fuera á los retretes. Y fué á reunirse con su compañero, que, durante todo el tiempo que duró la conversación, estuvo sintiendo que el alma se le escapaba de terror por la nariz. Y de nuevo emprendieron el camimo que ya habían recorrido, y salieron del palacio tan felizmente como habían entrado.

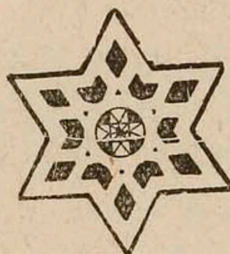
Al día siguiente, el sultán, que estaba muy asombrado de no haber vuelto á ver á su favorito, á quien creía en los retretes, llegó al límite de la sorpresa al hallarle colgado del techo, exactamente igual que en la historia que oyó contar. Y en seguida adquirió la certeza de que él mismo acababa de ser víctima de tan audaz ladrón. Pero, lejos de irritarse contra quien así le había burlado, quiso conocerle; y á tal fin hizo proclamar por los pre-

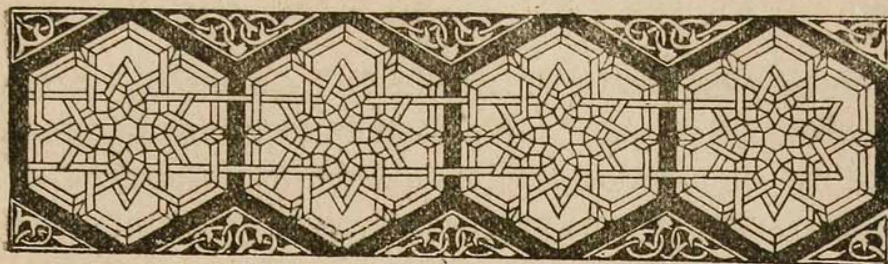
goneros públicos que perdonaba al que se introdujo de noche en su palacio y le prometía una gran recompensa si se presentaba ante él. Y fiado en esta promesa, fué Haram al palacio y se presentó entre las manos del sultán, que hubo de alabarle mucho por su valor, y para recompensar tanta maestría, le nombró en el momento jefe de policía del reino. Y la joven, por su parte, al enterarse de la cosa, no dejó de escoger á Haram por único esposo, y vivió con él entre delicias y alegrías. ¡Pero Alah es más sabio!

Y Schahrazada no quiso dejar al rey aquella noche bajo la impresión de esta historia, é inmediatamente comenzó á contarle la prodigiosa historia que sigue.

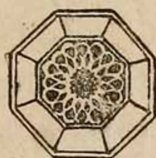
Y dijo:







LAS LLAVES DEL DESTINO



He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que el califa Mohammad-ben-Theilún, sultán de Egipto, era un soberano tan mesurado y bueno como cruel y opresor fue su padre Theilún. Porque, lejos de obrar como éste, torturando á sus súbditos con objeto de que pagasen tres y cuatro veces los mismos impuestos, y haciendo que les administrasen palizas para obligarles á desenterrar los pocos dracmas que guardaban bajo tierra por temor á los recaudadores, se apresuró á hacer que renaciera la tranquilidad y de nuevo se aposentara entre su pueblo la justicia. Y los tesoros que su padre Theilún había acumulado á fuerza de violencia los empleaba él en protoger á los poetas y á los sabios, en recompensar á los va-

lientes y en acudir en ayuda de los pobres desgraciados. Así es que Alah el Retribuidor hizo que todo saliese bien bajo el reinado bendito de aquel rey; pues jamás fueron tan regulares y abundantes las crecidas del Nilo, jamás las mieses fueron tan ricas y multiplicadas, jamás estuvieron tan verdes los campos de alfalfa y de altramuz y jamás los mercaderes vieron afluir á sus tiendas tanto oro.

Un día entre los días, el sultán Mohammad hizo ir á su presencia á todos los dignatarios de su palacio para interrogarles, por turno, acerca de sus funciones, de sus servicios pretéritos y de la paga que recibían del tesoro. Porque de tal suerte quería enterarse por sí mismo de su conducta y de sus medios de existencia, diciéndose: «Si veo que alguno tiene un empleo penoso y una paga ligera, disminuiré su trabajo y aumentaré su sueldo; pero si veo que uno tiene una paga considerable y un empleo fácil, disminuiré su sueldo y aumentaré su trabajo.»

Y los primeros que se presentaron entre sus manos fueron sus visires, que eran cuarenta, todos ancianos venerables, con luengas barbas blancas y rostro marcado por la sabiduría. Y llevaban á la cabeza tiaras enturbantadas, enriquecidas con piedras preciosas; y se apoyaban en largas pértigas con remate de ámbar, signo de su poder. Luego llegaron los walíes de provincias, los jefes del ejército y cuantos de cerca ó de lejos tenían que mantener la tranquilidad y hacer justicia. Y unos tras de otros, se arrodillaron y besaron la tierra entre las

manos del califa, que les interrogó largamente, y les retribuyó ó destituyó, con arreglo á lo que opinaba de sus méritos.

Y el último que se presentó fué el eunuco portaalfanje, ejecutor de la justicia. Y aunque estaba gordo, como hombre bien alimentado que no tiene nada que hacer, ofrecía un aspecto muy triste, y en vez de ir orgullosamente con su alfanje desnudo al hombro, llevaba la cabeza baja y tenía el alfanje envainado. Y cuando estuvo entre las manos del sultán Mohammad-ben-Theilún, besó la tierra y dijo: «¡Oh señor nuestro y corona de nuestra cabeza! ¡he aquí que por fin va á lucir el día de la justicia para el esclavo ejecutor de la justicia! ¡Oh mi señor, oh rey del tiempo! desde la muerte de tu difunto padre, el sultán Theilún (¡Alah lo tenga en su misericordia!), he visto disminuir día por día las ocupaciones de mi cargo y desaparecer el provecho que me proporcionaban. Y mi vida, que antaño era dichosa, transcurre ahora aburrida é inútil. Y si el Egipto continúa de tal suerte gozando de tranquilidad y de abundancia, corro mucho riesgo de morirme de hambre, no dejando ni siquiera lo preciso para que me compren un sudario (¡Alah prolongue la vida de nuestro señor!).»

Cuando el sultán Mohammad-ben-Theilún hubo oído estas palabras de su portaalfanje, reflexionó durante un buen rato, y comprendió que tales quejas eran justificadas, porque el provecho mayor que su cargo le producía al verdugo no procedía de su

paga, que era poco considerable, sino de los dones y herencias que sacaba de quienes ejecutaba. Y exclamó: «¡De Alah venimos y á Él retornaremos! ¡Verdad es que la dicha de todos es una ilusión, y que lo que ocasiona la alegría de uno hace correr las lágrimas de otro! ¡Oh portaalfanje, tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, pues en adelante, para ayudarte á subsistir, ahora que casi no se retribuyen tus funciones, recibirás cada año doscientos dinares de emolumentos! ¡Y haga Alah que, durante todo mi reinado permanezca siendo tu alfanje tan inútil como lo es en este momento y se cubra con el orín pacífico del reposo!» Y el portaalfanje besó la orla del traje del califa y se volvió á su sitio. He narrado lo anterior para demostrar qué soberano tan justo y clemente era el sultán Mohammad.

Y cuando ya iba á levantarse la sesión, el sultán divisó, detrás de las filas de dignatarios, á un jeique de edad, con la cara llena de arrugas y cargado de espaldas, que aún no había sido interrogado. Y le hizo seña de que se acercara y le preguntó cuál era su empleo en el palacio. Y el jeique contestó: «¡Oh rey del tiempo! mi empleo se reduce sencillamente á vigilar un cofrecillo que me fué entregado, para su custodia, por tu padre el difunto sultán. Y por este empleo se me dan del tesoro todos los meses diez dinares de oro.» Y el sultán Mohammad se asombró de aquello, y dijo: «¡Oh jeique! ¡ese es un sueldo muy crecido para un empleo tan descansado! Pero ¿qué hay en el cofrecillo?» El otro

contestó: «¡Por Alah, ¡oh señor nuestro! que hace cuarenta años que lo guardo, é ignoro lo que contiene!» Y dijo el sultán: «¡Ve á traerlo cuanto antes!» Y el jeique se apresuró á ejecutar la orden.

Y he aquí que el cofrecillo que el jeique llevó al sultán era de oro macizo y estaba ricamente labrado. Y por orden del sultán, lo abrió el jeique por primera vez. Pero no contenía mas que un manuscrito trazado con letras brillantes sobre piel de gacela teñida de púrpura. Y en el fondo había un poco de tierra roja.

Y el sultán cogió el manuscrito de piel de gacela, que estaba escrito en caracteres brillantes, y quiso leer lo que decía. Pero, aunque se hallaba muy versado en la escritura y en las ciencias, no pudo descifrar ni una sola palabra de los caracteres desconocidos que había trazados en él. Y ni los visires ni los ulemas que estaban presentes lograron un resultado mejor. Y el sultán hizo ir, unos tras otros, á todos los sabios afamados de Egipto, Siria, Persia é Indias; pero ninguno de ellos pudo decir siquiera en qué lenguaje estaba escrito aquel manuscrito. Porque, por lo general, los sabios no son mas que pobres ignorantes con sus grandes turbantes por toda ciencia.

Y entonces el sultán Mohammad hizo publicar por todo el Imperio que otorgaría la mayor de las recompensas á quien pudiera solamente indicarle un hombre lo bastante instruído para descifrar los desconocidos caracteres.

Poco tiempo después de la publicación de aquel aviso, se presentó en la audiencia del sultán un anciano de turbante blanco, y después de obtener permiso para hablar, dijo: «¡Alah prolongue la vida de nuestro amo el sultán! ¡El esclavo que está entre tus manos es un antiguo servidor de tu padre, el difunto sultán Theilún, y hoy mismo acaba de volver del destierro á que había sido condenado! ¡Alah tenga en su compasión al difunto, que me condenó á verme relegado! ¡Pero me presento entre tus manos ¡oh señor soberano nuestro! para decirte que sólo un hombre puede leer el manuscrito de piel de gacela! Y es su dueño legítimo, el jeique Hassán Abdalah, hijo de El-Aschar, que hace cuarenta años fué arrojado á un calabozo por orden del difunto sultán. ¡Y sólo Alah sabe si gemirá él allá aún ó si estará muerto!» Y el sultán preguntó: «¿Y por qué motivo se encerró en un calabozo al jeique Hassán Abdalah?» El otro contestó: «¡Porque el difunto sultán quería obligar por fuerza al jeique á leerle el manuscrito, después que le desposeyó de él!»

Y al oir estas palabras, el sultán Mohammad al punto envió á los jefes de los guardias á visitar todas las prisiones, con la esperanza de encontrar en ellas al jeique Hassán Abdalah vivo todavía y hacerle salir de allí. Y quiso la suerte que aún estuviese vivo el jeique. Y los jefes de los guardias, por orden del sultán, le vistieron con un traje de honor y le llevaron entre las manos de su amo. Y el sultán Mohammad vió que el prisionero era un hombre

de aspecto venerable y de rostro dolorido por los sufrimientos. Y se levantó en honor suyo, y le rogó que perdonara el injusto trato que le había hecho sufrir su padre, el califa Theilún. Luego le hizo sentarse junto á él, y entregándole el manuscrito de piel de gacela, le dijo: «¡Oh venerable jeique! ¡no quiero guardar por más tiempo este objeto que no me pertenece, aunque por él poseyera todos los tesoros de la tierra!»

Al oir estas palabras del sultán, el jeique Hassán Abdalah vertió abundantes lágrimas, y volviendo hacia el cielo las palmas de las manos, exclamó: «¡Señor, fuente de toda sabiduría eres Tú, que en el mismo suelo haces brotar el veneno y la planta salutífera! ¡En el fondo de un calabozo pasé cuarenta años de mi vida, y he aquí que es al hijo de mi opresor á quien ahora tengo que agradecer el morir al sol! ¡Señor, loores y gloria á Ti, cuyos decretos son insondables!» Luego se encaró con el sultán y le dijo: «¡Oh amo, nuestro soberano, lo que rehusé á la violencia se lo concedo á la bondad! ¡Este manuscrito, por la posesión del cual arriesgué varias veces mi vida, te pertenece como propiedad legítima en lo sucesivo! ¡Es el principio y fin de toda ciencia, y el único bien que traje de la ciudad de Scheddad-ben-Aad, la ciudad misteriosa donde no puede entrar ningún humano, Aram-de-las-columnas!»

Y el califa abrazó al anciano, y le dijo: «¡Oh padre mío! ¡por favor, apresúrate á decirme lo que

sepas con respecto á ese manuscrito de piel de gacela y á la ciudad de Scheddad-ben-Aad, Aram-de-las-columnas!» Y contestó el jeique Hassán Abdalah: «¡Oh rey! la historia de este manuscrito es la historia de toda mi vida. ¡Y si estuviera escrita con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de lección á quien la leyera con respeto!» Y contó:

«Has de saber ¡oh rey del tiempo! que mi padre era uno de los mercaderes más ricos y más respetados del Cairo. Y yo soy su hijo único. Y mi padre no escatimó nada para mi instrucción, y me dió los mejores maestros de Egipto. Así es que á los veinte años ya era yo famoso entre los ulemas por mi saber y mis conocimientos en los libros de los antiguos. Y queriendo regocijarse con mis bodas, mi padre y mi madre me dieron por esposa á una joven virgen, de ojos llenos de estrellas, de talle flexible y gracioso, y gacela por la elegancia y la ligereza. Y mis bodas fueron magníficas. Y pasé con mi esposa días de tranquilidad y noches de ventura. Y de tal suerte viví diez años tan hermosos como la primera noche nupcial.

»Pero ¡oh mi señor! ¿quién puede saber lo que le reserva la suerte del mañana? Al cabo de aquellos diez años, que pasaron como el sueño de una noche tranquila, fuí presa del Destino, y todos los azotes cayeron á la vez sobre la dicha de mi casa. Porque en el transcurso de unos días, la peste hizo perecer á mi padre, el fuego devoró mi casa y las

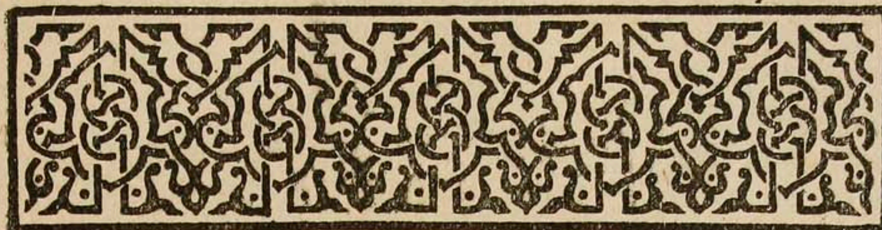
aguas del mar se tragaron á los navíos que traficaban á lo lejos con mis riquezas. Y pobre y desnudo como el niño al salir del seno de su madre, no tuve más recurso que la misericordia de Alah y la piedad de los creyentes. Y hube de frecuentar el patio de las mezquitas con los mendigos de Alah, y vivía en la compañía de los santones de hermosas palabras. Y en los días peores me ocurría con frecuencia volver sin un pedazo de pan á mi albergue, y después de haber ayunado toda la jornada, no tener nada que comer por la noche. Y sufría en extremo con mi propia miseria y la de mi madre, de mi esposa y de mis hijos.

»Un día en que Alah no había enviado ninguna limosna á su mendigo, mi esposa se quitó su último vestido y me lo entregó llorando, y me dijo: «Ve á ver si lo vendes en el zoco, á fin de comprar á nuestros hijos un pedazo de pan.» Y cogí el vestido de la mujer, y salí para ir á venderlo, á la salud de nuestros hijos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.







ÍNDICE

